



Destino

TRILOGÍA - SIEMPRE TE HE AMADO - 1
NORAH CARTER - PATRICK NORTON - MONIKA HOFF

DOLCE
BOOKS

Destino

TRILOGÍA-SIEMPRE TE HE AMADO-1
NORAH CARTER-PATRICK NORTON-MONIKA HOFF

Título: Destino-Libro 1

Trilogía-Siempre te he Amado

© 2017 Norah Carter—Patrick Norton—Monika Hoff

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Febrero, 2017.

©DOLCE BOOKS

dolcebookseditorial@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Diseño de portada: China Yanly

Maquetación: China Yanly

Info: chinayanlydesign@gmail.com

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 1



Mochila de viaje preparada y en mis hombros colgada.

Me miré al espejo y me veía radiante ese día. Nos íbamos a cumplir ese sueño que llevábamos preparando desde hacía dos años. Íbamos a emprender un viaje de dos meses por algunos lugares del mundo, en plan mochileros, con mi grupo de amigos de toda la vida.

Siempre habíamos estado hablándolo. Siempre habíamos comentado de hacer un viaje de ese tipo, pero nuestras vidas personales, estudios y trabajo parecían haberlo impedido. Una excusa tonta y torpe ponía fin a este sueño, pero ahora había llegado el momento de llevarlo a cabo.

Os cuento que, desde mi infancia, siempre tuvimos una pandilla y que duraba hasta el día de hoy. Era increíble. Generalmente, muchos grupos de amigos acaban separándose y rompiendo su grupo de amigos. No es fácil mantener la amistad y la unión a lo largo de los años. Pero nosotros lo habíamos logrado.

Teníamos alrededor de 27 o 28 años y no nos habíamos separado nunca. Por un lado, estaba Kate, mi amiga del alma, mi alma gemela, mi confidente, esa amiga que se convierte desde el principio en hermana. Era profesora, una excelente profesora.

Además, era novia de otro miembro de la pandilla, Luis. Llevaban juntos desde los 15 años. Se notaba que se atraían desde que éramos unos mocosos y finalmente se independizaron y empezaron a vivir como una pareja. Luis tenía una inmobiliaria con cinco empleados y, pese a la crisis que estaba atravesando el país, funcionaba muy bien.

Luis era un trabajador incansable y había intentado hacer frente a la crisis con otras fuentes de inversión y adaptando su empresa a las exigencias del mercado, aprovechando sobre todo las nuevas tecnologías, especialmente Internet, para obtener un mayor número de clientes a lo largo de todo el país.

Kate también era una trabajadora nata. Se había sacado sus oposiciones nada más acabar la carrera. Todo hay que decirlo: estuvo un año prácticamente sin salir de su casa, estudiando y repasando. Sabía que tenía que hacerlo así y la fuerza de voluntad que demostró a mí me sorprendió. Yo sería incapaz de hacer algo como lo que hizo ella. Lo bueno de Kate era que siempre podías contar con ella. Cuando yo la necesitaba, siempre estaba ahí.

Y quizá era esa personalidad comprensiva la que hacía que sus alumnos la respetasen y que todos sus compañeros de trabajo confiaran en ella, porque su simpatía y ese carácter extrovertido eran fundamentales dentro y fuera de las aulas.

Yo se lo había reconocido más de una vez en público. Yo no habría sido capaz de trabajar nunca con niños o adolescentes, pues había que tener una paciencia inmensa y un tesón del que solo era capaz Kate. Quizá, en eso, no nos parecíamos tanto. Yo era más nerviosa, mientras que, en ella, la serenidad y la paciencia eran virtudes más que notables.

Por esa razón, a Luis siempre le atrajo Kate. No solo se trataba de la belleza de su cuerpo y de su rostro, sino que Kate representaba aquello que un hombre como Luis necesita, es decir, la suficiente tranquilidad para que él no se precipitara en muchas de sus decisiones.

Porque Luis era bastante nervioso y fue quizá esa actitud de hombre inquieto lo que hizo posible que no tuviera que cerrar su empresa como habían hecho tantos y tantos de sus compañeros que, ilusionados, habían abierto sus inmobiliarias para labrarse un futuro.

Por otro lado, estaba Fran, el amor de mi vida. Era un secreto que veníamos guardando, desde hacía muchos años, Kate y yo, aunque ella siempre me estaba pinchando para que se lo dijese a Fran, pero yo veía que él me trataba como una hermana. Nunca intentó nada y yo no fui capaz de contarle lo que mi corazón venía sintiendo desde el día que lo conocí.

¡Qué difícil es eso! Saber que una persona te gusta y no poder hacer nada para que ella se dé cuenta es una experiencia horrible. No sé si alguna vez se había percatado de lo que yo sentía por él, pero temía decirle algo por si nuestra amistad se rompía de repente y se iba todo al traste. No quería perder a Fran como amigo, aunque eso me costara sufrir en silencio mis deseos íntimos y profundos hacia él.

¿Cómo era Fran?

Él era una persona de corazón, simpática, alegre y con un sueño, la música, esa a la que dedicaba todo su tiempo libre, por la que moría. Sentía que la música era su vida, además, trabajaba en la empresa de su padre, con un buen horario y con un buen sueldo, pudiéndose permitir muchas cosas, entre ellas, esa dedicación continua a aprender para mejorar en esa pasión artística.

Con el pelo revuelto y unos ojos azules hipnóticos, Fran no tenía mal fondo. Era

un joven servicial y, al igual que Kate, estaba dispuesto a ayudar siempre. Cuando hablaba sobre música, sobre alguna canción o melodía que había compuesto, podía comprobar que su rostro se iluminaba, que sus ojos adquirían un brillo especial que a mí particularmente me encandilaba y me hacía sentir feliz por momentos. Pero, claro está, aquella felicidad desaparecía cuando me daba cuenta de que no podíamos ser más que amigos.

Todo hay que decirlo. Ni Kate ni yo lo habíamos conocido saliendo con alguna chica, algo que nos extrañaba, porque era guapo, apuesto y con un mundo interior interesante. Era de las personas que podía mantener una conversación contigo durante horas sin importar el tema o a quien tenía delante.

El hecho de que no hubiera salido nunca con nadie me daba cierta confianza para esperar que, en algún momento, yo tuviera la oportunidad de expresarle mis sentimientos, aquello que había guardado en mi corazón durante tantos años y que no me atrevía a manifestar.

El problema era saber cuál sería ese momento y cuándo llegaría. Luis se olía algo porque Kate se lo había contado cuando empezaron a salir, pero ellos sabían de sobra que no debían entrometerse porque el grupo, nuestro grupo, estaba muy unido y lo que menos necesitaba ahora era que, por malentendidos o decepciones, se rompiera. Pero ese era mi destino por ahora.

Yo no había tenido la suerte de mi amiga Kate y debía vivir con esa sensación desasosegante de querer a una persona, cuyos sentimientos hacia mí desconocía.

Luego estaba Jaime, ese adorable loco de la pandilla, el alma de la fiesta, la persona más extrovertida y que más momentos divertidos y cómicos nos había proporcionado, de esos que jamás se olvidan. Jaime era una persona a la que le duraban las relaciones como máximo una semana y decía que él no tenía la culpa.

Pero la verdad es que no estaba hecho para mantener una relación seria, a pesar

de que mujeres no le faltaban. Siempre se rodeaba de muchas muchachas enamoradas que bebían los vientos por él. Era atractivo, alto y le gustaba vestir bien por lo que ya llevaba mucho ganado en las relaciones cercanas. Si a eso se le une su sentido del humor, tienes el cóctel perfecto. El problema era que le gustaba estar con todas.

Quizá esa personalidad tan graciosa lo forzaba a no lograr la seriedad necesaria que necesita un compromiso con otra persona, donde la sinceridad, la sensatez y la formalidad son imprescindibles. Jaime era un animal nocturno, además. Era capaz de cerrar todos los bares y discotecas de una ciudad y a nosotros nos gustaba esa personalidad tan desmedida, pero también reconocíamos que aquella manera de entender la vida no podía durar siempre.

A veces Luis y Fran intentaban convencerle de que se buscara un trabajo fijo y estable, y que se acomodara a las rutinas de cualquier persona que busca la independencia económica. Pero yo creo que Jaime se quedó en el instituto y, menos mal que nos tenía a nosotros, porque, si hubiese dado con otro grupo de amigos, no sabríamos qué habría sido de él.

La última de esta pandilla soy yo, Carlota, la más loca, decidida y echada para adelante, menos para el amor, que seguía bebiendo los vientos por Fran y, sin embargo, era incapaz de hacérselo saber.

Lo había intentado olvidar con varias relaciones esporádicas que no pasaban de una noche o una semana como mucho, pues enseguida me venía a la mente Fran y echaba de mi vida a la persona que se había cruzado en ella. Todos los hombres con los que había salido me parecían que no estaban a la altura del que consideraba mi amor desde la infancia. Quizá yo estaba exagerando.

Quizá yo estaba pidiéndoles a aquellos hombres demasiado. Seguramente no eran malos chicos esos novios que había tenido a lo largo de este tiempo, pero Fran era el que ocupaba mi mente y por el que latía mi corazón. Sé que suena un poco cursi y ridículo, pero era así.

Cuando me iba a disponer a conocer a esos chicos en profundidad, encontraba en ellos algún defecto que me obligaba a romper con ellos. Lo peor de todo es que, como Jaime, me fui haciendo con un currículum de relaciones desastroso. Nunca me preguntó Fran por ninguno de esos chicos.

Nunca vi que se pusiera celoso con esas relaciones que yo mantenía, por muy breves que fueran. Y eso me preocupaba y me entristecía, porque daba a entender que yo no significaba nada para él, salvo que era su amiga, una de sus mejores amigas junto a Kate.

Yo tenía una peluquería con cuatro personas trabajando en ella. Me la montó mi padre cuando cumplí los 23 años y fue todo un acierto porque me sentí realizada desde el primer momento. Lo bueno que tuvo además abrir aquel negocio es que enseguida me hice con una clientela que no me fallaba.

Intenté que la decoración del local fuese moderna, como esas peluquerías y salones de belleza que había visto en tantas películas americanas y en muchas revistas de moda. Siempre me había gustado el oficio de peluquera, pues, desde pequeña, siempre estaba peinando a mis muñecas o a mis amigas.

Recuerdo una vez que la madre de Kate casi me mata. Teníamos siete años y no se me ocurrió otra cosa que, jugando con mi amiga a que yo era peluquera, le tinté toda su melena castaña con pintura de uñas. Aquello fue terrible. El pelo de Kate tardó semanas en volver a ser su pelo natural.

Tengo que decir que no es fácil llevar un negocio como el mío. No es fácil tratar con algunas clientas. Algunas son demasiado exigentes y están siempre quejándose del corte o el lavado de pelo que acabas de hacerles. Yo no tengo la paciencia de Kate con los alumnos, así que respiro profundamente y cuento hasta diez para no estallar. Ha sido mi tesón y mi esfuerzo diario los que han logrado que, pese a

la crisis, conserve a mis empleadas y a mis clientas. Tengo todos los días cubiertos con citas de cualquier parte de la ciudad.

Antes de emprender aquel viaje, aún vivía con mis padres, como Fran y Jaime. Los únicos que se habían independizado eran Kate y Luis.

Que ellos se hubiesen independizado nos venía de perlas ya que utilizábamos su casa para algunas cenas o reuniones que no nos apetecía hacer en un pub o en restaurante. Allí, en aquella casa, pasábamos muchos fines de semana. Tuvimos la suerte de que se compraron una casa bastante grande que tenía un amplio terreno con jardín, así que disfrutábamos como si fuera nuestra y no había problemas de espacio. No sucedía como, en esos pisos del centro, que parecen cajas de cerillas y donde una familia con dos hijos tiene problemas de espacio siempre. A Kate y a Luis les encantaba tenernos allí.

Nosotros también sabíamos cuando molestábamos y éramos lo suficientemente prudentes para salir de allí cuando intuíamos que ellos querían su intimidad.

Me daba cuenta de que la amistad no se rompe si uno no quiere. ¿Habíamos tenido problemas a lo largo de estos años como amigos? Claro que los habíamos tenido, pero el perdón y el cariño estaban ahí, y siempre habíamos logrado reconciliarnos cuando había surgido un problema entre nosotros.

No nos dábamos cuenta, pero el tiempo había pasado deprisa y habíamos crecido, y ahora no teníamos otra opción que mirar al futuro con la misma ilusión y con el mismo afecto que habíamos hecho hasta ahora.

Así que ese día nos íbamos a emprender un viaje de dos meses para confirmar nuestra amistad, para asegurarnos de que nunca nos fallaríamos y de que todos estaríamos siempre juntos para cuidarnos.

El viaje prometía y yo estaba nerviosa como si fuese a hacer mi primer viaje de estudios con los compañeros y compañeras de clase. Me miré en el espejo y vi a la Carlota del colegio, a esa niña que estropeó el pelo de Kate jugando a ser peluquera, a esa niña que se había convertido en una mujer y que sentía un amor profundo por Fran. No podía quejarme, sin embargo, de la vida que me había tocado vivir. Era feliz. A mi manera, como en la canción de Frank Sinatra. Pero era feliz.

Nos íbamos de nuestra isla de Menorca, de ese lugar donde tuvimos la suerte de nacer y conocernos, de vivir los mejores años de nuestra infancia, adolescencia y juventud.

Me despedí de mis padres con un fuerte abrazo. Les preocupaba que me marchara, pero la decisión estaba ya tomada y me venía genial romper con la monotonía de mi trabajo. Mis empleadas se encargarían de la peluquería. Confiaba en ellas y sabía que lo harían muy bien. Nada más salir de casa, ya me había mandado Jaime un mensaje diciendo que estaban esperándome dentro del coche, así que bajé rápidamente y fui directamente hacia el vehículo que estaba aparcado en la acera de enfrente.

Comprobé en sus caras que sus corazones rebosaban de felicidad. No paraban de bromear durante todo el trayecto, especialmente Jaime. Íbamos un poco apretados, como aquella vez que estrenamos el coche de Fran. Fue el primero en sacarse el carnet de conducir.

Casi nos estrellamos contra el escaparate de una tienda porque no paramos de armar jaleo y follón dentro de aquel Nissan de segunda mano que su padre le había comprado. No sé por qué, pero me había puesto nostálgica de repente.

Llegamos al aeropuerto y facturamos para Madrid, allí sería la primera escala, yo me senté con Kate y los chicos.

Cuando llegamos a Madrid nos fuimos corriendo a facturar las maletas. Luego

tomamos un café antes de acceder a la puerta de embarque. Nos montamos en el avión con destino a nuestra primera parada, Cuba. Allí estaríamos dos semanas.

CAPÍTULO 2



Aterrizamos en el aeropuerto Internacional José Martí, de La Habana. El calor era insoportable, no estaba acostumbrada a esa humedad que era tan latente, además que iba cansada del viaje tan largo, había visto dos películas y charlado mucho con Kate, además de conseguir dormir un par de horas, pero el vuelo se me había hecho interminable, los chicos, por el contrario, consiguieron dormir medio vuelo y el otro medio se lo pasaron viendo pelis en la Tablet de Jaime.

—Jo, qué calor hace aquí, me quedo pegado —soltó Jaime bajando las escaleras del avión sin importarlo decirlo en voz alta ante la atenta mirada de otras personas.

—Es caribe hijo, empieza a acostumbrarte —respondió Kate.

—Por eso lo voy a aguantar, que si no me daba la vuelta... —decía mientras babeaba viendo pasar a una belleza de mujer cubana.

—No tienes remedio... —dije negando con la cabeza.

Salimos de la terminal y nos montamos en un minibús en el que nos habían recogido y nos llevaron directos para el Hotel Nacional.

Tenía la sensación de estar viendo una ciudad que había acabado de ser bombardeada, era una sensación rara, pero a la vez atractiva, se notaba el ambiente caribeño, la gente de allí hacía que así fuera.

Nos dieron las llaves de la habitación, era dos habitaciones contiguas y separadas por una puerta en medio, por si la queríamos mantener abierta. En una se acomodaron Kate y Luis, en la otra, Fran, Jaime y yo.

Nos dimos una ducha, eran las 7 de la tarde, luego nos fuimos a dar una vuelta por La Habana.

Llegamos a la plaza de la catedral, de los más colonial, un precioso lugar, donde la vida es muy concurrente allí, sobre todo para el turista. Unos músicos amenizando la tarde y unas terracitas en las que nos sentamos directamente para tomar un mojito, aunque yo estaba loca por tomarlo en La Bodeguita del Medio, que decían que es donde hacen el mejor mojito del mundo, pero a ese lugar iríamos más tarde.

La música, el ir y venir de la gente, el ambiente, era una sensación nueva, rara, estaba muy latente ese ambiente caribeño.

—¡Dios! Ese bombón de mujer es un cañón —dijo Jaime mirando a una chica cubana que pasaba atravesando la plaza con un movimiento muy sensual.

—Qué bruto, eres hijo mío —dijo Kate, ante la risa cómplice de los tres chicos.

—¿Bruto? ¡Sincero! Mírala, si es para hacerle un monumento —decía Jaime mientras la miraba embobado y ella se alejaba para doblar la esquina.

—Desde luego que pensáis con los huevos —dijo Kate.

—A mí no me metáis, que yo nada más tengo ojos para mi reina —soltó Luis para tranquilizar a Kate, ni él se lo creía, tenía los ojos tan puesto en aquel culo, como Jaime y Fran.

—Ni a mí, que ni me he fijado en quien habláis —dijo Fran guiñando el ojo a Luis, estaba claro que se hacía el gracioso.

—No, aquí sois los 3 unos santos por lo que veo —respondió Kate.

Yo que estaba a gusto bebiendo mi mojito, me levanté y les dije que se iban a preparar para quien era puro sensualismo, así que me fui hasta la esquina por la que apareció aquella mulata y volví andando moviendo exageradamente las caderas y haciendo como un pase de modelo, las risas de mis amigos eran brutales, de repente pasó por mi lado un cubano y me dijo algo que me dejó cortada.

—¡Mami!, eso es un movimiento de caderas.

Mis amigos se percataron de que me habían dicho algo, me senté cortada ante la risa de ellos.

—¿Qué te ha dicho, Carlota? —preguntó Kate.

—Que estoy más buena que la mulata, de aquí a Pekín. —bromeé.

—Sí, claro, ni que él nos hubiera escuchado —dijo Fran riendo.

—No, pero os ha visto cara de salidos extranjeros, no le hizo falta escuchar la conversación.

—Sí, claro, ni que nos hubiera visto... —dijo Jaime incrédulo a lo que me habían dicho.

—Va, di qué te dijo —insistió Luis.

—Que la mujer que pasó era la suya, que os entretuviera aquí, que ahora volvía con un látigo —sonreí maléficamente.

—Pues se iba a ir calentito —chuleó Jaime—. Y luego lo iba a llevar a ver cómo seduzco a su mujer.

—Desde luego... ves muchas pelis de Rambo —sentenció Kate.

De repente comenzó a sonar la música de fondo con la canción de Luis Fonsi “Despacito”, era el tema de moda.

Me quedé alucinada al ver que Fran se levantó corriendo, le dijo algo al músico, éste hizo un gesto, mostrando que estaba de acuerdo y Fran, sin más, cogió el micro.

Comenzó a cantar la canción mientras se acercaba a nosotros. Me había puesto nerviosa solo con ver la sensualidad que transmitía caminando cuando, de repente, se sentó a mi lado, sin dejar en ningún momento de mirarme a los ojos.

Y yo me estaba sonrojando...

Su mirada no abandonaba la mía, esa preciosa sonrisa, la perfecta dentadura, el

brillo en sus ojos mientras cantaba esa melodía que era pecado.



“Despacito.

*Vamos a hacerlo en una playa en Puerto Rico,
hasta que las olas griten:*

Ay, Bendito.

Para que mi sello se quede contigo.”



Quería disimular, que no se notara que mi corazón iba a salirse por mi boca, que no presintiera que me moría de amor por él, al fin y al cabo, era lo que llevaba tiempo intentando ocultar, que lo amaba, que era el hombre de mi vida, pero no podía dejar de sonrojarme a la vez que me ponía nerviosa.

Observar su postura segura, su medio sonrisa cuando cantaba, sabiendo que me moría de la vergüenza, el guiño de ojo que me hizo entender que le encantaba mi sonrojo. Me limité a reír, no tenía otra forma para controlar el nerviosismo que estaba recorriendo mi cuerpo.

Estaba en Cuba, con mis amigos y el amor de mi vida me cantaba una canción, me hacía soñar con que esa letra fuera realidad.

Lo había escuchado cantar mil veces, pero ese día me impactó, me dieron ganas de estallar y que se enterase que lo amaba, pero otra vez más, me iba a tener que morder la lengua.



“Empecemos lento, después salvaje.

*Pasito a pasito, suave suavecito.
Nos vamos pegando, poquito a poquito,
cuando tú me besas con esa destreza...*”



La intensidad de la letra iba aumentando, eso no era sensualidad, para mí no, era algo más. Me estaba imaginando que éramos Fran y yo quienes bailábamos, con esos movimientos que ponían cardíaca a cualquiera.

Así que no sé en qué momento pasó, pero de repente, mientras miraba a sus ojos y él seguía sin apartar su mirada de los míos, todo desapareció. Solo estábamos él y yo. Fran cantándome, diciéndome que quería desnudarme a besos, así, despacito. Despacito como se iba acercando a mí, moviendo sus caderas, agarrando las mías hasta acabar los dos moviéndonos con esa sensualidad que...

La canción terminó y abrí mis ojos, ni siquiera fui consciente de haberlos cerrado, y ya podía haberlos mantenido así.

Porque no vi a Fran, oh, no.

Chillé, como loca, cogí mi copa y se la lancé en la cara a ese adefesio que tenía enfrente. ¿Pero cómo se podía ser tan feo?

Me levanté de la silla, casi tiro la mesa con el movimiento brusco, escuché las risas de mis amigos y miré a mi lado. Estaban todos de pie, descojonándose.

Volví a mirar adonde estaba Fran, aún con el corazón a mil por hora, y vi al pobre hombre limpiándose la cara.

—Yo... Lo siento —dije apenada. Era feo, pero no tenía la culpa.

—Estás loca —se levantó y, tras mirarme malamente, se marchó.

La gente nos miraba y se reían, más bien me miraban a mí, pero bueno. Volví la cabeza a donde estaban los imbéciles de mis amigos y, sin más palabras, cogí mi bolso y me marché.

—Carlota, espera —chilló Kate, siguiéndome.

—No me gustan este tipo de bromas —dije enfadada.

—Carlota, solo fue una broma —dijo Luis, también ya a mi lado.

—¡Dejadme en paz!

Caminé y caminé, sin prestarles atención. Se quedaron por detrás, pero a mí no me importaba. Estaba más que enfadada. Siempre nos gastábamos bromas, pero en esa ocasión se habían pasado de la raya.

Y allí estaba yo, loca como una cabra, andando sola por una plaza de Cuba sin saber adónde demonios iba.

Doblé la esquina, suponiendo que los idiotas me seguirían a poca distancia, cuando una mano me agarró del brazo y me empujó contra la pared de un edificio.

Fui a chillar, obvio, en esos dos segundos que duró el movimiento, por mi cabeza me había dado tiempo a imaginar a tres violadores, un asesino en serio y miles de criminales más. Joder, yo ya vi hasta mis tripas por la acera.

—Tranquila, soy yo.

Abrí los ojos que había cerrado para que mi muerte fuera más lenta cuando

escuché esa voz que tanto adoraba.

—¿Eres idiota?, ¡me asustaste!

—Lo siento, solo intentaba pararte. Venga, volvamos con los demás.

—No quiero, Fran, estoy enfadada —pero ya mi enfado iba a menos porque él estaba ahí, cerca.

Despacito... negué con la cabeza cuando la canción y las imágenes prohibidas volvieron a mi mente.

—Vamos, Carlota, solo fue una broma.

—Pesada...

—Pesada, sí, lo siento. No pensé que actuarías así.

Otra vez me dieron ganas de chillar, pero esta vez para decirle que era idiota, ¿cómo no sabía que iba a actuar así cuando vi a aquel adefesio? Cuando él se había cargado el momento tan bonito que yo estaba sintiendo.

Pero no podía decirle nada de eso, tenía que callarme y tratarlo como a los demás. No podía explicarle nada, él no podía saber nada de lo que yo sentía. Callada, como siempre.

¿Hasta cuándo?

—¿Más relajada? —preguntó mirándome a los ojos.

Pues no, esa era la verdad. Porque él estaba demasiado cerca de mí. Nos

separaban centímetros, su boca... Dios, estaba descontrolada, tenía que ser el aire de la ciudad que me había afectado demasiado, pero tenía que volver a ser yo.

—Si no te quitas de encima, poco podré relajarme. ¿O es que quieres alterarme?

Así se lo solté. Descarada, pero como si bromeara. Él no sabría que detrás de mi tono cínico, estaba toda la verdad.

—Quizás me gusta ponerte nerviosa —sonrió.

—¿Ah, sí? —dije en tono seductor.

Y ahí lo vi tragar saliva, me miraba extrañado, y yo sabía que él no sabría cómo actuar en ese momento.

Y eso me hizo reír de nuevo, pero esa vez no era una risa nerviosa, si no a carcajadas. Y menos mal, él hizo lo mismo. Pensando que todo había sido un juego.

Volvimos con los demás, Fran llevaba su brazo por encima de mis hombros, seguíamos riendo y, cuando nos sentamos a tomar algunos mojitos, decidí olvidar todo y emborracharme.

No sabía por qué, pero me daba la impresión de que ese viaje pondría mi vida patas arriba. Porque la cosa se me estaba yendo de las manos y yo no podía permitir que mis sentimientos por mi amigo salieran a la luz.

Horas después estábamos entrando en el hotel. Estábamos más que borrachos. Subimos las escaleras uno detrás de otro, en fila india. Como uno se tropezará, íbamos a ir todos detrás.

Sí, había ascensor, pero mejor caernos a vomitar todo lo que habíamos bebido,

no sería la primera vez que nos pasara.

Pero llegamos bien, ilesos al menos. Caí de bruces en la cama, las piernas colgando fuera. Todo me daba vueltas y temía moverme mucho. Eso era una borrachera de primera.

—¿Qué haces? —pregunté cuando alguien intentó mover mi cuerpo, en ese momento era un peso muerto.

—Déjame un lado.

—Y una mierda, Jaime, es mi cama.

—Duermo contigo —al final consiguió moverme y tumbarse a mi lado.

—Duermes en la tuya —dije, mira que era fácil.

—Mi cama está unida a la de Fran, no pienso dormir con él esta noche, se pone cariñoso cuando está borracho.

Me incorporé y miré. Era cierto, no me había dado de que las otras dos camas estaban pegadas. Parecía una cama de matrimonio. Bajé la mirada y observé a mi acompañante. Era mi amigo, pero no iba a dormir con él cuando la otra doble cama enorme estaba medio vacía. Empecé a intentar moverlo, pero joder, no había manera. Y a mí me estaba dando vueltas todo.

Me levanté, intentando mantener el equilibrio, no volvería a beber en la vida. Y, sin pensármelo, me dejé caer en la cama, al lado de Fran.

Observé cómo dormía, con la boca medio abierta, babeaba, el pelo lo tenía revuelto. Bueno, no era la mejor imagen que tenía de él. Y tampoco era muy romántica

cómo iba a ser nuestra primera y única noche juntos, la verdad.

Pero una sonrisa se instaló en mis labios, solo con mirarlo. Al hombre al que adoraba, del que estaba enamorada, con el que iba a dormir, borracha...

Y como una niña chica, con cuidado, levanté la mano y rocé su cara con la yema de mis dedos, como si necesitara rozarlo. Pero eso no fue suficiente. Como él ni se había inmutado, subí mi mano hasta tocar su pelo.

De repente, sus ojos se abrieron. Quité la mano, asustada, hasta que vi que era algo instintivo. Los volvió a cerrar y se acomodó un poco mejor, pero la sonrisa que sus labios formaban no desaparecía.

Suspiré de alivio.

Cuba... Estaba más que segura que ese viaje iba a ser inolvidable. Para bien o para mal, no lo sabía.

Me costaba coger el sueño, no podía teniéndolo tan cerca, me imaginaba disfrutando de ese cuerpo, devorándolo a besos, y yo, estaba ahí pegada a él, oliéndolo, sin poderlo tocar, al menos de la forma que yo deseaba...

¡Qué injusto era todo! Lo miraba y no conseguía conciliar el sueño, lo quería a él, lo amaba y no podía hacer nada...

CAPÍTULO 3



¿Se puede llamar eso amor?

No lo sé, pero estaba claro que yo sentía mariposas en el estómago por Fran. Cuando la amistad se mezcla con esa clase de sentimientos, todo parece más difícil.

La noche fue horrible al menos para mí. Porque pensaba en la canción, pensaba en la cercanía de Fran, pero el dolor de cabeza que tenía me estaba haciendo polvo el cerebro. El calor y la humedad me hacían sudar. El aire acondicionado no servía para nada. Se paraba a veces y entonces me quedaba sin aire, y parecía que iba a asfixiarme, como si fuese un pez al que han sacado de la pecera. Era horroroso.

Pero lo peor de todo es que, cuando intentaba cerrar los ojos e imaginarme a Fran, mi Fran, sobre mí, o acariciando mi cuerpo, los abría de repente porque Jaime no dejaba de roncar o porque sencillamente se levantaba al aseó a vomitar. Una banda sonora estupenda para soñar y dormir con los angelitos.

Fran ni se inmutaba. Dormía profundamente. Ni se movía. Su cara de angelito no tenía nada que ver con el estropicio de cara de Jaime que, desencajado y tembloroso, volvía a la cama después de vomitar para seguir su particular competición de ronquidos.

Tenía dificultad para dormir fuera de casa y esta vez no iba a ser la excepción. Tenía taquicardias y al pensar en Fran el corazón se me salía por la boca. No era yo. Y, de repente, en ese mar de confusión de imágenes, me acordaba de la peluquería y de mis padres. Los mojitos no me habían sentado bien y tampoco que Fran estuviese tan cerca y que hubiera cantado como lo hizo.

Sobre las siete, la luz del sol ya entraba por la ventana a raudales. Y, milagro, conseguí dormir unas horas. Estaba empapada. Los chicos ya se habían levantado y estaban en el aseo. Yo me desperté varias veces y miré por la ventana a la calle. La gente se animaba ya a salir y algunos coches ronroneaban por aquellas avenidas estrechas con su marcha quejumbrosa y serena.

Me estaba meando encima y aquellos tipos no salían del aseo. Oía a Jaime y a Fran cantar juntos. Me daba que los dos se habían metido en la ducha. No era la primera vez que hacían tonterías de ese tipo. De ellos dos me podía esperar cualquier cosa.

Pero, como yo era bastante lanzada, ni toqué a la puerta.

Entré al aseo y, en efecto, no me equivoqué. Estaban en la ducha. Tenía el váter libre y también el lavabo. No se iban a asustar si me veían allí y si yo los veía. A determinadas edades una deja de asustarse de cosas que, a los quince, te parecen un terreno inexplorable o un pecado capital.

Ojalá, en vez de Jaime en la ducha, estuviera yo junto a mi Fran en aquella bañera. Ese cuerpo, seguro, que a lo mejor sí que me asustaba o me hacía temblar aún

más, como lo estaba haciendo ahora, al imaginármelo desnudo frotándose con el jabón.

Solo me separaba una escasa cortina de plástico. Pero, claro, allí estaba también Jaime, que no paraba de decir sandeces. Yo, allí, sentada en el váter, sin que ellos se dieran cuenta lo escuchaba todo.

—Tío, pues tampoco es para tanto — dijo Jaime riendo.

—¿El qué no es para tanto?

—Lo que cuentan por ahí, Fran.

—¿No será otra de tus bromas, verdad?

—No, qué va. Me había llegado a mis oídos que te llamaban por ahí el trípode.

—Pero, ¿qué dices, Jaime? ¿Te has vuelto loco?

—Es verdad. Lo contaban Sara y Lina por el barrio.

—Pero, ¿de qué hablas? Jaime, me temo que estás borracho todavía — respondió Fran con tono bromista.

—Sí, que te habían visto desnudo y que la tenías como la trompa de un elefante, como la manguera de un bombero, como el tentáculo de un pulpo. Claro, Fran, yo hacía mucho tiempo que no te veía desnudo, desde el colegio a lo mejor, cuando nos bañábamos en la piscina de tus tíos. Y la tienes grande, pero tampoco es para tanto.

Allí estaba yo, sentada en el váter, escuchando al bocazas de Jaime diciendo que una tal Sara y una tal Lina iban cotilleando por ahí que Fran tenía una polla muy larga. Pero, ¿de qué iba todo esto? Me ruborizo al escribirlo, pero ya os dije que era

bastante lanzada, salvo con Fran, así que no voy a ser nada remilgada y llamaré a las cosas por su nombre.

Lo que es cierto es que nunca me había fijado en el paquete de Fran, porque siempre solía mirarlo a sus labios y a sus ojos, y a ese pelazo que tenía y del que le gustaba presumir siempre.

¿A Fran lo llamaban trípode, trompa de elefante, tentáculo de pulpo, manguera de bombero? Desde luego, si alguna vez necesitaba un nombre artístico para debutar en el escenario ya lo tenía. Madre mía. Acabé de hacer pis en el váter, pero no estiré de la cadena. Quería seguir escuchando.

Lo que me preocupaba de verdad es que ni Kate ni yo sabíamos nada acerca de esos nombres de mujer: Sara y Lina. Que nosotras supiéramos, Fran no estuvo saliendo con nadie. Pero a lo mejor era de esos hombres que las matan callando, es decir, que quizá era de los que ligaban con alguna chica una noche y después desaparecían a la mañana siguiente y no la invitaba ni a churros con café.

A lo mejor, era un tipo peor que Jaime y se había hecho el buenazo delante de nosotras. Tampoco era de extrañar. Fran era guapo, muy guapo, y un conquistador nato con sus palabras si se lo proponía. No le resultaría fácil ligar con cualquier chica.

Aquella conversación me estaba abrumando. Yo estaba siendo patética, porque estaba sentada en el váter mientras los escuchaba. Lo que decía Jaime me estaba dejando sorprendida, pero también me estaba irritando por momentos.

—Pues ya te digo, Fran, es lo que van contando esas dos por toda la ciudad y tú, tan tranquilo.

—¿A qué te refieres con tan tranquilo, Jaime?

—Que, con esa fama, podrías llevarte a la cama a las mejores tías y te veo muy parado.

—Jaime, sabes que no es mi estilo. Y esas dos exageran mucho si van diciendo eso por ahí. Tú tampoco estás mal dotado.

—Sí, Fran, pero yo no tengo el picaporte que tienes tú entre las piernas y me alegro, porque eso debe ser un problema a la larga tanto para ti como para las chicas.

—¡Cállate ya, por favor! Parece que estamos todavía en el instituto.

—Ah, pero... ¿es que no estamos en el instituto?

—Solo sabes contar chistes, Jaime. Te vas a quedar soltero toda tu vida. No te va a aguantar ni tu madre.

—Tienes razón, Fran. No hay quien me cambie. Mis padres tienen ganado el cielo conmigo, pero que no hubieran hecho el amor cuando decidieron tenerme.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Tienes una mente retorcida, pero, ahora que lo dices, tuvieron que fecundarte una noche de tormenta.

—Tormento eres tú, con el potencial que tienes, esa cara, ese cuerpo y parece que vas para cura, en vez de aprovechar la vida y la de mujeres que hay ahí fuera esperándote.

—Ya será menos...

—¿Menos? Desde luego hijo que no espabilas...

—Lo mismo es que no me apetece espabilar.

—Eso, tu ve desaprovechando los placeres de la vida, cuando ya no tengas ese cuerpo y no puedas hacer lo que hoy en día puedes, ya te arrepentirás, ya lo veras...

—Anda, anda, déjame paso que salgo, no tengo ganas seguir escuchándote.

Los dos comenzaron a reír y ya no escuché el flujo de la ducha. Estaban a punto de salir, así que yo, como quien no quiere la cosa, también salí del cuarto de baño para regresar a la cama.

Simularía que aún estaba durmiendo. Pero me había enterado de dos cosas muy importantes que tenía que contarle enseguida a Kate; la primera es que Fran había conocido a dos chicas, Sara y Lina, y la segunda, y no menos importante, es que tenía un pene como una salchicha alemana.

No sabía qué pensar en aquel instante ni cómo actuar. Estaba un poco hundida porque imaginaba que Fran, como yo, sentía algo hacia mí. Pero me había equivocado. Yo estaba idealizando demasiado el amor y aquí lo que estaba claro era una cosa: que, a determinadas edades, el sexo importa más que el amor y que, si surge el amor, siempre viene detrás de unos buenos polvos.

Fran me gustaba mucho, pero yo estaba convirtiendo mis deseos hacia él en una especie de cuento de hadas que no se parecía en nada a la realidad. Estaba claro que otras se estaban adelantando. Y que esa tal Sara y esa otra tal Lina habían logrado verle la polla al que yo consideraba el amor de toda mi vida y yo me había quedado atrás.

Es cierto que tampoco le podía reprochar nada a Fran porque yo había tenido algunas relaciones con algunos chicos, si bien habían sido todo un auténtico fracaso.

Ahora no iba a echarle en cara a Fran que se hubiese acostado con alguna chica.

Madre mía, yo me estaba volviendo loca.

Salieron de la ducha con la toalla atada a la cintura. En aquel momento, me hice la dormilona.

—Carlota, levanta, hija. No duermas más —dijo Jaime con una voz nada tierna, sino que más bien me recordaba al mugido de una vaca.

—Si ya estaba despierta. Pero, como he visto, que estabais en el aseo, me he quedado en la cama — dije yo haciéndome la tonta.

—A mí no me habría importado compartir la ducha contigo, ¿sabes? —dijo Jaime con sorna.

—No seas idiota. Tú y yo no íbamos a ir muy lejos con una relación —sentencié.

—Pero, ¿quién está hablando de una relación? Pero, un trío mañanero, en Cuba, no habría estado mal.

—Jaime, me están entrando ganas de darte una patada en los huevos —le solté enseguida.

—Es verdad, tío, deja de hacer el idiota —intervino Fran serio.

—Desde luego que vaya par de aburridos sois.

—Será que tú eres muy divertido —sentenció Fran.

—Pues más que ustedes, seguro.

—Sí claro ¿Tu que vas a decir?

—Fran, podrás ser el más guapo del mundo, pero el más simpático lo soy yo...

—Una simpatía abrumadora —sentencié.

—Eso, tu defiende a Fran, que se te ven las orejas...

—Desde luego que cuando te pones imbécil no hay quien te gane.

—¿Segura?

—Segurísima.

—Venga vamos a salir a desayunar, que no hay Dios que termine esta conversación estúpida a este paso —intervino Fran.

Lo del trío era una mala idea, sin duda. Pero no me habría importado meterme en la ducha con Fran. Desde que escuchara aquello en el aseo, dejé de mirarle a los ojos y me concentré en la toalla que ocultaba su miembro. Estaba muy mal. Lo que estaba haciendo estaba muy mal.

Me levanté y me dirigí a la ducha. Pasé por el lado de Fran y nuestros hombros y brazos se rozaron, y sentí entonces que mi piel se erizaba y que en mi interior volvían a aletear las mariposas.

Me duché y, mientras el agua caía sobre mi cuerpo, no dejé de pensar en él, en su cuerpo, en cada una de sus partes, en esa mirada seductora, en su aliento rozando

mis labios, en su voz aterciopelada y en aquella canción que me hizo vibrar por dentro. Es cierto. No puedo ocultarlo. Me estaba excitando yo sola dentro de aquella ducha.

Cuando terminé de enjabonarme, pude escuchar risas afuera. Salí y me puse mi albornoz. Estaba ridícula con mi toalla envolviéndome el pelo. No me gustaba que Fran me viera así. Quería que me viera guapa y no hecha un espantajo. Como dicen, la confianza da asco y eso es lo que me pasaba a mí, a nosotros. Cuando aparecí en la habitación, los dos chicos ya estaban listos. De nuevo volví a mirar a Fran que, junto a la ventana, parecía un semidiós. La luz de la mañana doraba su cuerpo atlético y aquellos vaqueros ajustados con su camisa lo hacían un hombre atractivo y muy interesante.

Jaime y él decidieron abandonar la habitación para dejar que yo me vistiera tranquilamente. Cuando estaban a punto de marcharse, Fran volvió a entrar. En ese instante, yo me había quitado el albornoz y estaba allí, completamente desnuda, como mi madre me trajo al mundo.

—Perdón, Carlota. No sabía... —dijo él con la voz entrecortada.

—No pasa nada, Fran. Hay confianza —dije yo con aire infantil al mismo tiempo que seductor.

—Perdona, me voy ya. Olvidaba el móvil —volvió a repetir.

Aquel incidente duró unos segundos que se hicieron eternos para los dos. Menos mal que no entró Jaime, porque aquello habría sido el cachondeo padre.

Noté que, por unos instantes, me miró detenidamente de arriba abajo. Y sé que lo que vio no le desagradó, porque, cuando se marchaba, el bulto que había debajo de sus vaqueros era más que evidente.

Se había puesto cachondo al verme. Ojo, aclaremos. Fueron unos segundos nada más porque yo enseguida volví a ponerme el albornoz, pero bastó aquella mirada hacia mí para que él se excitara, para que él empezara a verme con otros ojos que no eran precisamente los ojos de un amigo.

Yo era una mujer. Y no solamente una amiga de la infancia. Era una mujer hermosa y no sé si me parecía en algo a las chicas que había nombrado Jaime dentro de la ducha, mientras bromeaba sobre el miembro de Fran, pero lo que había sucedido en aquellos instantes, era una pequeña victoria que me enorgullecía.

Cuba despertaba. En La Habana, iban a pasar muchas cosas. Y, pese a la mala noche que yo había pasado, sentía que había merecido la pena pasarla así de mal con tal de que Fran se fijara en mi cuerpo, con tal de que Fran no pudiera evitar que su miembro se pusiera como una salchicha peleona debajo de su pantalón.

Alguien podrá decir que mi comportamiento es completamente infantil. Y es cierto. Estaba vistiéndome y sonreía como una tonta. Pero el amor tiene ese carácter irracional, tiene ese componente de juego que los enamorados no pueden evitar y yo, por mi parte, no iba a evitarlo.

Y, como he dicho, yo sabía que había ganado una batalla, pero no había conseguido la victoria.

Fran no iba a ser fácil de conquistar. Quizá no ayudaba esa confianza que habíamos adquirido a lo largo del tiempo.

Pero, ahora, sabiendo que yo le ponía, debía usar mis armas de mujer para que se fijara en mí. Así que lo pensé bien y no me puse vaqueros ni blusa, sino un vestido cortito que llevaba un escote con cremallera con el que iba a jugar todo el día para que no me quitara ojo.

Yo también quería saber si lo era cierto que Fran era un trípode y una manguera de bombero.

Por cierto, estiré de la cadena del váter, antes de salir de la habitación. No penséis que iba a dejar que el pis allí.

CAPÍTULO 4



De nuevo estábamos callejeando por las calles de La Habana, yo no paraba de recordar la conversación de Jaime en la ducha con Fran, además que se me agolpaba con el recuerdo de cómo me cantaba en aquella plaza de La Catedral.

—Kate, luego te tengo que contar una cosa, que escuché hablar a Fran y a Jaime.

—Cuenta ya, no me dejes con la intriga.

—Luego, Kate, no empieces con las impacencias...

—Joder, pues no me la sueltes para luego callarte.

—Te estoy diciendo que luego te lo voy a contar, no me voy a callar petarda — dije sacándole la lengua.

—Odio los misterios, me ponen nerviosa...

Llegamos por fin a La Bodeguita del Medio, cuántas veces había escuchado hablar sobre ella, sin duda, el bar más famoso de La Habana, mejor dicho, de Cuba.

El local estaba lleno de fotos y firmas de personajes famosos que habían pasado por allí, uno de los primeros en hacerlo fue Ernest Hemingway, que estuvo tomando un mojito y le gustó tanto que dejó una nota de agradecimiento, desde entonces, se dice que el bar comenzó a funcionar y a ser famoso en el mundo entero.

Una pareja de unos cuarenta años, tocaba en una esquina del bar, Fran los miraba embobado, era evidente que la música era su vida, su pasión, su razón de vivir...

Tomamos unos mojitos, ese era nuestro desayuno, pero en el Caribe el cuerpo reacciona de otra manera, el calor y la humedad de allí te permite ingerir lo que en otros sitios a esa hora sería impensable, así que allí estábamos, tras la resaca, disfrutando del mejor mojito del mundo, juntos, empezando un viaje que seguro sería toda una aventura para recordar.

—Tengo un calor que me muerdo —decía Kate mientras se abanicaba.

—Yo tengo ganas de cantar —dijo Fran mientras se movía al compás de la música, con ese movimiento de caderas que era una provocación constante para la vista.

—Fran, habla con ellos y márcate un temita para nosotros —dijo Kate.

—Eso estaba pensando, además, seguro que conocen la canción de un autor muy famoso, aunque el pobre tuvo un accidente y perdió la vida cuando había alcanzado el éxito, se llama Polo Montañez y tiene un tema bellísimo que se llama “Un montón de estrellas”.

—Pues ya tardas, queremos oírte cantar —lo animé.

—No sé, chicos... —dijo inseguro de repente.

Pero Kate no se lo pensó dos veces, se fue directa a los músicos y se lo hizo saber, rápidamente comenzó a sonar el tema, le dieron el micro a Fran y comenzó a cantar a ritmo del caribe esa canción tan bonita; para asombro de todos, el bar comenzó a llenarse de turistas que pasaban por allí.



*“Todo fue así, así mismo fue,
todo fue por ella...*

*Yo la quería, yo la adoraba,
pero tenía que aborrecerla.*

*Todo fue así, oye, todo fue por ella...
Como yo quise a esa mujer,
porque pensaba que era buena.*

*Todo fue así, ay, Dios, todo fue por ella...
Yo era capaz de subir al cielo
para bajarle un montón de estrellas.*

*Todo fue así, todo fue por ella...
Un pajarito que iba volando,
yo lo cogí para complacerla.*

*Todo fue así, ay no, todo fue por ella...
Tanto se burló de mí*

que ahora no puedo verla...”



Terminamos todos bailando alrededor de los músicos y de Fran, me encantaba verlo cantar, se le iluminaba la sonrisa y el rostro, era feliz con ello y lo transmitía, haciendo vibrar todo lo que giraba a su alrededor.

—Yo nací para ir cantando todo el día —dijo Fran mientras bebía de su mojito.

—Cantar no, pero dar el cante... ¡Lo haces siempre! —bromeó Jaime.

—Quién fue a hablar, el señor sin miramiento —respondió Fran.

—¿Yo sin miramiento? Pero si soy el que más miro de este mundo, mira como miro aquel culo —dijo señalando a la calle mientras pasaba una chica.

Pasamos una mañana estupenda metidos en ese local, de allí nos fuimos a la cervecería de la plaza vieja, donde aprovechamos para comer.

En la barra había una cubana que no paraba de mirar a Fran, él se había dado cuenta, me tenía nerviosa, quería decirle algo, pero claro... ¿Quién era yo?

—Esa tía te está pidiendo guerra, Fran —dijo Jaime.

—Ya me di cuenta, pero no pienso caer en sus redes... —dijo sacándonos la lengua.

—Mi Carlota es más guapa que esa de aquí a Pekín, como ustedes decís —dijo Kate ante mi asombro, dejándome ruborizada y con ganas de matarla, le eché una mirada asesina.

—Por supuesto —respondió Fran guiñándome el ojo, para mi asombro.

—Y digo yo... ¿Qué tengo que ver en este entierro? —pregunté sin entender por qué había tenido que nombrarme a mí, iba a matarla.

—Hombre, solo es un comentario —Kate me sacó la lengua.

—Pero Carlota no me quiere... —soltó Fran, dejándome muerta en ese momento.

Me daba igual si Kate se ahogaba con el mojito, se había atragantado al escuchar eso y no paraba de toser. Le eché una mirada rápida y estaba roja. Más que roja, morada, pero que le hiciera su novio el boca a boca, yo me había quedado con la mía abierta ante el comentario de Fran.

—Fran, vives en otro mundo, tío, eso no hay quien lo dude —dijo Jaime tras resoplar. Jaime, quien siempre iba a lo suyo... No era precisamente el más indicado para opinar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el amor de mis amores.

—Nada, no quiere decir nada —dije yo.

Miré a Jaime y me guiñó el ojo, dándome a entender que se callaría, pero también que él sabía el secreto que yo guardaba.

¿Lo sabían todos?

Todos menos Fran, o eso parecía. Me iba a morir de la vergüenza, no me lo podía creer. Hasta Jaime, con lo despistado que era, o eso parecía, sabía que yo estaba pillada por su amigo. Solo esperaba que, por una vez en su vida, pudiera mantener la

boca cerrada.

—A veces me parece que habláis de cosas que no sé —dijo Fran con el ceño fruncido—, y no me gusta —recalcó.

—Son imaginaciones tuyas —intervine.

—Claro que sí —dijo Kate, quien había recuperado su color natural—. Pero la verdad es que a Carlota le está sentando bien Cuba. No sé, tiene como un brillo diferente. El cutis o la mirada o algo...

Y en ese momento todas las miradas de mis amigos estaban sobre mi cara. Y yo era una chica muy lanzada, pero vergonzosa con algunas cosas. Y esta era una de ellas.

—Bueno, pero ¿qué os pasa? —pregunté enfadada.

—Sí, tienes algo... ¿diferente? —Luis me miraba como si fuera un ratón de laboratorio al que analizar.

—Pues yo la veo como siempre —Jaime siempre pasando, para no variar. Y esta vez se lo agradecía.

—No, es cierto que no está como siempre.

Miré a Fran cuando dijo eso.

—¿Tú también? —suspiré, desesperada.

Pero su mirada era diferente y yo empecé a ponerme nerviosa, sobre todo cuando me recordó a cómo me miró cuando estuve como Dios me trajo al mundo. Yo ya no estaba ruborizada, estaba como un salmonete, exageradamente roja.

—Realmente estás preciosa —dijo después de unos segundos.

Y yo no supe qué decir. Si pedir que la tierra me tragara, si ponerme a llorar por la ansiedad, si derretirme allí mismo, o si tomármelo como un simple cumplido, que sería lo más lógico.

No hice nada de eso, levanté la mano para llamar la atención del camarero y pedí otra ronda de chupitos cuando los carraspeos de mis amigos llegaron hasta mis oídos. Tenía que volver a recuperar la normalidad, pero Fran no me lo estaba poniendo fácil.

Cuando dejó de mirarme, pude respirar. Por suerte, Jaime llevó la conversación hasta otro tema, haciendo que todos nos partiéramos de la risa, terminando con la tensión que mi mejor amiga, y mi próxima primera víctima, porque iba a descuartizarla cuando pudiera, había creado con sus comentarios.

Pero así éramos nosotros, ya debería estar acostumbrada.

Ese día, con la resaca monumental que teníamos de la noche anterior, lo pasamos en la calle, paseando un poco, haciéndonos miles de fotos. Fotos en las que yo no sabía qué pasaba, pero siempre acababa teniendo que agarrarme a Fran.

Para qué mentir, claro que lo sabía, mis amigos se habían propuesto sacarme de mis casillas y estaban haciendo todo lo posible por desquiciarme. ¿Para qué? ¿Para que diera el paso con el amor de mi vida? Ni de broma...

Por la noche, de vuelta al hotel, compramos algo de comida y decidimos relajarnos allí. Cenamos entre risas y nos acostamos pronto, estábamos agotados.

Pero no pude conciliar el sueño, así que cerca de las dos de la madrugada, me

levanté, cogí una silla y me senté en el balcón a tomar un poco de aire.

Respiré profundamente, llenándome los pulmones de esa ciudad. Me hacía sentir libre, era algo extraño.

Escuché cómo alguien se acercaba, los pies descalzos resonando contra las baldosas, no me hizo falta girar la cabeza para ver de quién se trataba, ya mi corazón había saltado.

Fran...

—¿Estás bien? —se puso frente a mí y se sentó en el suelo, mirándome a los ojos.

—Sí, solo que no podía dormir —sonreí al verlo, con su pelo despeinado, y los ojos medio cerrados por el sueño, ese torso desnudo... Oh, Dios, me iba a dar algo—. Lo siento, ¿te he despertado?

—No —una media sonrisa iluminó su cara—, tampoco podía dormir.

—¿Por qué? —pregunté interesada e intentando olvidar lo que provocaba en mí, tenía que tratarlo como lo que era, un gran amigo.

—No sé, tal vez por el nerviosismo del viaje, de los días que llevamos aquí.

—Sí, me pasa igual. Pero nos debíamos esto.

—Nos debemos muchas cosas, Carlota —dijo enigmáticamente.

—No te entiendo.

—Siempre hemos estado juntos, pero todavía nos quedan muchas cosas por vivir, ¿no crees?

—Sí...

—Tenemos vidas muy diferentes, pero siempre hemos estado unidos. Sois un gran apoyo para mí, esa es la verdad.

—Para eso están los amigos —levanté la mano y le removí el pelo, siempre me había gustado hacerle eso, de pequeño lo sacaba de sus casillas.

Nos quedamos en silencio, él se giró, manteniéndose sentado en el suelo, pero dándome la espalda. Estuvimos un rato así, simplemente disfrutando del silencio. Incluso yo me sentía tranquila, pese a tenerlo tan cerca.

Pero mi cuerpo era otra cosa, luchaba contra la necesidad de tocarlo, de poder sentirlo. Y no podía controlarlo, mis manos iban a ir hacia él, hacia esos hombros que tanto me gustaban. Pero el destino intervino y Fran se levantó antes de que yo hiciera una tontería.

—Gracias —me dijo cuando estuvo de pie, mirándome a los ojos de nuevo.

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—Por ser especial —me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Y allí me quedé, con la respiración atrancada en la garganta. Por ser especial... Especial como amiga, claro.

Resoplé, con tristeza. Eso era para él, una amiga. Ya lo sabía, pero eso no quitaba que en el fondo me doliera porque, aunque a veces parecía que él se había

fijado en mí como mujer, lo cierto era que eso no había ocurrido. Yo seguía siendo como su hermana pequeña y a mí me dolía demasiado.

Pero así era nuestra historia, a saber, si alguna vez...

Negué con la cabeza, el problema era que yo cada día me enamoraba más.

El problema también sería que siempre lo ame, pero lo veía a ratos, ahora pasaría dos largos meses con él, las 24 horas, cuando volviera iba a querer morirme, me iba a costar la vida separarme de él, iba a ser algo que no iba a poder asimilar fácilmente, incluso aquí cuando me acostaba, aunque fuera a su lado, estaba deseando que amaneciera para poderlo ver.

Eso era el amor ¿Y dudaba que estuviese enamorada?

CAPÍTULO 5



Ese día era para pasarlo revoleados en las playas del Este de la Habana, así que cogimos un taxi que nos llevó allí, estaba a 18 kilómetros al este de la ciudad, una de las playas preferidas por los habaneros, 20 kilómetros de paraíso, para disfrutar.

Nos pusimos delante de un bar chiringuito para aprovechar y comer más tarde en él, además que nos servirían en la arena cualquier tipo de bebida.

Se nos acercó un hombre con un carro lleno de Cocos, ideal para el momento, rápidamente nos lo estaba cortando, y nos puso una cañita, estaba delicioso, nos tiramos unas fotos muy divertidas.

Ya en la arena, tomando el sol, con nuestros mojitos cerca, disfrutamos de la serenidad de la playa.

Dos mulatas de escándalo se tumbaron al lado nuestra. Cogieron la crema de protección solar y Luis y Jaime, ni cortos ni perezosos, se levantaron rápidamente para

ayudarlas a extenderla por sus espaldas.

Me quedé boquiabierta, ¿qué hacía Luis? Miré a mi amiga y la vi echando humo por la cabeza, fui a acercarme a ella, pero me hizo un gesto con la mano para que no lo hiciera, prefería estar sola.

Nuestros amigos volvieron de ayudar a las dos chicas, ambos muriéndose de la risa. Luis se sentó en su sitio, al lado de Kate, quien se levantó como un vendaval, llenándolo todo de arena.

—Pero qué haces, ten cuidado —dijo encima él con toda la cara dura del mundo.

—¿Por qué? ¿Se te va a pegar la arena en las manos llenas de crema? —lo retó Kate.

—Vamos, cariño, solo ayudaba.

—¿Y por qué mierda tienes tú que ayudar a nadie? —mi amiga lo miraba con las manos en la cintura, muy enfadada.

—Kate, no seas tonta, solo fue una gracia.

—Una gracia de muy mal gusto, pedazo de idiota.

—No me insultes ¿Entendido?

—No me digas como te tengo que tratar, cuando tú no sabes hacerlo conmigo.

—Venga ya, te quejarás de cómo te trato...

—Eso que has acabado de hacer es una sinvergonzonería, para mí hay un antes y un después de esto —dijo Kate con los ojos lleno de odio.

—Tú estás fatal, no aceptas ni una broma.

—¿Broma? ¿Me tiro encima del primer mulato que pase?

—Haz lo que quieras —dijo cabreado.

Kate dio una patada a la arena, llenando a su novio completamente y se sentó a mi lado, refunfuñando, los insultos mejor ni los repito, pero la pobre necesitaba desahogarse.

Yo no entendía qué estaba pasando, a qué había venido nada de eso, pero Luis se había pasado tres pueblos sin venir a cuento.

Dejé que mi amiga sacara toda la rabia fuera en forma de impropiedad y bajé la cabeza de nuevo, dispuesta a disfrutar del sol.

De vez en cuando observé cómo Fran me estaba mirando, a veces creía que desde que me vio desnuda, me miraba de otra forma, o eso quería creer yo. Pero por lo de la noche anterior... Otras veces pensaba que solo como amiga.

Iba a volverme loca.

Yo solo quería que me cantara el “Despacito” al oído, yo solo quería poderlo abrazar, no como unos amigos, sino como una mujer abraza a un hombre...

Estaba mirando al mar, de pie, mientras me fumaba un cigarrillo, cuando de repente noté cómo me abrazaban por atrás...

—Despacito, quiero respirar tu cuello despacito, deja que te diga cosas al oído, para que te acuerdes si no estás conmigo... —me estaba cantando al oído, no me lo podía creer.

Me quedé mirando al mar, sonriendo, mientras él ponía su móvil frente a nosotros para hacernos un selfie, yo estaba ruborizada, me acaba de dar otro momentazo para el recuerdo.

—Se me está pegando esa canción —dije muy avergonzada, intentando disimular.

—Es muy pegadiza —dijo mientras se marchaba hacia las toallas para dejar su móvil y volver.

—Vamos a refrescarnos —me dio un beso en la mejilla, de esos que me daban ganas de responder pegándoselo en la boca, tirándolo en la arena y dejando atrás esa tensión que me estaba matando.

Me agarró por el cuello y nos fuimos al agua, esa eran las cosas que me gustaban de Fran, era un ser muy cariñoso y atento con todos, lástima que ese agarre no iba por nada más, yo ya estaba que cualquier cosa me ponía muy sensible.

Kate se vino hacia nosotros.

—Vengo a incordiar, no me apetece estar al lado de Luis, estoy de los nervios.

—Pasa ya, relájate, se os va a pasar —dije intentando tranquilizarla.

—Paso, de esta me ha encabronado mucho...

—Normal... —dije.

—Bueno, las mujeres os enfadáis rápido —dijo Fran guiñándome el ojo y sonriendo.

—No, ustedes os pasáis tres pueblos —respondió Kate enfadada.

—Yo soy muy bueno —Fran puso cara de santo.

—Sí, cuando duermes. —dijo Kate ante nuestra risa.

Mirábamos a la arena, allí estaban Jaime y Luis riendo por cualquiera de sus cosas, eso enfurecía más a Kate y Fran me lanzaba miradas y gestos de asombro por la cara de nuestra amiga, yo evitaba reír para que no se diese ella cuenta, se molestaría y enojaría aún más.

—Yo a ese lo mato, se va a reír encima, pasa de todo —Kate se calentaba al verlo.

—No, mujer, no lo mates, mejor lo hacemos sufrir —bromeé.

—Pero si sois dos soles, anda, vamos a ir a tomarnos unas cervezas y a celebrar el viaje, no merece la pena estar enfadados y perder estos maravillosos momentos que nunca recuperaremos —dijo Fran intentando evitar que le creciera el enfado.

—Yo mejor me tomo unos cuantos cubatas, así no me entero de nada —dijo Kate poniendo cara de rabia.

—Bueno, vamos —dije mientras comenzaba a salir del agua.

—De verdad, que estoy con un ataque de nervios que no os imagináis, no me

explico cómo se puede tener la poca vergüenza de ir a ponerle crema a una desconocida en todas mis narices.

—Venga va, no te ralles más, al final lo pasas doblemente mal.

—Me duele tía, me hierve que haga esas cosas, estoy delante ¿No piensa que me puede hacer daño? ¿No le da por pararse y decir que voy a humillar a mi chica? No lo entiendo tía, por mucha broma que sea, no lo entiendo.

—Bueno, vamos a tomar algo y cambiar ya el chip, así no puedes estar, no te mortifiques más Kate —dijo Fran abrazándola.

—Desde luego, con la cara tonto que tiene...

—¡Vale ya! —exclamé queriendo zanjar ya el tema.

Fuimos para el bar, Jaime y Luis nos siguieron cuando pasamos juntos a ellos, así que terminamos en esa calurosa terraza tomando algo, un rato después, nos trajeron una bandeja gigante con Langosta, nos pusimos tibios de ella.

Kate y Luis eran los protagonistas, sus indirectas e indiferencias eran latentes en aquella mesa, Fran, Jaime y yo nos mirábamos de forma disimulada, nos lo decíamos todo, intentábamos aguantar la risa, Luis se daba cuenta de todo y evitaba soltar una carcajada.

—La próxima vez que venga a esta isla, será como artista —dijo Fran mirando al mar, intentado cambiar de tema.

—Lo mismo vienes a reconocer a ese hijo que dejarás en proceso en este viaje, a alguna mulata como la del otro día. O como las de hoy... —soltó Jaime, por poco me atraganto con la cerveza en ese momento, a la vez que todos se partían a reír. Todos

menos Kate, claro.

—¡Qué bruto eres, hijo! —exclamó Fran—. Te crees que todos somos como tú, que estas deseando tirarte a todo lo que se menea, yo creo más en el amor.

—Sí, en el amor de dos días —volvió a atacar Jaime para buscarle la lengua.

—Qué sabrás tú...

—Mucho, hermano, te conozco mejor que nadie.

—Eso crees...

Así se tiraron un rato, la verdad es que Jaime era un pasota, se pasaba tres pueblos, pero era muy gracioso, al final puso a Fran de los nervios y nosotros acabamos llorando de la risa, Fran empezó a ignorarlo, así consiguió que se callara.

Por la tarde volvimos al hotel, nos duchamos y nos fuimos a callejear por La Habana y a cenar por allí.

Tras hartarnos de comida típica, acabamos tomando unas copas en Tropicana, una especie de discoteca donde el techo eran las estrellas, estaba al aire libre. Era realmente espectacular, los bailarines, el show en sí, pero demasiada gente. No podíamos hablar, la música estaba demasiado fuerte, lo que venía siendo una típica discoteca.

Al poco tiempo de llegar, perdimos a Jaime. Ese ya estaría haciendo de las suyas al intentar ligar con toda mujer que se le pusiera delante.

Lo de Kate y Luis era otra historia. Con sus copas en la mano, en medio de la pista, bailando sin mirarse. Y Kate, para liarla más, lo provocaba con sus movimientos de caderas. A él y a todo hombre que tuviera cerca, me estaba temiendo que, a ese

paso, todo acabara en una bronca monumental, Luis era bastante celoso.

Y Fran... Fran y yo terminamos los dos saliendo de allí. Él era de los míos, prefería la tranquilidad. Así que cuando me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera, no dudé en hacerlo.

Salimos y respiramos aire fresco, me sentí aliviada en el mismo momento en que el viento me dio en la cara. Me gustaba divertirme, bailar, cantar, pero no de esa forma.

—¿Te parece si damos un paseo?

—¿Y los demás? —pregunté a la vez.

—Sabrán llegar al hotel, no les pasará nada. Venga, vamos —me agarró por la cintura y comenzamos a caminar.

La ciudad, pese a la hora que era, estaba repleta de gente. Nos encontramos con varios músicos mientras caminábamos y noté cómo Fran los miraba con una mezcla de admiración y añoranza.

—Algún día podrás cumplir tu sueño —dije rompiendo el silencio que nos acompañaba.

—¿Qué sueño? —preguntó despistado.

—El de cantar —lo miré sonriendo.

—Bueno, tú lo has dicho, solo es un sueño —se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Te conozco, Fran, es más que eso. Y eres realmente bueno.

—Eso lo dices porque me quieres —rio.

En eso había acertado, aunque más que quererlo, lo adoraba, estaba loca por él.

Y me encantaban esos momentos que pasábamos juntos, en los que éramos como hermanos, olvidando mis sentimientos, Fran era el mejor hombre del mundo, con él me sentía bien, libre de ser yo. Quizás más que con todos los demás juntos, tal vez sí tenía que ver el amor que sentía con esas sensaciones.

—No lo puedo evitar, la música es como si fuera parte de mí —nos paramos en una plaza cercana y nos sentamos en un banco.

—Es así desde que te conozco, se te ilumina la mirada cuando cantas. Eres feliz.

—Sí, es cierto —sonrió—, pero también es verdad que la música no es toda mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo sueños, como todos, como los tienes tú. Miro a Kate y a Luis y en el fondo me dan un poco de envidia.

—¿Por las peleas? —reí al recordar cómo estaban en ese momento.

—Con peleas o sin ellas, conocen el amor. Me gustaría hacerlo. ¿A ti no? —preguntó mirándome a los ojos.

Mierda, y yo qué le decía. Sí, Fran, pero yo ya conozco el amor, lo tengo

enfrente, estoy hablando con él.

No, no podía hacer nada de eso. Y en el fondo me dolía imaginar que yo nunca fuera ese amor con el que él soñaba.

Cogí aire preparando la respuesta, cuando, antes de mirarlo a él de nuevo, miré al frente y me vi aparecer...

—Oh, mierda, Fran, ¡ayuda!

Grité antes de levantarme como alma que lleva el diablo y salir corriendo. Ni Forest Gump había corrido tan rápido en toda su vida, era como si tuviera un petardo en el trasero y le hubieran encendido la mecha. Corría y chillaba pidiendo ayuda.

Ni cuenta me di que acabé en la playa, corriendo por la arena, hasta que me tropecé y me di de bruces contra ella.

Me giré, quedándome tumbada boca arriba, quitándome la arena de la cara.

—Mierda —escupí varias veces.

—Dios, ¿estás bien? —preguntó Fran al llegar a mi lado, cayó de rodillas, apoyó las palmas de sus manos en ellas y luchaba para respirar.

—No, mierda —yo no sabía decir otra cosa.

—Joder, Carlota, me asustaste. ¿Qué demonios te pasó?

Muy digna yo, me puse de rodillas frente a él y coloqué los brazos estirados para mostrarle la medida que yo quería.

—Así —dije medio asfixiada—, así era la cucaracha que venía a devorarnos.

—La cucaracha... —repitió con la cara extrañada.

—Sí, ¡y no repitas su nombre!

Estaba completamente desquiciada, pero lo mío con esos seres era algo más que fobia, era pánico, era verlos y perder por completo la razón. Yo solo pensaba en huir, algo así como “Sálvese quien pueda”.

Y Fran, en vez de intentar calmarme, empezó a reírse a carcajadas. Se tumbó en la arena, con las manos en el estómago, sin poder parar.

Al principio lo miré malamente, por reírse de mí. Todos conocían mi pánico a esos seres horripilantes, pero al final me contagió la risa cuando me calmé y me tumbé a su lado.

—Cualquiera diría que viste a un Tiranosaurio —dijo entre risas.

—No te creas, por ese tamaño iba —suspiré.

—No cambias —seguía riendo.

—¿Eso es bueno o malo?

En ese momento me miró y se quedó observando mis ojos unos segundos.

—No lo sé —susurró sin dejar de mirarme.

Y empecé a ponerme nerviosa de nuevo, esa mirada no era como las demás, esa mirada me hacía pensar que...

Me levanté deprisa, rompiendo la magia o lo que fuera que estuviera pasando. Fran hizo lo mismo y caminamos hasta el Tropicana de nuevo.

Volvimos a unirnos a nuestros amigos, disfrutando un rato allí, tomándonos algo, hasta que encontramos a Jaime y nos marchamos al hotel, reventados.

La noche había dado mucho de sí y Fran...

Fran iba a acabar conmigo.

CAPÍTULO 6



Me desperté y al girarme vi que no estaba Jaime, pensé que estaría en el baño, pero descubrí una nota en su almohada, así que me levante a cogerla.

“Me voy a pasar el día a la aventura, esta noche nos vemos aquí.”

Miré a Fran que se había despertado y le enseñé la nota. Sonreía mientras la leía.

—Ya sabes cómo es Jaime —decía sonriendo.

—Ya...

—Carlota, ¿te pasa algo?

—No, ¿por?

—Te veo diferente conmigo, no digo que peor, ni mucho menos, ni mejor ni peor, solo diferente —sonreía mientras me hablaba.

—No, solo que estamos en otro lugar, todo es diferente, estamos descubriendo esta isla, nuevas sensaciones, imagino que es por eso.

—No cuela —soltó una mirada penetrante mientras sonreía.

—No sé, no me pasa nada —dije intentando quitar hierro al asunto a la vez que me ruborizaba, me estaba poniendo muy nerviosa.

—Seguro que echas de menos a tu familia —dijo acercándose y abrazándome.

—¡Qué va! Ya tendré todo el tiempo del mundo para estar con ellos —dije mientras le correspondía a ese abrazo, que hubiese durando una eternidad.

—¿Sabes una cosa, Carlota?

—Dime...

—Eres una de las mujeres más increíbles que he conocido —dijo con una sonrisa mientras se levantaba y me daba un toque con su dedo en mi nariz.

Se fue al baño, me quede con una cara de idiota que no podía con ella, la mujer más increíble, eso me había dicho, y yo me preguntaba, si era la más increíble, ¿por qué no luchaba por mí? Buena cosa me había soltado, otro momento grabado para no olvidar.

Desayunamos los cuatros en el hotel, la charla fue en torno a la travesura de Jaime de irse solo a perderse por La Habana, casi nada, extranjero solo en La Habana... solo de pensarlo me entraba la risa.

Decidimos coger dos coco taxis, era una moto con un semi-casco y un sillón para dos personas atrás, así que Kate y Luis se montaron en uno y Fran conmigo en otro.

Nos llevaron al cementerio de Colón, todo un museo al aire libre, hicimos un recorrido sin bajarnos de la moto y sacando fotos, Fran llevaba su mano apoyada en mi rodilla, yo rezaba por que no la quitase, ese contacto me hacía muy feliz.

Luego nos hicieron un recorrido por El vedado, un barrio de La Habana, un poco alejado de la Habana Vieja, luego nos dejaron en la plaza de La Catedral para tomar algo, escuchando música, lo mismo, mi Fran volvía a deleitarme cantando, fantasee por unos momentos.

—¡La madre que lo parió! —dijo Kate señalando a una mesa a lo lejos.

—¡Hostias! Jaime con la mulata que le gustaba —dije alucinando incrédula.

—La de Dios —respondió Luis mientras nos sentábamos en la mesa observando a lo lejos a él con la chica.

—Ya lo conocéis —dijo riendo Fran.

Me alegraba ver a Kate y Luis mejor, no es que hubiesen hecho las paces, pero al menos se dirigían la palabra, casi con ignorancia, pero se respondían, eso era un gran paso.

—Con la de historias que se cuentan de Cuba y míralo, Jaime quiere dejar una historia más grabada en esta isla —dijo Kate negando con la cabeza.

—Esta no será la única, conociéndolo —dije poniendo ojos en blanco.

—Bueno, Jaime en cada lugar que pisemos, dejará dos o tres víctimas de sus garras... —dijo Luis.

—Lo mismo que te gustaría a ti, ¿verdad? —preguntó con ironía Kate a Luis.

—Y ahora, ¿qué pinto yo?

—Vamos, Luis, no te hagas el santo, que no soy tonta —respondió de forma borde mi amiga.

—Bueno, tengamos el día en paz, no merece la pena perder el tiempo con malos rollos —intervino Fran.

—Él me ha provocado...

—Pues no le hagas caso —dije poniendo cara de ¡ya te vale!

—No pasa nada, estoy acostumbrado a sus cambios de humor —maldito comentario de Luis que iba a ponerla de peor humor.

—Y yo a tus estupideces...

—Bueno, chicos, brindemos por esta isla —dijo Fran levantando el mojito para calmar la tensión.

Jaime nos divisó de lejos, levantó su mano sonriente, ella también sonreía, así que todos le respondimos de la misma manera.

Minutos después venía con ella y nos la presentaba, se llamaba Mirta y era muy simpática, a no ser que se estuviera marcando el papel del siglo para conseguir lo que

quería de Jaime, vete tú a saber...

—Quería comentaros algo —dijo Luis mientras se sentaban con nosotros y pedía al camarero otra ronda de mojitos.

—Sorpréndeme —dijo Fran sonriendo maléficamente.

—Como sabéis, mañana nos vamos a Varadero a pasar el resto de días que nos queda en esta isla, pues veréis, seré claro, id vosotros, que ya me incorporo yo en 3 días — dijo sonriendo de tal manera, dejando ver que se iba a pasar 3 días con Mirta.

—Por mi como si te recogemos a la vuelta —dijo Luis a la vez que le guiñaba el ojo.

—Eso ya lo decido yo —respondió Jaime devolviéndole el guiño.

La chica apenas hablaba, solo se limitaba a sonreír tratando de ser de lo más amable.

Nos fuimos los seis a comer a un restaurante que nos recomendó Mirta, la verdad que dentro de las posibilidades culinarias que había en Cuba, ese restaurante era un acierto.

A Jaime se le veía en todo momento babeando y con numerosos gestos de cariño hacía ella, Fran, ese día, todo hay que decirlo, estaba muy atento y cariñoso conmigo.

Por la tarde nos fuimos todos al Malecón, después de pasear y tomar copas por la Habana Vieja, allí junto al mar se estaba de escándalo, había varios grupos con guitarras y cantando, habíamos comprado una botella de ron, hielo y refresco, así que nos dispusimos a tomar unas copas allí.

Kate y Luis volvían a estar en tensión y a mí todo eso me estaba creando demasiada ansiedad. Bastante tenía con mis problemas de enamorada quinceañera, para tener que estar soportando las estupideces de esos dos tontos, al final acabé explotando.

—Si tan mal estáis, no sé para qué seguís juntos —dije bordemente cuando volvieron a tirar puyas el uno al otro.

—Vamos, Carlota, no digas eso —Fran, como siempre, el pacificador.

—Si es cierto, no sé qué os pasa —dije mirando a los otros dos—, pero estáis en completa tensión. ¿Os falta sexo o qué?

—Ya sabrás cómo nos sentimos contigo nosotros —dijo mi amiga sonriendo con malicia.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté mirándola con el ceño fruncido.

—Así es tu humor natural, eres una borde de primera, y a ti sí que te falta sexo, ¿tendrá eso algo que ver?

Kate, cuando quería, competía conmigo en ser la más borde, pero no iba a poder. Luis y Fran nos miraban a ambas, acostumbrados a nuestras batallas verbales. Ya estarían haciendo sus apuestas en sus cabezas.

—No te confundas, a mí me falta el hombre para tener sexo, no el sexo en sí —dije con las cejas enarcadas y mostrándoles mis dedos. Era vulgar, lo sabía, pero ella me buscaba la lengua.

—Será eso, porque el consolador... Espera, ¿cuántos has roto ya? ¿Tres?

—preguntó la hija de Maléfica.

—Dos —dije levantando la cabeza—, eran de marca blanca.

En el fondo me estaba muriendo de la vergüenza, sobre todo porque a ver qué pensaba Fran de mí, no me atrevía ni a mirarlo de reojo, pero de que yo tenía la última palabra, la tenía.

—Ya sé qué regalarte por tu cumpleaños —sonrió mi amiga.

—No hace falta, tú preocúpate por tener tus orgasmos que de los míos me encargo yo.

Luis empezó a reírse a carcajadas y Fran escupió todo lo que tenía en la boca. El pobre se atragantó al escucharme.

Si es que era para matarme, podía mantener la boca cerrada, me veía más bonita pero no, la loca de Kate tenía que retarme.

Como mi amor no dejaba de toser, me acerqué a él y le di varias palmaditas en la espalda, se estaba poniendo verde.

—¿Mejor? —pregunté cuando dejó de toser.

—Sí... Oh, sí...

Al pobre le salió como un gemido, qué oportuno fue, no pude evitar reírme. Al final acabamos haciéndolo todos, nos entró un ataque de risa increíble.

Pero ese quejido me había puesto cardíaca. ¿Sería así como gemiría cuando...?

Para, Carlota, no pienses en eso ahora.

Me apoyé en la baranda y contemplé el mar, estaba completamente en calma. Unos minutos después, decidimos ir a cenar algo por ahí, pero los chicos se ofrecieron a traer algo rápido para comérselo sentados en la playa.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Kate al ponerse a mi lado mientras veíamos a los otros dos marcharse.

—Bien —dije sin querer explicarle mucho—, ¿cómo lo iba a llevar?

—Estás más nerviosa de lo normal, Carlota, creo que se te está yendo un poco de las manos el mantener esto en secreto.

—En secreto... —resoplé— Lo sabéis todos.

—Menos él.

—Sí, menos él. Es mejor así, que no se dé cuenta de nada.

—Yo creo que él siente algo por ti.

—Sabes que no es así —la miré a la cara.

—Siempre he pensado eso, y aquí te mira diferente —dijo encogiéndose de hombros.

—Claro, porque me vio desnuda —suspiré.

La cara de mi amiga era un poema.

—¿Desnuda?!

—Calla, loca, se va a enterar todo Cuba —le recriminé cuando chilló.

—Solo fue un segundo en el baño, no seas malpensada.

—Ah —sonrió—, ahora entiendo esa mirada.

—¿Qué mirada?

—Esa que te echa a veces, como si quisiera comerte.

—Fran nunca me mira así —negué con la cabeza.

—Es un buen tío, de los mejores que conozco.

—El mejor —la interrumpí.

—El mejor, vale —rio—, pero tampoco ha tenido suerte con las tías. Y vuestra relación es...

—Como de hermanos.

—¿Quieres callarte, dejar de interrumpirme y dejarme hablar? —preguntó exasperada.

—Está bien —me crucé de brazos.

—Tú eres diferente para él, y yo me juego el cuello a que siente algo por ti, pero quizás ni él se ha dado cuenta.

—La verdad es que yo no quiero pensar en nada de eso, bastante tengo con amarlo yo a él.

—Deberías ser sincera, decirle lo que sientes.

—¿Y que eso nos aleje? No, Kate, prefiero su amistad a poder perderlo por no saber controlarme.

—Pero eso te puede pasar factura, Carlota. No se puede amar en secreto, esas cosas acabarán afectándote.

—Quizás, pero me arriesgaré.

Sabía que mi amiga, en el fondo me entendía. No era fácil querer a alguien así y no poder decírselo. Y sobre que él sentía algo por mí... Eso tampoco estaba muy claro.

Era cierto que algunas veces me miraba de una manera diferente, como si me viera por primera vez, pero eso no significaba nada. Él no había mostrado nada hacia mí, y las cosas que me había dicho tampoco podía tomarlas como nada.

Fran era así, cariñoso, respetuoso. Pero sobre todo sincero. Si sentía algo alguna vez, me lo diría, ¿no? ¿O le pasaría como a mí?

En ese momento lo vi de lejos, acercándose a nosotras junto con Luis, traían una bolsa con comida y venían sonriendo.

Adoraba esa sonrisa, ver cómo disfrutaba de la vida, de los pequeños detalles. Adoraba todo de él y mi amiga tenía razón, todo eso me iba a pasar factura. Pero yo no podía perder a Fran, prefería tenerlo cerca, aunque nunca estuviera conmigo.

Cuando estuvieron cerca, su mirada voló hacia la mía y esa medio sonrisa torcida apreció en sus labios. Era un diablillo a veces y eso me encantaba. Me guiñó un ojo y me sacó la lengua y yo reí tontamente.

—¿Lo ves, Carlota? Algo hay —susurró mi amiga antes de que ellos llegaran a nuestro lado.

Ignoré el comentario y los seguí para sentarnos en la playa a cenar. Iba más lenta que ellos, mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto, aunque yo intentara evitarlo.

Fran se paró y se giró para mirarme. Esperó hasta que llegué a su lado y me pasó el brazo por los hombros.

—Vamos, la noche nos espera .me guiñó de nuevo el ojo.

Y yo sonreí, dispuesta a disfrutar de su compañía y sin volver a pensar en nada que no fuera divertirme.

CAPÍTULO 7



Desayunamos en el hotel y nos despedimos de Jaime. Nos pondría un mensaje el día que llegaría a Varadero, luego cogimos el taxi que habíamos contratados y salimos en dirección al hotel que habíamos reservado todo incluido. En ese rincón del Caribe, unos trayectos de dos horas nos separaban de ese paradisiaco lugar en el que pasaríamos los últimos días de estancia en esa isla.

Al llegar al hotel, nos dieron dos bungalós, uno junto al otro. El nuestra era para Fran, Jaime y para mí, pero, como no estaba nuestro amigo, sería por ahora para nosotros solos, aunque sabía que no pasaría nada, pero al menos vivía ilusionada, eso, como la esperanza, nunca se pierde.

Apenas eran las once de la mañana. El calor era insoportable. Nos fuimos los cuatro directos a la barra acuática de la piscina y allí nos pedimos unos cócteles, a la vez que estábamos en remojo, lo que pasa que la temperatura del agua en el Caribe, tanto en piscina como mar, es la del cuerpo, parecía que no refrescaba...

Kate y Luis estaban mucho mejor, recelosos aún con lo que pasó en la playa, pero parecía que habían hecho las paces. Ya eran más aguantables, algo que a Fran y a mí nos facilitaba las cosas, porque vaya momentos atrás habíamos pasado.

Lo que teníamos claro es que no teníamos ganas de malos rollos y habíamos viajado hasta el Caribe a pasarlo bien, a reafirmarnos como amigos. Yo me puse un bikini de leopardo.

Sé que no era mi estilo ni el de Fran, pero me apetecía mostrar mi lado provocativo y lujurioso. El problema vino cuando me metí en el agua y luego salí a tomar un poco el sol.

Kate se dio cuenta enseguida de que se me marcaba todo, porque la tela, al humedecerse, se transparentaba. Yo estaba tan feliz que ni me di cuenta, pero es cierto que pude observar que algunas miradas se clavaban en mí, bueno, en mí, no, sino en mis pechos y en mi culo. Estaba haciendo el ridículo completamente. Fue mi amiga la que me lo dijo.

—Carlota, ¿has perdido los papeles?

—Pero, ¿qué demonios pasa?

—Que estás enseñándolo todo, que eres el foco de atención de toda la piscina. Tu bikini se transparenta al mojarse. Pero... ¿en qué lencería te has comprado esto? Estoy pasando una vergüenza. Fran te está mirando con una cara.

—¡Dios mío! No me había dado cuenta. Quería impresionar a Fran y mira lo que ha pasado. No sé qué hacer. Si me voy al bungaló, se va dar cuenta de que he hecho el ridículo.

—No te preocupes, Carlota. Sécate y no te vuelvas a meter al agua y mañana

cambia de bañador, por Dios te lo pido. Luis tampoco te quita ojo. Qué barbaridad. Pareces una cualquiera.

—No te pases más conmigo, Kate. Ya sé que lo he hecho fatal. No me imaginaba que el resultado iba a ser este.

—Pero, creo que te estás equivocando. Un bikini de leopardo no puede excitar a un tipo como Fran. ¿No te das cuenta de que él es un hombre sensible y sutil? Va a pensar que quieres impresionarlo y que, para hacerlo, en vez de ser tú misma, has querido convertirte en una mujer vulgar.

—Está bien. He aprendido la lección. No volverá a pasar. Pero solamente intentaba hacer que se fijara en mí. Lo que no esperaba es que el bikini fuese a transparentar mis atributos.

Me moría de la vergüenza al ver lo que había sucedido. Pensaba en Fran, en la mala impresión que se había llevado de mí. Es cierto que yo era una persona lanzada, pero nunca había sido una imprudente y una mujer temeraria. Había tratado de conocer mis límites y también mis posibilidades, pero estaba claro que la había cagado bien en esta ocasión al ponerme aquel bikini. Quiero que os pongáis en mi situación. No sabía cómo demonios conquistar a ese hombre, de llamar su atención, no como amiga, sino como una mujer que lo desea con avidez.

Hice caso a Kate. Me senté rápidamente en mi hamaca. No quería formar parte de ese circo que se había montado en la piscina. Noté que Fran me miraba con cierta perplejidad. Hablaría con él después y le explicaría que había cometido un error, que no había sido mi intención ni mucho menos la de ...

Creo que me estaba precipitando. Yo era libre de ponerme lo que me daba la gana y él no tenía ninguna autoridad sobre mí para prohibirme nada. De nuevo, a causa de la ansiedad y el nerviosismo, volví a montarme mi película en la cabeza.

Luis reía. Seguramente, estaba encantado con verme de ese modo. Me enfadé un poco, no con ellos, sino conmigo misma.

—¿Parezco una prostituta, verdad?

—No digas eso, Carlota. Lo único que sucede es que el modelito es un tanto provocativo. A Jaime le habría encantado.

—No me digas eso. Ahora no intentes consolarme. La he cagado bien y delante de él.

—Creo que te estás obsesionando, Carlota, y Fran se va a dar cuenta.

—No sé qué quieres decirme exactamente.

—Lo que quiero decirte es que tienes que ser tú misma. No debes exponerte de esa forma, porque lo vas a asustar. Te vas a poner a la altura de otras mujeres que solo buscan en un hombre una noche de sexo y nada más. Si quieres un compromiso serio con Fran, no debes actuar así.

Las palabras de Kate sonaban a reprimenda. Ella tenía esa extraña habilidad para usar el sentido del humor como una forma de regañarme. Yo tenía mi carácter, pero ella, aunque fuera más paciente, no se cortaba ni un pelo si tenía que decirme las cosas a la cara.

—Oye, no sabía que tenías esos atributos, Carlota.

—Deja de reírte de mí. Estoy pasando una vergüenza. Solo tengo ganas de meterme bajo las sábanas y ponerme a llorar.

—No te quejes. Deberías estar orgullosa de esa delantera que tienes.

—No sé para qué me sirve. El hombre que me gusta no se fija en ella. Y, cuando decido ponerme un bikini, solo consigo hacer el ridículo.

—Oye, pues, hablando de atributos, a Fran se le ve muy bien dotado. Es cierto lo que cuentan por ahí, ¿verdad?

—Cállate de una vez, por favor. Me estás avergonzando aún más.

—Me encanta verte así. Me gusta tener el control sobre ti. Ahora eres un títere en mis manos, Carlota.

—No te pases. Que yo acabo pronto. Me encierro en la habitación y no me veis el pelo hasta que volvamos a casa.

—Solo estaba bromeando, Carlota.

Mi última intervención sonó a amenaza. Y Kate se limitó entonces a sonreír y a mirarme con una ternura maternal que hizo que me enfadara más y dejara de hablar por unos segundos. Me puse a mirar el reflejo de las aguas que temblaban.

—¿Quieres que le diga a Fran que te eche crema? —volvió a decir con sorna.

—Kate, para, por favor. Te lo estoy pidiendo, por favor.

—No lo digo en broma. ¿Has visto cómo llevas los hombros? Están rojos como un tomate. Esta noche no vas a poder estar en la cama.

Kate tenía razón. Ardían. El sol me estaba abrasando. Fran y Luis seguían charlando en la piscina. De vez en cuando Fran me miraba, pero ya no eran las miradas

de complicidad que habíamos tenido días antes.

Yo me hundía en la tristeza por momentos y, junto al enfado que llevaba encima, puedo decir abiertamente que el día en la piscina estaba siendo un auténtico desastre para mí.

—No te preocupes, Carlota. Yo te aplicaré la crema.

—Te lo agradezco porque, tienes razón, empiezan a dolerme.

—Oye, ¿tú sabes algo de una tal Lina y una tal Sara?

—Ni idea. ¿Por qué? ¿Quiénes son? —preguntó Carlota extrañada.

—No lo sé. Las nombró Jaime. Parece que tienen relación con Fran. Pero mis dotes de espionaje no llegan tan lejos.

—Nos enteraremos tarde o temprano. Pero no debes preocuparte —dijo con tono relajado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo no veo por aquí a ninguna Lina ni a ninguna Sara. Solo veo a una tal Kate y a una tal Carlota. ¡Anda, pero si somos nosotras?

Cuando dijo aquello con su habitual tono sarcástico, yo me puse a reír. Tenía razón. Aquellas chicas que nombró Jaime tampoco debieron ser muy importantes en la vida de Fran, pues allí no estaban.

Era lógica pura. Aquel razonamiento me tranquilizó bastante. Respiré aliviada. Cerré los ojos y respiré hondo. Conté hasta diez, como solía hacer en la peluquería

cuando las clientas se proponían sacarme de quicio, y sentí la suave brisa sobre mis labios y mis párpados.

Era una sensación agradable, como si, en cualquier momento, fuese a flotar para alejarme del mundo, de la realidad. Pero no quería hacerlo sola, maldita sea, porque allí estaba Fran y quería que, en mi sueño, en mi vida, estuviera él junto a mí. Siempre me gustaba recordar aquella secuencia de Superman en que el superhéroe vuela con Lois Lane una noche sobre la ciudad de Metrópoli.

Aquella sensación de serenidad y de vértigo al mismo tiempo me resultaba agradable. Pero aquello no dejaba de ser la secuencia de una película y las películas solo existen en la imaginación de sus creadores y directores.

Mi vida no era precisamente un paseo en vuelo sobre una ciudad en mitad de la noche. Mi vida era patética, si a amor nos referimos, pero, en fin, esperaba que, después de mi incidente con el bikini, las aguas volvieran a su cauce y yo pudiera mirar con seguridad a los ojos hipnóticos y atrayentes de Fran.

Kate sacó de su bolso un bronceador nuevo. Intentó abrirlo a la primera, pero, como se le resistía, en vez de pedirme ayuda a mí o a los chicos, no se le ocurrió otra cosa que presionar en la base mientras lograba girar el tapón.

Medio bote de aquella crema fue a dar al borde de la piscina.

—No pasa nada, Carlota. Me traje un arsenal de bronceadores y de repelentes de insectos.

—Estás como una cabra. No sé cómo te dedicas a la docencia.

—Porque, para dedicarse a la docencia, hay que estar como una cabra. No hay quien aguante a los críos de hoy en día, a no ser que estés peor que ellos.

—A veces no te entiendo, Kate. Pareces mi madre y otras veces te pareces a mi vecina del quinto.

—¿Cómo es tu vecina del quinto? —preguntó ella intrigada.

—Es mejor que no lo sepas. La última vez que la trajo un policía a su casa, después de una noche de borrachera, acabó enrollándose con el agente. Cualquiera día la veo en Gran Hermano o en el Festival de Eurovisión. Está llamada para el espectáculo.

—Madre mía, con qué gente te juntas.

Con delicadeza, Kate me aplicó la crema sobre los hombros. Me incorporé evitando que la toalla dejara al descubierto mis senos y mi braguita. Mientras sentía el alivio del frescor de aquella crema, una sombra nos tapó.

No es broma. Un tipo de dos metros que parecía sacado de una película de mafiosos rusos apareció ante nosotros con una sonrisa bobalicona. Nos entró un miedo que las dos tragamos saliva al mismo tiempo.

—Me ha parecido que una belleza como tú estaba sola dijo aquel gigante con una voz cavernosa que recordaba a los ogros de los cuentos infantiles.

—¿De qué estás hablando? —intervino enseguida Kate con cara de pocos amigos.

—No hablo contigo, gatita. Hablo con tu amiga, la del bikini de manchas de leopardo — rugió mientras fruncía las cejas.

—Creo que te estás equivocando. Será mejor que te marches.

—Vamos, no seas tímida. ¿Cobras en dólares o con tarjeta de crédito?

—Pero ... ¿Qué dices, gilipollas? —mi amiga estalló.

—¡Te repito que no te metas por en medio! Tu amiga tiene boca para hablar. Ahora no vengáis de mosquitas muertas. Estoy cansado de visitar estos complejos hoteleros por el mundo y sé cómo funcionan estos servicios —el tipo bramaba cada vez que abría la boca.

—¿Me estás llamando puta? —pregunté con un enfado monumental.

—Yo no he dicho esa palabra, pero ese bikini y tu forma de contonearte lo dicen todo, nena.

En aquel momento, me hundí. Me entraron unas tremendas ganas de llorar. El tipo se acercaba cada vez más a nosotras. Podíamos sentir el olor a alcohol de su aliento. Una de sus manazas agarró uno de mis brazos y, como si fuese una enorme tenaza, se cerró. Sentí un dolor agudo.

—¡¡Déjame, por favor!! ¡¡Estás loco!! —grité más que asustada.

— ¡¡Déjala, pedazo de buey!! —gritaba Kate también.

De repente, aparecieron Fran y Luis, y entonces temí lo peor. Temí que, en cualquier momento, aquel tipo los haría trizas con uno de sus puños que parecían cabezas de martillo.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Fran envalentonado y con un tono severo.

Luis se quedó atrás, intentando vigilar, no fuera a ser que aquel tipo no

estuviera solo.

—¡No te metas, imbécil! ¡Esta puta es mía!

Cuando yo escuché aquella frase, me sentí como un auténtico insecto, como un ser inútil, incapaz de salir de allí y de sobrevivir a aquella situación. Fran no aguantó que aquella bestia me insultara de aquella manera, así que lo empujó para alejarlo de mí. Fue inútil porque aquel tipo pesaba como un elefante.

—¿Qué vas a hacer, chulo de playa? ¿Vas a pegarme? —preguntó el abusón con un tono amenazante.

—Sí, voy a romperte esa cara de idiota que tienes —la voz de Fran sonaba segura y determinante.

El tipo soltó mi brazo y se dispuso a golpear a Fran. Luis, tembloroso, intentaba poner paz. Pero no había forma.

Finalmente, aquel canalla lanzó un primer puñetazo que Fran pudo esquivar con mucha suerte. Al zafarse, le propinó un golpe en la barriga a aquel mamut que se movió lo suficiente para que diera un paso atrás y pisara la crema que Kate había arrojado en el borde de la piscina.

Todo sucedió en un segundo. El tipo resbaló y cayó al agua. El estallido de risas y aplausos fue monumental. Kate recogió todo rápido y Fran me agarró por mi muñeca y me obligó a salir corriendo. Teníamos que huir. Mi toalla se quedó sobre la hamaca. Mi bikini ya se había secado.

Luis miraba a la piscina perplejo. El tipo se había hundido como una losa hasta el fondo y tardó varios segundos en salir. Por unos momentos, pensó que se había ahogado, que se había quedado en el fondo de la piscina para siempre.

Pero no fue así. Salió como esos hipopótamos de los documentales televisivos, lentos, con los ojos fuera de sus órbitas, sin aliento. Luis salió corriendo entonces, cuando se aseguró que el tipo estaba vivo.

Yo temblaba de miedo todavía. Kate y Luis intentaban recuperar el aliento. Nos metimos dentro de nuestro bungalow y cerramos con llave. Estábamos seguros por fin. Fran me miró a los ojos y empezó a preguntarme.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que sí. Estoy un poco nerviosa, pero se me pasará, Fran. Necesito un poco de agua.

—Menudo imbécil —dijo Kate refiriéndose con odio al gigante que me había llamado prostituta.

—Se me pasará, Fran. No te preocupes.

Y entonces sucedió que me abrazó como quien necesita asegurarse de que está a salvo alguien a quien quiere mucho. Sentí el calor de su torso sobre el mío, su aliento salvaje sobre mi hombro y escuché el susurro de unas palabras sencillas y hermosas en mi oído.

Y entonces sucedió también que a mi cabeza vino la escena de Superman y Louis Lane sobre la ciudad, volando juntos, mirando a las estrellas, buscando el imprevisible futuro.

CAPÍTULO 8



Aún estaba nerviosa por lo que había pasado. Decidimos los cuatro comer dentro del bungalow para evitar que coincidiéramos con aquel matón que me había llamado prostituta.

Estaba contenta porque Fran me había abrazado y yo había sentido que él estaba verdaderamente preocupado por mi estado físico. Ciertamente es que aquella mañana todo había sido un cúmulo de desgracias, empezando por mi bikini y terminando por aquel imbécil que pensaba que, con dinero y por la fuerza, todo se consigue en la vida. Esperaba que hubiera aprendido la lección aquel tipejo, pero, como temía, no iba a ser así.

Por el momento permanecemos allí y, después de comer, Fran y yo nos echamos en el sofá amplio que había en el salón. Luis y Kate, sin embargo, decidieron ir a dormir a la cama, aunque lo suyo no fue precisamente dormir.

Tengo que decir que no había probado bocado y, aunque aquel arroz y aquella

carne con especias que nos trajeron del comedor del hotel, tenía una pinta excelente, yo tenía todavía un nudo en el estómago.

Lo que me preocupaba de verdad no era tanto mi estado físico, sino que lo que me producía ansiedad de verdad era pensar que Fran había arriesgado su vida por mí. Me parecía un gesto heroico, una hazaña, y eso hacía que aquel chico me gustase todavía más, pero pensaba, por momentos, lo que habría sucedido si no hubiera estado la crema bronceadora sobre el borde de la piscina.

Quizá aquel tipo habría destrozado a Fran y luego a Luis. No podía quitarme esa idea de la cabeza. Fran se daba cuenta de que yo no estaba feliz y, cuando nos quedamos en el sofá, me pasó su brazo por los hombros para que me sintiera protegida.

—No te preocupes innecesariamente. Ya pasó todo. A veces te encuentras gilipollas en cualquier sitio.

—Ya, pero he temido por ti y por Luis.

—No ha pasado nada. En el peor de los casos, algunos muchachos que andaban por allí nos habrían separado.

—Pero aquel tipo era enorme. Podría haberte machacado — dije yo con temor.

—No seas tan exagerada. Todo habría quedado en un puñetazo y una bolsa de hielo en mi cara. La seguridad del hotel habría venido y habríamos acabado en comisaría. Ahora serénate. Vamos a poner un poco de música y nos quedamos tranquilos. Si quieres dormir, no lo dudes. Hazlo. Y, por mí, no te preocupes. Yo me encuentro bien, muy bien. Genial.

—¿Cómo que genial? — pregunté yo extrañada al verlo tan eufórico.

—Porque le he dado una lección a ese cabronazo. Nadie debe meterse con las mujeres.

—No te entiendo, Fran. Pareces un tipo sensible y tranquilo. No conocía esa faceta tuya de héroe consumado — repuse yo con sentido del humor.

—Tranquila, es una pose. Solamente quería hacerte reír.

Fran se acercó al equipo de música y buscó una emisora que a él le agradara. Encontró una cadena donde ponían temas latinoamericanos de gran éxito. Y se volvió a sentar a mi lado, buscando que mi cuerpo se refugiara en su regazo.

No era la primera vez que hacía eso. Éramos amigos y, más de una vez, nos habíamos quedado solos en casa de Luis y Kate, mientras ellos estaban afuera con Jaime. No era nada significativo para mí que él hiciera eso y que yo sintiera el peso de su brazo amable sobre mis hombros que aún me escocían a causa del sol.

La música sonaba y él comenzó a explicarme algunos aspectos técnicos de las melodías y los acordes. Yo no sabía nada de aquellos conceptos, pero me gustaba escucharlo. Me gustaba apreciar que su pasión hacia la música lo desbordaba y eso se hacía sentir rápidamente en su forma acelerada de hablar y en la emotividad de su tono, a la hora de enfatizar la importancia de algunos estribillos o algunos sonidos.

De repente, se calló y se levantó de nuevo. Mierda, me dije. ¿Por qué se va de mi lado?

Bajó el volumen del equipo y enseguida los escuchamos. Eran los gemidos de Kate al otro lado de la pared. Gemía como una loca. Luis y ella estaban haciendo el amor. Parecían dos animales en celo. Estaban frenéticos por la sonoridad de aquellos gemidos que, en ocasiones, se convertían en alaridos. Yo me sonrojé y Fran esbozó una leve sonrisa.

—Eso sí que es música de verdad. Eso sí que es música que proviene del amor y de la pasión, como los latidos de nuestros corazones.

—¿Qué estás diciendo? Están follando como dos locos.

—No me gusta esa palabra, Carlota. Nunca me ha gustado la palabra “follar”. Le quita importancia a un hecho tan hermoso como es demostrarle a otra persona que la deseas. ¿Nunca has escuchado latir tu corazón? Es la música más hermosa que conozco y hablo en serio.

Debo decir que yo babeaba al escuchar aquellas palabras. Aquel poeta me tenía hipnotizada. El creía que el sexo y el amor debían ir de la mano, que “follar”, palabra que no le gustaba en modo alguno, debía compenetrarse con el afecto y con el cariño. No quería hacerme de ilusiones.

Yo no quería ver por ahora en nuestra amistad una forma de aproximarnos al sexo. Si algo me decía la experiencia, es que a veces las desilusiones vienen acompañadas de falsas esperanzas. El hecho de que creas en algo firmemente no significa que vaya a suceder. Mi negocio lo había mantenido a flote gracias al trabajo, al duro trabajo. La ilusión y la esperanza ayudan, pero no son todo.

No quería ver en aquellas palabras de Fran una invitación a que yo me relajara como si todo estuviera hecho, porque, tarde o temprano, lo iba a tener entre mis brazos, no como un amigo, sino como un amante. No, no iba a pasar por ese trance.

Dejaría que las cosas vinieran por sí solas. Le haría caso a Kate, intentaría ser yo misma y encontrar ese momento idóneo donde yo pudiera declararle a Fran todo lo que sentía.

Volvió a subir el volumen de la música, pero era inútil. Los gemidos seguían

resonando por toda la casa.

—Están entregados —dijo él con admiración.

—No, no hace falta que lo jures. Yo me siento un poco intimidada —intervine con cierto rubor.

—A mí me gusta. No me entiendas mal. Lo que quiero decir es que me gusta escuchar esa pasión y, con la música que está sonando ahora, todo rebosa vida a nuestro alrededor. ¿No te das cuenta, Carlota?

Yo lo miraba con una cara que ya nada tenía que ver con la atracción, sino más bien con la preocupación. Estaba ensimismado y yo podía comprenderlo hasta cierto punto, pero lo que no iba a compartir con él es que el polvazo de Kate y Luis era como una sinfonía de Mozart.

Yo tenía envidia sana y me estaban entrando unas ganas de echarme encima de Fran para comérmelo de arriba abajo y, sobre todo, después de cómo había salido en mi defensa en la piscina.

Pero me frené. Tenía que hacerlo. No iba a arriesgarlo todo por un mero calentón. Estaba fogosa. Me excitaba escuchar a Kate y a Luis. Menos mal que, a los veinte minutos, cesó aquella magnífica sinfonía y se hizo el silencio. Respiré aliviada y logré contenerme.

Cuando me di cuenta, Fran dormía y yo estaba a su lado, con su brazo sobre mis hombros, con una música de salsa de fondo. No estaba tan mal. Intenté cerrar los ojos e imaginar que me tocaba, que me acariciaba y me besaba lentamente.

En ese instante, en que yo estaba a punto de rozar sus labios con los míos en mi

imaginación, me dormí.

Me desperté a las pocas horas en la cama. Alguien me había tomado en brazos y me había llevado hasta allí y ese alguien era ese Fran, que estaba frente a mí, sentado en una silla escribiendo notas en un cuaderno.

—¿Qué haces? —pregunté con extrañeza.

—Esperarte —contestó él secamente.

—¿Esperarme?

—No, “Esperarte” es el título de la canción que estoy componiendo. Te traje hace una hora aquí porque te quedaste dormida y, cuando yo me desperté, me dio pena verte en el sofá hecha un guiñapo. Por esa razón, te llevé hasta la cama. Me he quedado aquí componiendo.

—Ya veo, ya veo —repetí todavía somnolienta.

—Hemos quedado para salir con Luis y Kate —comentó él ilusionado.

—Ah, pero... ¿Quieren salir después del ejercicio que han hecho esta tarde?
—añadí yo con una leve sonrisa.

—Eres un caso, Carlota. Se quieren, se aman, la sangre fluye por sus venas, la playa, el sol. No pueden evitarlo —dijo él alegremente.

Yo me decía a mí misma: “los mismos ingredientes tenemos nosotros y tú me has dejado en la cama a que durmiera la siesta. Vaya desperdicio de tiempo y de todo”. Creo que Fran estaba jugando conmigo. Aquella caballerosidad ocultaba algo. Me daban ganas de preguntarle por Lina y Susan, pero me iba a callar.

—No te vistas con ropa elegante. Ponte algo sencillo. No hace falta que ... bueno, tú me entiendes. Los chicos y yo queremos dar un paseo por la playa.

—Está bien, Fran. Me pondré un vestido de playa y unas sandalias. ¿Te parece bien?

—Claro, tú siempre vas bien —dijo él con una sonrisa reluciente.

No sabía cómo interpretar aquellas frases de Fran. Por un lado, sonaban claramente a reproche. Estaba claro que lo había asustado en la piscina con mi modelito de leopardo, pero, por otro lado, me alegraron mucho, pues de nuevo volvía a referirse a mi cuerpo, a la belleza de mi cuerpo. ¡Qué fácil es ilusionarse con tan poco cuando una está enamorada de esa forma!

Kate y Luis llegaron a las siete y media a nuestro bungalow. Cuando vi a mi amiga, intercambié unas palabras con ella.

—¿Te lo has pasado muy bien esta tarde, verdad?

—No sé a qué te refieres, Carlota.

—Por favor, no te hagas la tonta ni me tomes por tonta.

—Ah, ¿te refieres a lo que hemos hecho Luis y yo a la hora de la siesta?

—Verás, perdona, es que teníamos mucha tensión acumulada.

—Sí, no hace falta que lo jures. Los gemidos y los chillidos se han escuchado en toda la isla. ¡Menudo espectáculo!

—Espectáculo el que has dado tú esta mañana con el bikini de leopardo. Eso sí que era de vergüenza.

De repente, nos miramos las dos a la cara y nos pusimos a reírnos a carcajadas. Sabíamos dónde estaba el límite de nuestras bromas. Luis y Fran hablaban afanosamente sobre lo que había sucedido en la piscina.

Enseguida nos olvidamos del tema y salimos a pasear. Yo me puse un vestido blanco y unas sandalias que, al poco tiempo, llevé en la mano cuando pisamos la arena fina de una de aquellas playas que bordeaban el complejo hotelero. Había cierto aire seductor en aquel paseo, como si los cuatro visitáramos unas tierras vírgenes y estuviésemos ajenos al mundo real, a ese mundo de violencia, de prisas, de estrés... en el que, tarde o temprano, habríamos de sumirnos de nuevo cuando llegáramos a casa.

El mar azul se hundía con el cielo. Parecía que la claridad mortecina que anunciaba la noche bebía de aquellas aguas transparentes. El paseo estuvo lleno de sonrisas y breves anécdotas. Nos acordábamos de Jaime sin duda y también de aquellos ratos entrañables que habían definido nuestra infancia y nuestra juventud. Ya no volveríamos a aquellas épocas y a aquellas edades.

Varadero era un paraíso. Las olas mojaban mis pies y sentía que era un paraíso precisamente por el mero hecho de que estaba acompañada por Fran. El cielo se hundía en las aguas y otra vez las olas se encrespaban como una sinfonía. Eso es lo que me dijo de nuevo Fran, cuando se quedó quieto frente a las aguas y miramos al horizonte los cuatro. Había futuro. El océano nos decía a los cuatro que aún nos quedaba mucho por vivir juntos, que no existía un final ni un principio, que la naturaleza salvaje y hermosa de aquel lugar formaba parte de nosotros.

Por la noche fuimos al restaurante del hotel. Fran se dio cuenta de que me rugían las tripas. Es cierto. Tenía hambre. No había probado bocado a la hora de comer a causa del incidente de la piscina.

Ahora me sentía bien. Me embargaba ese sentimiento de compañerismo que Luis y Kate me proporcionaban constantemente. Sin embargo, con Fran era todo más misterioso, más enigmático, pues no sabía cómo actuar y desconocía si él tenía sentimientos de amor y afecto, más allá de la amistad, hacia mí.

Uno de los mayores consejos que me había dado mi padre fue que cada día es el último. Y no había otra forma de mirar a la vida que esa. Debía sentir que ese día en Varadero podía ser el último.

Reímos mucho y yo me dejé llevar por mi habitual naturalidad y espontaneidad, por mi forma de simpatizar con todo el mundo. Fran estuvo especialmente gracioso y nadie aludió a lo que había ocurrido en la piscina. Teníamos claro que la felicidad era el presente y que aquellos momentos no se iban a repetir jamás.

Al principio de la conversación, estuve dándole vueltas a la cabeza. Ya sabéis que yo me vuelvo loca si me pongo a pensar, porque mis pensamientos enseguida se vuelven fantasías. Las fantasías suelen ser maravillosas o auténticas pesadillas. No podía borrar de mi mente la cara de aquel tipo y tampoco podía desprenderme del sentimiento de pérdida que estaba desarrollando en mi interior, al no saber con certeza si aquel viaje iba a darme la clave para hacer que Fran fuese mi pareja.

Miraba a Kate y a Luis, y los veía tan felices, tan entusiasmados con su relación, que yo sentía un poco de congoja. No sabía cómo digerir aquello, porque Fran y yo no éramos nada y parecía que allí sobrábamos. Porque, en Kate y en Luis, sí que era visible el amor, pero en nosotros solo era visible una especie de cariño que a mí me iba subyugando por momentos.

Todo iba genial hasta que llegaron los postres y vi cómo Kate y Luis hacían manitas por debajo de la mesa, cómo Kate y Luis se besaban apasionadamente cuando

menos me lo esperaba.

Y, sin embargo, yo veía a Fran, sereno, tranquilo, contando chistes, riendo sin cesar, ensimismado en su mundo. Aquella velada que había empezado tan divertida había dejado de gustarme, así que me levanté de repente y me marché. No dije nada. No dije adiós. Fran me siguió y me preguntó varias veces qué me pasaba. Me dieron ganas de llamarlo idiota en aquel momento, pero no iba a caer en mi propia trampa, por lo que no le di ninguna explicación.

Me encerré en mi cuarto, una vez que entré al bungalow con mi llave. No sé qué pensarían Kate y Luis, pero estúpidos no eran. Y ellos sabían que estaba alterada, que necesitaba obtener una respuesta inmediata y definitiva de Fran.

Lloré esa noche. Lloré en silencio. Escuché a Fran rondar por la casa, como si estuviera nervioso. Tocó varias veces en mi puerta y yo le mentí, le dije que necesitaba estar sola, que necesitaba descansar. Kate me llamó a mi móvil, pero no lo cogí. La noche fue calurosa, pero yo no me di cuenta. Me limité a sudar y a soñar con Superman y Louis Lane.

Al día siguiente, desayunamos los cuatro en la terraza del bungalow de Luis y Kate. Yo estuve especialmente estúpida, así que los tres se limitaron a hablar entre ellos cuando les solté varias respuestas cortantes.

Aquella mañana no volvimos a la piscina. Nos fuimos directamente a la playa. Kate y yo nos quedamos debajo de la sombrilla, acostadas en una hamaca, mientras Luis y Fran se bañaban como dos adolescentes, pues se pusieron a jugar con un frisbi.

—¿Qué te pasa, Carlota?

—Que Fran no se da cuenta de que estamos haciendo el idiota. ¿No se ha dado cuenta todavía de que estoy enamorada? Lo quiero, Kate.

—Dale tiempo al tiempo. Yo tampoco lo entiendo. Estamos los cuatro solos, sin Jaime. Varadero es un auténtico paraíso y no sé a lo que está jugando Fran. A mí me tiene también muy despistada si te soy sincera, Carlota.

—Creo que voy a coger las maletas y a marcharme —dije yo como si sentenciara.

—No digas tonterías. No puedes hacer eso —su tono sonó amenazante.

—¿Por qué no puedo hacerlo? ¿No lo ves? Míralo. Ahí lo tienes tan feliz, jugando con Luis a lanzarse un puto disco de plástico.

—Te entiendo perfectamente. Te entiendo. Pero recuerda una cosa. Ante todo, somos tus amigos. Si te marchas, se romperá todo.

Me callé durante un rato y luego hablamos de otros temas, si bien el silencio fue, después de aquella conversación, nuestro único idioma. Comimos en un restaurante que estaba cerca de nuestro hotel y hablé muy poco.

Fran seguía en esa actitud ensimismada, pues solo hablaba de música y de futuros proyectos. Yo lo escuchaba con indiferencia, sin ganas de darle conversación. Parecía ajeno a mi enfado, a mis silencios significativos, a mis miradas sin brillo.

Por la tarde salimos a pasear por algunas zonas comerciales regresando a la playa cuando atardecía. Me reconfortaba aquel encuentro con el crepúsculo que incendiaba de repente el mar, aquel espejo de luces y matices oscuros donde hervía la vida.

Por la noche, optamos por un restaurante de comida típicamente cubana y seguí en mis trece. Noté que Kate y Luis no estaban cómodos conmigo. Pero no estaba

dispuesta a seguir haciendo la payasa, a seguir riendo por reír, a asentir ante las intervenciones de Fran.

Mi única manera de protestar sobre lo que estaba ocurriendo era con mis silencios y mis monosílabos. Todo estaba perdido. No había nada para hacer allí al lado de aquel ser frío y distante en que, poco a poco, se había ido convirtiendo Fran desde mi punto de vista.

Estaba desanimada y, aunque a veces, sentía que el incidente de la piscina podía ayudarme a cambiar de opinión. De nada servía.

No iba a hacer lo que había hecho la noche anterior. No iba a dejarlos plantados, sobre todo por respeto a Luis y a Kate, así que fuimos a una discoteca que estaba en un hotel, cerca de los bungalós donde estábamos alojados.

La música y unos cuantos mojitos me animaron un poco y noté que Fran se acercaba a mí con intención de gustar. Tuve la sensación de que se había dado cuenta de mi cambio de comportamiento. Pero yo estaba hundida. Lo miraba triste, apocada. Él intentaba aparentar que estaba feliz. Estuvimos bailando un rato. Muchas parejas de novios, como Kate y Luis, bailaban a nuestro alrededor y se besaban apasionadamente. Yo no quería mirarlos, porque me sentía inferior y desgraciada.

Salimos afuera los cuatro. El cielo estaba estrellado. Había un techo oscuro donde las únicas luces que nos alumbraban eran las propias estrellas que sembraban aquel manto oscuro sobre la tierra. Fran se atrevió entonces a preguntarme.

—¿Qué te pasa, Carlota? Me tienes preocupado.

— No tienes por qué preocuparte de nada. Todo está bien.

—No, algo no va bien. Estás triste, como distante. No sé qué hacer para alegrarte.

En aquel momento, se me ocurrían diez mil posturas para trabajar en la cama con un chico como aquel, pero no iba a ser tan grosera de soltárselo allí mismo, así que me callé y me limité a responder diplomáticamente.

—¿Por qué estás tan distante?

—No me pasa nada, Fran. Echo de menos a mis padres. Es la primera vez que dejo la peluquería en manos de mis empleadas. Luego pasó lo de la piscina. Estoy un poco bloqueada. Se me pasará.

Intenté ser amable. Intenté no buscar el conflicto en aquella conversación. Me daban ganas de confesar lo que yo sentía. Quizá ese era el momento y sí ese era el momento de decirle que lo quería y que me apetecía muchísimo que me hiciera el amor esa noche y todas las noches de mi vida. Y, cuando yo iba a abrir la boca, dispuesta a contárselo todo, apareció el matón de la piscina.

—¡¡¡Tú, maldito insecto, te voy a matar!!! —gritó desde la misma puerta de la discoteca.

—¡Sal corriendo! —me ordenó Fran.

—No voy a dejarte solo —contesté con voz temblorosa.

Miré hacia todos los lados y no vi a Luis ni a Kate. Habían desaparecido por arte de magia. Tampoco vi a nadie de seguridad. Estábamos perdidos. Aquel mastodonte venía hacia nosotros con el puño levantado. Parecía un misil.

Mi corazón palpitaba sin cesar y vi en la cara de Fran el horror, pero también

intuí que tenía las agallas suficientes para quedarse allí y enfrentarse a aquel tanque alemán.

No le dio tiempo ni tuvo la más mínima oportunidad, porque Kate apareció por detrás de su figura gigantesca y, como una auténtica heroína, le dio con una botella de cerveza en toda la cabeza y el tipo cayó al suelo en un mar de cristales y espuma.

Salimos los cuatro corriendo. Recé para que nadie hubiera visto a Kate realizando aquella hazaña. Nos perdimos en la playa. Estaba todo oscuro y, como en los viejos tiempos, nos sentamos en la arena.

—Qué pena de cerveza —dijo Kate riendo.

—Hay que estar loca. Te has puesto en peligro —comentó Luis—. Pero, por algo te quiero.

—Sí, lo sé. Lo que tenía claro es que no iba a permitir que alguien agrediera a mis amigos —dijo ella con emoción en su voz.

—No. Le has echado un par de ovarios —comentó Fran todavía nervioso.

Los astros parpadeaban en el cielo y una estrella fugaz cruzó de repente aquella noche azulada.

—Pide un deseo, Kate —dije yo espontáneamente.

—Ya lo he pedido —contestó inmediatamente mirándome con picardía.

Yo sé qué deseo había pedido para mí. Me gustó que lo hubiera hecho. Yo comenzaba a estar más animada. Fran parecía estar más pendiente de mí nuevamente. Se hizo un silencio y a Kate no se le ocurrió otra cosa que decir en voz alta.

—Si alguna vez tengo un hijo lo llamaré como su padre, Luis. Pero, si tengo dos hijas, que es mi verdadera ilusión, las llamaré Lina y Susan.

De repente, notamos que las caras de Luis y Fran se volvieron pálidas. Tragaron saliva y fingieron reír.

—¿Por qué esos nombres? —preguntó Fran con voz temblorosa.

—Me encantan. Son mis nombres favoritos desde siempre —contestó Kate alegre y convencida.

—A mí también me gustan mucho —intervine yo para seguir el juego.

Tras un silencio tenso, Fran comenzó a hablar de música y Luis de los negocios inmobiliarios. Aquellos nombres les habían tocado la fibra y se habían puesto muy nerviosos.

Estuvimos un largo rato en la playa mirando las estrellas y luego regresamos a los bungalós. Me metí en la cama con mi ropa interior y hablé un rato con Kate por el móvil. Comentábamos el efecto paralizador que habían tenido aquellos dos nombres, Susan y Lina. Pero no quisimos darle más importancia.

De nuevo, estaba sola. De nuevo, miraba por la ventana desde mi cama, como si pudiera leer algún mensaje de las estrellas. Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, noté un cuerpo. Era Fran. Sí. Era Fran.

—¿Puedo dormir en tu cama? —preguntó con temor.

—Claro, ¿sucede algo?

—No, no me pasa nada. Simplemente, quiero estar contigo, si no te importa.

—No, no me importa.

No dije nada más. Se acostó a mi lado y me abrazó con suavidad como si mi cuerpo fuese un cuerpo de arena que, en cualquier momento, pudiera deshacerse. Yo temblaba. Estaba emocionada. El deseo de Kate se había cumplido.

Al día siguiente, cuando desperté, Fran ya no estaba junto a mí. El rumor de las olas llegaba a mis oídos. Era nuestro tercer día en Varadero. Me levanté. Era tarde. Mis tres amigos estaban en la mesa esperándome para desayunar. Miento, debo decir mejor; mis dos amigos y Fran.

Me senté enseguida tras ponerme mi albornoz y no me atreví a mirar a los ojos a la persona que amaba. Sentía miedo, confusión, esperanza, deseo, mariposas en el estómago.

El mar y la brisa nos abrazaban y yo me reía con cada cosa que Luis o Kate contaban. Era una mañana preciosa. De repente, llegó un mensaje a nuestros móviles. Era Jaime que nos confirmaba que al día siguiente regresaría. Yo me llevé una decepción, porque, aunque estimaba a Jaime, ya no podía estar a solas con Fran, con mi Fran, que no era otra cosa que mi deseo cumplido gracias a una estrella.

CAPÍTULO 9



Tres días, eso era lo que nos quedaba en Varadero, pronto se acabaría todo. Tenía tristeza a veces, estábamos viviendo tantas cosas juntos que no quería que se acabara.

Sobre todo, con Fran... Tenerlo todo el día cerca, no separarme de él. Observarlo a mi antojo. Cada día sentía más y más por él.

Estábamos esa mañana en las tumbonas de la playa, con un mojito cada uno, cuando, de repente, apareció Jaime. Con su típico caminar chulesco y esa sonrisa de “A mí no me importa nada, yo soy feliz”.

—Vaya, vaya, ha habido tema, ¿no? —rio Luis cuando Jaime se sentó.

—Tema, sí, y qué tema —resopló Jaime.

Kate y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco, menudo fantasma estaba hecho, no cambiaba.

—Hubo tanto tema que vuelve solo —Kate siempre picando, pero me reí, había dado en el clavo.

—Encima que vengo para estar unos días con vosotros... Me podía haber quedado allí, disfrutando —dijo poniendo cara de tristeza.

Todos nos quedamos mirándolo, sin decir nada, solo observando. Él paseó su mirada por cada uno de nosotros hasta que, tras hacer un mohín con los labios, suspiró de nuevo.

—No os lo creéis, ¿no?

—Venga, tío, qué pasó —preguntó Fran cuando todos dejamos de reírnos, conocíamos a Jaime muy bien, a esas alturas no podía engañarnos.

—Nada, no pasó nada. Solo quería pasar un tiempo con vosotros —insistió el Casanova.

—¿Y tú dejaste a esa mujer por estar con nosotros? —la incredulidad en la voz de Luis era palpable.

—Te aburraste, ¿verdad? —pregunté yo. Y supe que di en el clavo por cómo me miró.

—Sí —resopló—, es una chica encantadora, el sexo genial, pero ella quería más y yo...

—Y tú saliste corriendo —terminó Fran por él.

—¿Y qué iba a hacer? Yo soy un alma libre, no quiero atarme a nada ni nadie —se justificó.

—Pues nada, sigue así —dije encogiéndome de hombros—, no hace daño a nadie —dije cuando vi cómo todos me miraban, recriminándome.

—El problema será que —empezó Luis— cuando llegue la tía correcta, no va a ser como él la espera. Será todo lo contrario, pero lo tendrá tan cogido por...

—Las pelotas —interrumpió Fran. Ese día le había dado por interrumpir a la gente. Le di un codazo para que se callara y por su lenguaje y me sacó la lengua.

—Eso —Luis le hizo un guiño, ignorando que lo había cortado—. Que será ella la que juegue con él.

—¿Es eso lo que te pasó a ti? —preguntó Kate, ya iba a buscarle la lengua a su novio.

—Sí, él no tuvo otra opción —dije sin pensar—. Quiero decir, que desde siempre fuiste tú —intenté arreglarlo ante la mirada asesina de mi amiga.

—Ten cuidado, Carlota, que tú aún estás soltera —atacó esta, ¿tenía ganas de batalla verbal?

— ¿Y? —pregunté curiosa.

—No vayas a ser tú la que se enamore locamente de alguien y te toque luchar contra él mismo...

¡Mierda!, ahí me había pillado, y lo peor es que el comentario, aunque sabía

que no lo había hecho con maldad, me había dolido. Y vi que ella se dio cuenta al mirar mis ojos. Sin decir nada, me levanté, me coloqué el pareo y me fui a caminar por la orilla.

Kate estuvo a mi lado en cuestión de segundos.

—Lo siento, Carlota, no quise lastimarte.

—Lo sé, no te preocupes, pero en el fondo tienes razón.

—No, no la tengo. Metí la pata, pero no es eso lo que ocurre con vosotros.

—¿Ah, no? Claro que no lo es, porque yo ni siquiera tengo que luchar contra sus sentimientos.

—No seas tonta, no dije eso —me agarró de la mano y me hizo mirarla—, él siente algo por ti, solo tiene que verlo.

—Sabes que no creo eso.

—Confía en mí, no suelo equivocarme. Y por favor, no te enfades por lo que dije —puso cara de pena.

—Nunca —le di un beso en la mejilla—, ¿pero te importa si camino sola?

—¿Estás bien de verdad? —me preguntó preocupada.

—Sí —le guiñé un ojo y seguí caminando.

No estaba dolida con ella, nuestras batallas verbales eran un juego, estaba enfadada conmigo misma, porque cada día estaba más enamorada de Fran y ya no sabía cuánto tiempo más iba a aguantarlo.

Me senté en la orilla, dejando que las olas mojaran mis pies, disfrutando de ese momento que de repente necesitaba, de estar sola, pensando, manteniendo a raya mis sentimientos.

Cerré los ojos cuando noté cómo alguien se sentaba detrás de mí, dejándome entre sus piernas abiertas, abrazándome por detrás. Sabía de más quién era...

—¿Estás bien? —su voz en mi oído, alterando mis sentidos.

—Sí, solo quería estar sola.

—No me gusta verte triste y no me gustó lo que te dijo Kate.

—Solo estaba bromeando, no me dolió eso —contesté, pero tampoco podía explicarle.

—¿Estás enamorada de alguien, Carlota?

No me esperaba esa pregunta y sé que notó cómo mi cuerpo se tensó. Me daban ganas de chillarle que era él, que cómo no se daba cuenta, si a ese paso solo me hacía falta llevar un cartel de neón en la frente.

Me giré, quedando sobre mis rodillas, aún entre sus piernas abiertas.

—No puedes preguntarme algo así —intenté bromear para quitarle hierro al asunto, estaba más que nerviosa.

—¿Por qué no? Somos amigos.

—A una chica no se le preguntan esas cosas.

Me levanté y comencé a caminar en dirección a mis amigos.

—Pues no entiendo por qué no, me gusta que confíes en mí —insistió. Si es que a veces...

—Pero no sobre eso, Fran, es un poco extraño —a ver si así lo entendía—. ¿Me cuentas tú de las mujeres con las que te acuestas?

—Touché —sonrió—. Pero quizás te podías llevar una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —ya me había picado la curiosidad.

—Siempre tan curiosa —me pasó el brazo por los hombros y empezó a tirar de mí para dentro del agua.

—Ah, no —intenté recular cuando vi que iba a tirarme al agua.

Pero ya era tarde, antes de que pudiera salir corriendo, me cogió en peso, me puso en su hombro y nos metió a los dos dentro del mar.

Salí a la superficie para escupir toda el agua que había tragado y él volvió a hundirme, empezaba a jugar y yo no iba a quedarme atrás.

Minutos después, todos nuestros amigos estaban con nosotros, las risas resonando por toda la playa, aquello era una locura.

Esa noche salimos de fiesta, si podíamos llamarle así. El Hotel ofrecía otro de sus espectáculos en la playa y estábamos dispuestos a aprovechar cada minuto que nos quedara en aquel paradisíaco lugar.

No paramos de beber, de cantar y de bailar. Jaime había desaparecido de nuestra vista, seguro que con alguna se estaría divirtiendo. Quedábamos...

Fruncí el ceño cuando miré a mi alrededor. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿O dónde demonios estaba yo? Mierda, ¿me había perdido? Si ya lo decía mi madre, no se me podía dejar sola...

Pues nada, me senté en la orilla y seguí bebiendo. Total, ya de perdidos, al río. Más borracha no podía estar ya. La playa no estaba muy iluminada en esa zona, pero tampoco me importaba. En ese momento, era una temeraria.

Temor que se me fue cuando vi una silueta oscura a lo lejos. Casi se me sale el corazón por la boca al ver que cada vez estaba más cerca, más enorme, eso no era un simple hombre, era un armario empotrado.

Miré a todos lados, a ver si veía a alguien, pero no, no había nadie por ahí. Pensé rápidamente en mis opciones: chillar, salir corriendo...

Hice lo más normal, tiré la copa a la arena y corrí, sí, solo que hasta el mar. Así me violaba cualquiera, si es que lo mío no era normal. Pero estaba borracha, no se me podía exigir pensar mucho.

Cuando algo agarró mi pie y tiró de mí, creía que me moría. Sombras, bichos, ¿iban todos a por mí o qué?

Pataleé. Pegué. Casi me ahogué. Hice de todo, pero no era capaz de soltarme de ese agarre.

—Shh... Tranquila, soy yo —dijeron en mi oído.

—¿Fran? —pregunté aliviada— ¿Eres idiota? Casi me da un infarto.

—Me asustaste cuando te vi correr hacia el agua.

Me giré para darle la cara, aunque no lo viera mucho.

—Me perdí —reconocí.

—No sé qué voy a hacer contigo —suspiró—, tengo que estar todo el día pendiente a que no te pase nada.

—Eso no es cierto —me quejé.

—Un poco más y apareces en la otra parte del océano. Venga, vamos para el hotel, se acabó la fiesta.

—¿Y los demás?

—Que se vayan cuando quieran —tiró de mí, su tono de voz me decía que no iba a aceptar una negativa por mí parte.

Así que callé mi boca y lo seguí hasta afuera. Llegamos al hotel empapados. Entré en el baño, para secarme bien y salí con el pijama puesto. Fran, estaba sin camiseta, mirando Por la ventana. En silencio, contemplando la noche

Me acerqué a él cuando lo escuché cantar en voz baja. Me puse a su lado, disfrutando de su voz. Me encantaba oírlo, me hacía sentir tan bien...

—Eres el mejor —dije cuando acabó.

—Eso es porque eres mi amiga —me dio con su hombro, bromeando.

—No, Fran, en serio —me giré y lo miré—, eres muy bueno.

Pero Fran no dijo nada, solo se limitó a mirarme, de esa forma en la que me ponía nerviosa. Se acercó un poco más a mí. ¿Iba a besarme?

Cuando noté sus labios rozando los míos, casi muero de placer.

Pero fue nada, un instante. Nos separamos como si quemáramos, la vergüenza en ambos. Sin decir nada, me fui a la cama y él hizo lo mismo. Seguro que al día siguiente todo se olvidaría, había sido la borrachera.

Pero los dos días que nos quedaban allí, yo no había olvidado el beso, o casi beso, como yo lo llamaba. Y sabía que Fran tampoco.

Estábamos un poco extraños, nerviosos cuando estábamos cerca. Los chicos notaron algo. Kate me preguntó, pero le dije que eran imaginaciones suyas. Menos mal que la tontería duró poco y Fran y yo volvimos a comportarnos con naturalidad.

Pero mis amigos empezaron a bromear sobre nosotros. Sobre todo, Jaime, quien no dejaba de tirar indirectas cada vez que había algún gesto de complicidad entre Fran y yo.

Hasta que una de las veces le tiré por encima uno de los mojitos, tan desquiciada me tenía ya, y ya no volvió a sacar el tema en lo que quedaba de viaje. Eso sí, tragué más agua que en toda mi vida. Como me viera cerca de la piscina, me empujaba para que cayera.

Y después iba él, venganza que yo le agradecía a Fran. Lo empujaba él para que acabara en la piscina como yo, una de las veces, Fran lo empujó y tuvo la mala suerte

de caer al agua con él. Las risas de Jaime llegaron a todo el continente.

Pero todo era sin maldad, éramos así, nos encantaba bromear y jugar entre nosotros.

La última noche en Varadero la pasamos de relax, mirando las fotos que nos habíamos hecho, riendo por todo lo que habíamos vivido allí en tan pocos días.

Estábamos todos en el bungalow de Kate y Luis, ya habíamos cenado y nos tomábamos una copa de vino cuando la conversación empezó con nostalgia, y extrañamente fue Jaime quien comenzó.

—Me da pena pensar que todo esto se acabe —dijo de repente. Todos nos quedamos en silencio, con nostalgia.

—Solo se termina una parte, aún nos queda tiempo de vacaciones, esta es la primera etapa —dije.

—Lo sé, pero cada etapa es como algo que cerramos, no sé si me entendéis —insistió él.

—Te noto triste, Jaime —dijo Kate al mirar a nuestro amigo.

—No es eso —sonrió de medio lado—, solo que el tiempo se pasa muy deprisa, a veces me gustaría pasarlo.

—Pero tenemos que volver a la realidad —dijo Luis.

—La realidad a veces es mierda —el comentario de Jaime nos dejó intrigados.

—Deja el vino —Fran le quitó la copa de la mano—, te está afectando. La

realidad es lo que es. Y ahora no es momento de pensar en nada, solo en disfrutar, este viaje está siendo más que perfecto, eso es lo único que importa.

Todos levantamos la copa, menos Jaime, que ya no la tenía, y brindamos por las palabras de Fran, prometiendo que, algún día, todos juntos, volveríamos.

CAPÍTULO 10



Desperté, avisé a los chicos, ya teníamos las mochilas preparadas, así que bajamos a darnos un buen desayuno antes de partir al aeropuerto con destino a nuestro próximo destino, Perú.

Ese lugar lo había escogido Fran, quería hacer un circuito desde Lima a Machu Picchu, pasando por Cusco.

Terminamos de desayunar, estábamos zombis ya que nos habíamos metido tremendo madrugón, así que luego a desayunar nos fuimos a por las mochilas y directos a fuera, donde estaba esperándonos el taxista contratado para el traslado al aeropuerto.

Una vez en el avión, nos echamos todos a dormir, 5 horas de vuelo nos separaban con Lima.

Dormimos todos los vuelos, increíble pero cierto, cuando nos dimos cuenta, la

azafata pedía que nos inclináramos y nos abrochásemos que íbamos a aterrizar en el aeropuerto internacional de Lima.

Solo bajar nos llamó la atención los peruanos, diferentes totalmente a la sangre cubana, estos eran más pausados, hablaban con mucho cariño y respeto, unos carteles con nuestros nombres nos recibían para trasladarnos a nuestro hotel en la ciudad.

Estaba situado cerca del caso histórico de la ciudad, así que dejamos las cosas en la habitación y salimos a pasear y a cenar por aquel lugar.

Al entrar al caso histórico me impresionó mucho, entendí que fuese declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad, lleno de iglesias, casonas con balcones, sitios arqueológicos, eran algunas de las cosas que ofrecía aquel sitio, era impresionante la limpieza que había en las calles y lo cuidado que estaban los edificios.

Cenamos en un lugar muy típico de allí y nos fuimos a dormir, estábamos reventados, al día siguiente disfrutaríamos al máximo de aquel lugar.

Desperté deseando perderme por aquel lugar, Fran me sonrió se le veía especialmente feliz.

—Buenos días, Carlota —decía tumbado boca arriba desde su cama, yo estaba en la contigua y Jaime roncando en la del fondo.

—Buenos días, musiquito... —le saqué la lengua.

—Algún día me llamarás artista —guiñó su ojo.

—No lo dudo, Fran —me puse sensible.

—Ven —señaló a su cama, me sonrojé, pero fui y me tumbé a su lado mientras

él me abrazaba, él era así de cariñoso.

—¿Qué te pasa? ¿Te has levantado sensible? —pregunté avergonzada bromeando.

—He soñado contigo...

—¿Bueno o malo? —pregunté preocupada por no haber sido la causante de una de sus pesadillas.

—Bueno, según cómo se mire, no lo vi mal, estaba felizmente casado a tu lado, teníamos un bebé que jugaba sobre una manta en el jardín de nuestra casa y tú eras muy cariñosa conmigo —me guiñó el ojo, lo que me faltaba para terminarme de desmayar.

—¿¿¿Yo casada??? ¿Contigo? ¿Un hijo? ¿Estás seguro que era yo la del sueño? —Pregunté como haciéndome la extrañada, ya quisiera yo que aquello fuera verdad...

—Sí, tú —decía mientras acariciaba mi pelo y me tenía tirada en su pecho, eso que no me importaba devorar, ese que soñaba con perderme en él.

—Entonces eso sería una pesadilla...

—Estás fatal, Carlota, el sueño era de lo más bonito, me sentí muy bien en ese entorno, contigo y nuestro bebé... —sacó la lengua mordiéndola, sonriendo.

—Buenos días, energúmenos —dijo Jaime desde el fondo, despertando de su placido sueño.

—Buenos días, Jaime —respondió Fran sonriendo sin dejar de tocar mi pelo.

—Yo paso de saludar, me has llamado energúmena —dije bromeando.

—Ven aquí, que te voy a dar más mimos que ese...

—No, gracias, me fío más de Fran —le saqué la lengua.

—Me parece a mí que ustedes están en mi contra ...

—Sí, debe ser eso —respondió Fran.

Nos levantamos y fuimos a la habitación de Kate, estaban ya vestidos, así que salimos a perdernos por Lima, queríamos disfrutar de esa ciudad y todo lo que ofrecía, al día siguiente empezaría nuestra expedición.

Nos sentamos a desayunar en una terraza del casco histórico de Lima, nos trajeron de todos, un completo, Yuquitas, empanada rellena de carne, pan francés con mermelada, mantequilla, queso o aguacate, para poner lo que quisiéramos, además de salchichas, huevos y unas cosas más.

—Después de esto nos vamos a tener que ir a correr —dijo Fran alucinando por tal cantidad de comida.

Kate y yo nos reímos, lo habíamos tomado por donde no era, se refería a hacer deporte, pero nosotras nos fuimos por la otra rama.

—Sí, estoy de acuerdo, Fran, ahora nos vamos a correr —dije llorando de la risa.

—¡Qué mal pensadas sois las mujeres! —dijo Fran riendo también.

—Fran, creo que la tienes a huevo —ya habló el mete patas de Jaime.

—No creo ...

—Bueno, ahora resulta que tú —dije señalando a Jaime—. Vas a saber qué se pone a huevo o no...

—Pero mírate, se te ha caído la baba —volvió a meter la pata.

—¿Se te cae la baba conmigo, Carlota? —preguntó sonriendo y con curiosidad, cosa que me extraño.

—¿Tú crees eso? —pregunté cambiando mi semblante a serio.

—No, para nada... —le cambió el rostro como a triste, cosa que me dejó impactada.

—¿¿¿Que no??? Fran, vives en otro mundo, tío —volvió a intervenir Jaime.

—Y tú estás metiéndote donde no te llaman —soltó Kate en mi defensa.

—Bueno, por dios, que no iba a ser la primera ni la última que fuera detrás de Fran —seguía Jaime en plan bocazas.

—Ella no es una más —dijo Fran levantando la cabeza bajo mi asombro.

—Nada, eso es, tenéis una tensión amorosa que espero que se os pase rápido.

—Desde luego, Jaime, qué bocazas eres —condené.

—Pero, ¿por qué no reconocéis que os gustáis? —volvió a pinchar Jaime.

—Te voy a decir una cosa, Jaime, lo que yo y ella queramos hacer es nuestro

problema, no el tuyo, te lo digo desde el cariño, para mí, ella es mucho más que cualquier chica que conozca de poco, ella es nuestra Carlota, una mujer preciosa y sobre todo con unos valores increíbles, no me pienso tirar a su cuello y destrozar algo tan bonito como esta amistad de años, si ella hubiese querido conmigo algo, ya me lo hubiese planteado, pero la voy a respetar, así que no seas bocazas.

Me quedé muerta con lo que había dicho, ahora sí que no entendía nada, ¿Le gustaba? ¿Me veía como una amiga? ¿Quería algo, pero no se arriesgaba? ¡Qué mal! Eso me iba a dejar mucho peor.

—Venga, Fran, que estás deseando... —volvió a entrometerse Jaime.

—Bueno, chicos, eso es cosa de dos, así que dejemos el tema —dijo Kate.

—Qué va, es cosa de cinco, somos un paquete —rio Jaime.

El desayuno fue todo el tiempo sobre Fran y sobre mí, veía que me miraba para ver que contestaría, pero yo pasaba de meter la pata, lo que estaba claro es que me moría por Fran...

El desayuno fue de lo más divertido y tenso, una mezcla de las dos cosas, un no sueltas, pero suelta y veremos qué pasa.

De allí nos fuimos a pasear, de repente iban delante Luis, Kate y Jaime, atrás Fran y yo, me echó la mano por encima de mi hombro.

—No le hagas caso a Fran, ya sabes que es muy payasote.

—Ya sé, no te preocupes, estoy bien.

—Eres un sol, Carlota, que sepas que te quiero mucho —dijo mientras me

apretaba contra él y besaba mi mejilla, en ese momento se me hizo un nudo en la garganta y solté la tensión acumulada en estos años, empecé a llorar intentándolo evitar, pero fue imposible.

—Eh... ¿Qué te pasa? —se paró y me puso frente a él.

—Nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate parándose a lo lejos.

—Nada, seguid chicos, ahora os alcanzamos en la plaza aquella —dijo señalando al fondo.

—Dime qué te pasa, Carlota. ¿Hay algo que te preocupe para que te hayas puesto así?

—Nada, Fran, será un mal día, me he puesto triste —dije mientras su mano sujetaba mis mejillas cariñosamente y me besaba la frente.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dime... —me acojoné de pensar que me podría preguntar.

—¿Sientes algo por mí más allá de una amistad? —su pregunta me dejó a cuadros.

—¿Por qué dices eso?

—Quiero saberlo, ¿lo sientes?

—No sirve de nada lo que yo te responda, Fran —dije con el corazón encogido

sin dejar de llorar.

—¿Puedes responderme, por favor?

—Fran, es que...

—Carlota, ¿sientes algo por mí? —volvió a insistir.

—Sí... —en ese momento me puse a llorar más todavía, como una niña tonta —el me apretó fuerte contra su pecho y me dio un beso en la coronilla de mi cabeza.

—Ya hablaremos, no te quiero volver a ver llorar, no te quiero ver mal, solo quiero decirte que algo me intuía, por eso nunca aparecí con ninguna chica, ni hice delante de ti nada que pudiese dañarte, yo también siento algo muy fuerte por ti, me da miedo porque somos amigos de toda la vida... —decía mientras me abrazaba fuertemente.

En ese momento, me agarró las mejillas con sus manos y me dio un fuerte beso en los labios, luego me agarró de la mano y me llevó hacia la plaza, donde nos esperaban nuestros amigos, yo iba muda, era incapaz de hablar, ese beso me había dejado en otra dimensión, lo que me faltaba para seguir fantaseando, pero bueno, eso no significaba que fuéramos novios ni que me hubiese pedido un compromiso, pero me hizo feliz y allí iba de su mano, como una quinceañera que está bebiendo los vientos por su chico.

Nos vieron aparecer agarrados, ni se inmutaron, estaban acostumbrados a las muestras de cariño de Fran, era un tipo muy dulce, aunque lo que no sabían es que ese hombre me había dado el beso más bonito que jamás me habían dado.

Paseamos un buen rato los cinco, nos hicimos mogollón de fotos en los lugares más emblemáticos de aquella ciudad, Fran se ponía siempre tirándome un beso en la

mejilla o abrazado a mí, yo no podía dejar de sentir cosquilleos en mi barriga, no podía dejar de sentirme un poco más afortunada, estaba claro que él era la única persona que me hacía feliz en este mundo y sobre todo la que llevaba amando en silencio mucho tiempo. ¿Y ahora qué pasaría? ¿Iría más allá? ¿Se quedaría solo en un beso y una confesión? Ya volvía a ponerme paranoica.

Pasamos un precioso día en aquella ciudad, ya que era todo un derroche de tradición y cultura, se notaba por todos los rincones, cosa que me encantaba, disfrutaba mucho viendo cómo todo fluía de diferente manera, es más, estaba encantada con haber sentido ese beso, esas manos sobre mis mejillas impulsándome hacía él.

Llegamos agotados al hotel, al día siguiente nos esperaba nuestra salida hacia esa expedición, como le llamaba Jaime, queríamos ver esas maravillas de las que miles de veces había escuchado hablar o visto en documentales.

Me metí en la cama, estaba cansada, de repente vino Fran y me pidió que me echase un poco hacia dentro, se metió conmigo, me abrazó y nos quedamos dormidos, yo estaba flipando, sabía que esta vez no venía como amigo, necesitaba dormir conmigo, yo también lo necesitaba.

CAPÍTULO 11



Salimos temprano hacia el aeropuerto de Lima, de allí volaríamos hacia Cusco. Llegamos a ese lugar, nos recogieron y nos llevaron al hotel, durante el trayecto en coche, Fran iba jugueteando con mis manos, acariciándolas, de forma cómplice.

Dejamos en el hotel las cosas y nos fuimos a descubrir un poco aquel lugar.

Hay cosas que me llamó mucho la atención durante el recorrido como los cientos de calles empedradas con historias por contar, los mercados de artesanías, la piedra de los doce ángulos, la gran catedral y varias de las iglesias que se cruzarán en tu camino.

Nos dirigimos al mercado de San Antonio, uno de los lugares más variados y exóticos en cuanto a comidas y productos regionales. Hojas de coca frescas, cacao puro, café de la mejor calidad, jugos de frutas y platos típicos son solo algunas de las

cosas que encontrarás. Ideal para llenarte de provisiones si quieres ahorrar dinero.

Kate y yo nos compramos algunas cosas de recuerdo, no queríamos comprar mucho ya que el viaje era largo, dos meses y teníamos que pensar en la vuelta y los traslados de no ir muy cargadas.

Fran me compró una pulsera que había hecho una niña, de hilo, de colores muy vivos, me la ató en la mano y me dijo que no me la quitase nunca hasta que se partiese o la perdiera, eso me hizo mucha ilusión, era como una promesa y allí estaba yo feliz, con la pulsera en mano.

Luego nos fuimos a probar la comida callejera, en especial el Antichuchos, que son un platillo típico que identificarás por el aroma a parrilla en las calles, luego probamos el famoso Adobo, es otro platillo a base de cerdo que se consume en Cusco. Patasca es una sopa serrana muy deliciosa, que se encuentra mayormente en mercados populares.

Probamos todo lo que nos ponían por delante, la verdad que no hacíamos asco a nada.

Por la tarde fuimos al hotel, esa noche teníamos ganas de salir, así que descansamos un rato, Jaime se quedó abajo del hotel tomando algo, Fran y yo nos metimos en la habitación y nos echamos un rato abrazados.

—Este viaje no se nos va a olvidar nunca —dijo Fran.

—Está claro, por supuesto que no.

Así, sin más, nos quedamos durmiendo un rato abrazados, hasta que subió Jaime y con todo su poco tacto, nos despertó haciendo mucho ruido. Eran las nueve, así

que avisamos a Kate y Luis para salir a cenar y tomar algo.

Cuzco ofrece discotecas y clubs de toda categoría y con distintos estilos musicales frecuentadas por turistas de todo el mundo. Así que nos fuimos de copas por varios de esos lugares, terminamos todos con un vacilón impresionante, Fran me llevó en su espalda al hotel, cantando y yo iba como cual quinceañera que está enamorada de ese hombre que la cargaba y cantaba.

Al llegar al hotel Jaime se fue a la cama del rincón y yo me metí en la de Fran, más que nada porque me jaló para que me metiese en ella.

—Tienes algo, Carlota, eres especial —dijo mientras me tiraba abrazada en su pecho.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo siento, siempre lo sentí, eres de esas mujeres que brillan con luz propia.

—No creo que así sea, nadie me quiere...

—¿Por qué dices tú ahora eso?

—Mírame, mañana cumpla 28 años y aún estoy sin pareja, nada me fue bien en el amor.

—El amor llega cuando menos lo esperas, Carlota, quizás en cualquier momento lo puedas rozar —decía mientras acariciaba mi pelo.

Y tanto que lo rozaba, pero no llegaba a más allá que a eso.

—Pues nada, lo seguiré esperando —bromeé por no decirle algo más claro.

—¿Qué esperas del hombre de tu vida? —preguntó poniendo su mejilla junto a la mía.

—No espero nada, es difícil de explicar, pero yo sé lo que quiero a pesar de que ustedes no os deis cuenta —solté de esa manera, aunque mis amigos tenían más que claro que es lo que yo deseaba.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que el hombre que vengo amando de hace años, se dé cuenta, ojalá quisiera compartir su vida con la mía —los efectos del alcohol hacían que me soltara más aún.

—¿Carlota, quién es él?

—En qué lugar se enamoró de ti, es un ladrón, que me ha robado todo... —contesté riendo con la canción de José Luis Perales.

—Estás esquivando mi pregunta... —puso ojos en blanco.

—No tengo ganas de hablar de mis sentimientos, me duelen —puse gesto serio.

—¿Por qué te duele?

—Es difícil, es algo que creo que nunca podrá llegar a buen puerto.

—¿No le gustas? —Esa pregunta hizo ya que estallara, no sé por qué, pero lo consiguió.

—No sé, dímelo tú. ¿Te gusto?

Sonrió antes de contestar, se le iluminó la cara.

—A mí no me gustas, a mí me encantas... ¿Pero que tengo yo que ver en todo esto, Carlota? —dijo con voz serena y deseando saber la respuesta.

—Nada, déjalo...

—No, no lo dejo, dime, por favor...

—Tengo miedo, Fran, te amo desde niña, desde que te conocí, ayer me preguntaste algo y te respondí que sí, sí que sentía por ti... —dije avergonzada sabiendo que me podía arrepentir toda mi vida de lo que había dicho.

—Yo también, Carlota, pero me daba miedo fallarte, a hacerte daño en caso de intentar algo, pero esto lo tenemos pendiente para hablar, para mí eres mucho más importante de lo que imaginas, ahora duerme, mañana nos espera un largo camino hasta Machu Picchu.

Y nada, ahí me dejaba, en lo mejor de la conversación, en esa que yo quería seguir escuchando, pero me dormí, abrazada a él, notándome protegida, con el amor de mi vida...

CAPÍTULO 12



Nuevo destino en tierras peruanas, así nos levantamos, alborotados, Fran no dejaba de mirarme, parecía que me estuviese analizando, me ponía cardíaca, nerviosa, no atinaba pie con bola, ese hombre me tenía a mil por horas, estaba deseando que pasase algo fuerte entre nosotros, no esos abrazos que llevaba regalándome años, él era un amor de hombre en todos los sentidos, pero yo quería disfrutarlo como mi hombre, como aquel chico que me haría perder el norte junto a su piel.

Luis, durante el desayuno, estaba serio, Kate ni lo miraba, ya intuía que habían tenido algún percance al levantar o incluso la noche anterior, así que la miré de forma que entendiera que necesitaba saber que pasaba, ella negó con la cabeza enfadada, ya tenía claro que iba a ser un día de movidas.

Jaime estaba a su bola, escuchaba música con los cascos, el móvil sobre la mesa y mirando todo lo que pasaba por delante de nosotros, menos a nuestra

conversación, estaba atento a todo.

Nos fuimos a la estación de tren para partir hasta Machu Picchu, yo veía la cara de mi amiga y era un poema, se sentó a mi lado, pasaba de Luis, mal rollo se venía encima como hacía rato venía presintiendo.

—¿Qué ha pasado, Kate?

—Luis está insoportable, no sé qué le pasa, pero vaya viajecito me está dando.

—No lo tomes en cuenta, al final te arrepentirás de no haber aprovechado esta maravilla de viaje.

—¿Tú me lo dices que estás pasándolo fatal con Fran?

—Eso es un golpe bajo, yo lo llevo pasando mal muchos años.

—Lo siento, pero estoy de los nervios.

—¿Pero ahora qué ha pasado?

—Que no puedo quitarme la imagen de la cabeza de él dando crema a esas dos mulatas.

—Pero fue una broma.

—Una broma de muy mal gusto, que me durará una eternidad.

—Durará lo que tú quieras que dudes, después de la que liaste no lo hará más.

—Ya, pero estoy muy dolida, no lo puedo evitar.

—Te entiendo, pero no hagas que eso joda las vacaciones.

—¿Y tú que tal con Fran?

—Uf, ya sabe que me gusta, por lo visto yo también a él, pero dice que le da miedo a fallarme y que tenemos una charla pendiente.

—Eso suena muy bien —me hizo un guiño de ojo.

—No sé, creo que no es claro, no entiendo mucho su postura, solo sé que cada vez estoy más enamorada de él, aún me retumba la canción en Cuba, cuando se me acercó a cantar Despacito.

—Fue increíble, sí, señor —soltó una carcajada.

—Me estoy volviendo loca, te lo juro, tengo una sensación extraña, no puedo estar sin él, ahora más que nunca me estoy quedando súper enganchada.

—Tíratelo en la próxima parada... que Machu Picchu sea vuestra inspiración en una noche loca de amor, total, soy de las que pienso que aquello se construyó con ayuda de alienígenas, lo mismo ellos os pueden ayudar a hacer una noche que jamás olvidareis —me sacó la lengua.

—Alienígena eres tú, no sé si pasará algo con nosotros, en todo caso será en el siguiente viaje a Brasil, Jaime ha amenazado que quiere una habitación para él solo, para llevarse a los bombones brasileños y poderle dar amor en la intimidad —soltamos las dos una carcajada.

—Pues nada, Brasil será donde derrochéis toda la tensión sexual que lleváis dentro...

—¡Qué exagerada eres, hija!

—Sabes que no...

El trayecto fue impresionante, las vistas eran algo que no olvidaré jamás, por fin llegamos a nuestro destino, Aguas calientes.

CAPÍTULO 13



Llegamos al hotel de Aguas Calientes, en esta ocasión cogimos una habitación para los cinco, Luis estaba serio, al igual que Kate, Fran me miraba de forma cómplice por la situación de estos dos y Jaime no paraba de pinchar, dejamos las cosas y nos fuimos a dar un paseo.

Nos fuimos a un mercado artesanal. Al lado de la estación de tren, está el mercado de artesanías de Aguas Calientes, con todo tipo de arte típico del Cusco, pero me parecieron tremendo los precios, así que pasamos de aquel lugar tan turístico, luego fuimos a comer algo, queríamos estar a tope para el día siguiente, así que nos metimos rápido en el hotel.

—Chicos, estoy loco por llegar a Brasil —dijo Jaime tirado en la cama.

—Normal, conociéndote ... —solté a quemarropa.

—Pues eso...

—Yo estoy deseando llegar mañana a Machu Picchu, es mi sueño de siempre dijo Fran.

—A mí también me apetece mucho —recalqué.

—Vamos a ver piedras, estáis locos —dijo Jaime.

—¿Piedras? ¡Historia! Desde luego qué poco cultural eres... —sentenció Fran negando con la cabeza.

—¿Poco cultural? Más cultura que he cogido en Cuba y voy a coger en Brasil, imposible —dijo Jaime bromeando sobre las mujeres de los países.

—No tienes remedio —dijo Kate tirándole una almohada.

Dormimos rápido y por la mañana el primero en levantar fue Luis, que a bocinazos nos hizo despertar a todos, luego nos fuimos a desayunar y partimos hacia Machu Picchu.

Me detuve en las alturas del Machu Picchu y me senté durante más de una hora en el mismo lugar, sobre una piedra milenaria, observando como pude cada detalle del paisaje sagrado, cada movimiento secreto de la Pacha mama, sentía todas las energías, observaba aquel lugar sagrado que había sido construido de manos de alguien que no podía pertenecer a la tierra, a las personas que conocemos como tal, hoy en día.

Fran estaba en total conexión, por otro lado, Kate, Luis y Jaime no paraban de hacer fotos y dejar plasmado todo lo que se veía desde allí, estaban en plan turista, yo lo estaba viviendo de otra manera, sentía que aquello era una experiencia que se me iba a quedar grabada en la retina para toda la vida.

Es un sitio realmente increíble, no se puede describir con palabras lo que mis ojos estaban viendo y mi corazón estaba sintiendo, sus vistas panorámicas son impresionantes, las personas del pueblo son cálidas y amables, todo aquello estaba lleno de historia y de misterio.

Las ruinas arqueológicas en excelente estado de conservación y restauración, era algo mágico, algo que nunca podría olvidar y que estaba viviendo con todo detalle.

—Te veo emocionada, lo estás sintiendo al igual que yo —dijo Fran acercándose a mí.

—Este sitio tiene algo especial, es como si hablara, no sé, está lleno de energías.

—Sí, a mí me da la misma sensación, he tenido un rato la piel erizada, es impresionante, cuanta historia hay aquí, una gran parte desconocida, esto fue construido de forma magistral.

—Sin duda.

Se sentó a mi lado, sacó su móvil y tiró un selfie con él, en el mismo momento que me daba un beso en la mejilla y dejaba inmortalizado ese momento, allí en ese lugar, una foto que pasaría a ser una de mis favoritas desde ese momento.

Después de pasar todo el día por aquella zona volvimos al hotel, íbamos relajados, parecía que aquel lugar había causado algo diferente en nosotros, compramos comida para llevar a la habitación y cenar allí.

Vimos una peli en la tablet de Jaime, yo estaba tirada sobre las piernas de Fran, el me acariciaba el pelo con mucho mimo, algo me decía que en Brasil... pasaría lo

inevitable.

Cuando me di cuenta, era por la mañana, me había quedado dormida allí en la cama y Fran se tiró a mi lado, era como si fuéramos una pareja, pero sin sexo, sin más allá que aquellos momentos de mimos que me daba con algún abrazo o caricia en el cabello.

Nos fuimos para la estación para volver a Cusco, donde llegamos por la tarde, volvimos a pasear por la ciudad, yo estaba feliz, Fran cada vez me regalaba más miradas cómplices y tenía unos gestos muy cariñosos conmigo.

Nos sentamos en una terracita, Luis y Kate seguían a ratos de malos rollos, esas cubanas iban a hacer mucha mecha en el viaje, mejor dicho, esa ocurrencia de broma de ir a ponerles cremita para el sol, yo aguantaba de reír solo de pensarlo.

—Luis, hijo, la próxima vez me dejas a mí solo con todas, que luego mira la que lías —dijo Jaime para terminar de rematar la cara de mala hostia de Kate.

—Ni una broma gasto más —dijo Luis con cara de pocos amigos, aunque conociéndolo estaba a punto de reventar a reír.

—Desde luego, siempre la andáis liando —dijo Fran mientras me guiñaba el ojo.

—Tranquilos, ahora toca Brasil, seguro que lía alguna más gorda —dijo Kate muy enfadada.

—Si a ti un hombre te juntara cremita, yo no me enfadaría —dijo desafortunadamente en plan broma Luis, recibiendo una mirada asesina por parte de Kate.

—Eso es lo que te importo, una mierda, eso es, ya lo has dejado bastante clarito en Cuba y aquí lo has recalcado.

—Te lo tomas todo a la tremenda, que poco sentido del humor tienes, Kate.

—Bueno, tengamos la misa en paz, no os enfadéis por chiquilladas —dijo Fran.

—¿Chiquilladas? ¿En serio te parecen chiquilladas, Fran?

—Bueno, mujer, no la pagues ahora conmigo —dijo poniendo gesto temeroso.

—Pero mira, Fran, tú no actúas como ellos, para mí eres un señor de los pies a la cabeza. ¿Tan difícil es para mi pareja ser así?

—Mira, si tanto idealizas a Fran, vete con él —dijo Luis bromeando guiñándonos el ojo.

—A mí dejadme, demasiado tengo con cuidar a una —me señaló con el dedo.— Como para ocuparme también de la tuya —rio.

—¿¿¿A mi tú me cuidas??? —pregunté riendo.

—¿Ah, no? Muy bonito, pensé que mis atenciones le resultaban entrañables a usted, pero ya veo que no se percató —dijo poniendo serio triste, no sabía si bromeaba o no en esos momentos.

—Que sí, pero no como para decir que matas tu vida cuidándome —dije riendo.

—No dije que me mataba, no digas algo que no dije...

—Madre de Dios, cómo estáis todos hoy, cualquiera habla —sentencié.

—A mí no me metáis que estoy muy calladito —dijo Jaime.

—Sí, claro, ahora vas de sueco, tú eres el que has empezado esto —dijo Luis riendo ante la cara de sargento que tenía Kate.

—¿Yo? —se puso los cascos y pasó de hablar, nos entró una risa a todos, incluida a Kate.

Nos fuimos a dormir bien tarde, por la mañana cogeríamos un vuelo a Lima, donde pasaríamos los 2 últimos días en Perú.

CAPÍTULO 14



Aterrizamos en Lima, cogimos un taxi y nos llevó al hotel, dejamos las cosas y nos fuimos a callejear, Jaime decía que hoy sería el día de las copas, que nos íbamos a hartar de beber, Fran lo miraba mordiéndose el labio y negando con la cabeza, sabía al igual que todos, que Jaime no tenía remedio.

Paramos en el primer bar, sin duda en el que íbamos a arrasar, ya que teníamos toda un hambre descomunal, así que pedimos un poco de todo, el camarero nos miraba asustado.

—Carlota... ¿Qué bañador llevas para Brasil? —preguntó Luis bromeando, recordando lo que pasó en Varadero con el bikini de leopardo.

Lo miré con mirada asesina.

—No sé, dímelo tú, lo mismo me debo poner otra vez el de tigre, espero que

esta vez no tengas que salir corriendo —hice una mueca ante la risa de ellos.

—Lo mismo trae el de las mulatas de la playa de Cuba —dijo Jaime para terminarla de liar.

—Lo mismo os mando a todos a freír espárragos —dijo Kate con cara de mala hostia.

—¿Y yo qué hice? —preguntó flipando Fran.

—¿Tú?, romperle el corazón a mi amiga. ¿Te parece poco? —dijo ante nuestro asombro y ofendida.

—¿Yo? ¿En serio me lo dices? —preguntó sonriendo, pero incrédulo.

—Y tan en serio ...

—Bueno, yo estoy flipando en colores, estáis hablando de mí, así, como el que dais por sentado todo y a la mierda yo, como si os hubiera dicho que opinéis de mi vida o mis sentimientos, esos que dais por sentada conocer — dije enfadada.

—A estas alturas.... —dijo Jaime interviniendo de nuevo.

—¿A estas alturas, qué? —levanté el tono de voz.

—Joder, para lo que ha dado mi preguntita del bikini —dijo en voz floja Luis.

—Eso te pasa por no ser prudente —recriminó Kate.

—Ya fue a hablar la que soltó que Carlota tenía el corazón roto por Fran —contestó Luis ante la mirada asesina de Fran por que se callaran ya.

—Nos callamos todos ¡ya! —dijo seriamente Fran—. ¿Vamos a estar aquí como críos peleando quién le gusta a quién o qué cojones se va a poner de ropa de baño uno u otro? De verdad que a veces pienso que os quedasteis en edad escolar, por favor, y ustedes dos... —señaló a Luis y a Kate—. como sigáis de ese mal rollo, un día os arrepentiréis, porque este viaje es de esos que no suceden dos veces en la vida y estáis pisando sitios que no estáis observando; y creedme, a mucha gente le encantaría estar en vuestro lugar, así que disfrutad de esto. —dijo abriendo los brazos y girando para enseñar el entorno— Esto es una bendición, poder disfrutar de esto, es un privilegio, empezar ya a dejar los malos rollos —la cara de mis amigos eran un poema escuchando a Fran, hasta a mí se me quedó cara de gilipollas.

—Tienes razón —dijo Luis.

Los demás nos callamos como si un ángel hubiera pasado, estuvimos un rato así, observando, comiendo, intentando recapacitar sobre la lección de saber vivir que nos había dado Fran.

Tras la comida nos fuimos a un local donde la cerveza estaba hecha de forma artesanal, Jaime se las bebía de dos en dos, ya sabíamos que este estaba fuerte, Fran lo miraba negando con la cabeza, estaba claro que no tenía remedio.

—Mañana hacemos ya veinte días de viaje, solo nos quedan 40 más —dijo Kate.

—Pasa rápido, es verdad, pese a echar de menos algunas cosas, no quiero que esto acabe, ahora nos quedan 4 grandes países más por delante —dije animándola.

—Brasil me llama, señores —dijo Jaime entrando en conversación.

—A ti te llaman otras cosas... —bromeó Kate.

—¿Lo ves? Eres tú la que me busca —Jaime le hizo una burla con la lengua.

—Al final terminamos liándola de nuevo —dijo desesperado Luis.

—Venga ya, chicos, vamos a cambiar de tema —dije intentando evitar otra polémica.

Pasamos el día por el centro de Lima, fue divertido, probamos muchas cosas de la gastronomía de ese país y vivimos unas preciosas sensaciones que nos hizo ir al final de muy buen rollo para el hotel.

Nos acostamos, teníamos que descansar, por la mañana saldríamos rumbo a Brasil.

CAPÍTULO 15



Aterrizamos en Río de Janeiro y cogimos un taxi que nos llevó directamente al Sol Ipanema Hotel, justo a pie de playa. Nos había costado un poco elegir entre tantas playas, pero al final nos decantamos por la de Ipanema, quizás una de las más famosas del lugar. Las fotos que habíamos visto del hotel nos había encantado, las vistas por la noche, con el mar justo enfrente, debían de ser excelentes.

No teníamos reservas hecha, menos mal que había habitaciones libres, extraño en esa época del año.

Jaime escogió una para él solo, diciendo que necesitaba relax. Como si no supiéramos todos que iba dispuesto a tener compañía todas las noches. Kate y Luis cogieron la contigua a la de nuestro amigo y, cuando nos tocó el turno de elegir, Fran, sin pedirme opinión, cogió una para nosotros dos.

Nadie dijo nada, pero todos se dieron cuenta del detalle, no pasó

desapercibido. Pero nos mantuvimos en silencio.

Nos despedimos de nuestros amigos, quedando con ellos un poco más tarde para comer y pasar el día en esas playas paradisíacas. Fran y yo entramos en la habitación y a mí casi me da un infarto al ver que solo había una cama. De matrimonio, inmensa, pero solo una cama.

Miré a todos lados, esperando encontrar un sofá o algo así, pero no había nada. No tenía ya suficiente con tener una habitación para los dos, que además compartiríamos la cama.

Vi cómo él se fijó y no le dio la mínima importancia. Abrió su maleta y empezó a ordenar su ropa. Yo hice lo mismo, me vendría bien mantenerme ocupada y no pensar en esa primera noche que íbamos a dormir en esa cama, los dos, solos en la habitación. Que, aunque no era la primera vez, no era lo mismo.

Estábamos solos, ¿por qué había hecho Fran eso? Tampoco me atrevía a preguntarle.

Tenía ganas de darme cabezazos contra la pared.

Tomamos una ducha, separados claro, y nos preparamos para irnos a comer y tomar el sol. Nuestros amigos no aparecieron, así que comimos algo en el restaurante del Hotel y, con un mojito en las manos, nos sentamos a pie de playa. Casi en la orilla, donde poco tiempo después nos mojaban las olas.

—Este viaje está siendo muy especial —dijo Fran mirando al mar.

—Sí, un poco cansado también —sonreí.

—¿No lo estás disfrutando? —me miró.

—Sí, no es eso. Solo que a veces necesito tiempo para mí sola.

—Eres así de siempre, recuerdo cuando eras pequeña y te separabas de todos nosotros. Te quedabas sentada, mirando a la nada. Yo decía que era como tu manera de recargar las pilas. Porque cuando volvías, tenías energía para dar y regalar.

—Sí, mis momentos de soledad —reí.

—¿Qué hacías? ¿Pensar? ¿Relajarte?

—Un poco de todo. Es como un escape, lo sigo haciendo. Necesito a veces dejar mi mente en blanco, otras pensar en cosas que me afectan... No sé —me encogí de hombros—, pero lo necesito.

—¿Y te sientes así ahora?

—Sí, un poco —sonreí tímidamente.

—A mí solo tienes que decirme que te deje sola, Carlota, no tengas apuro.

—Oh, no, no es por ti, ni quiero que te vayas. Pero después de tanta locura, sí me vendría bien un poco de relax.

—¿Te refieres a los chicos?

—A todo, solo relax.

Se quedó pensativo, volvió a mirar al mar antes de que su mirada regresara a mí.

—¿Te apetece ese relax conmigo?

Lo había preguntado de una manera que... Iba a tener un orgasmo allí mismo. No podía hacerlo con esa mirada, con esa voz, con esa... No podía hacerlo y punto. Me iba a derretir, y no por el clima precisamente.

—¿Qué tienes en mente? —pregunté intrigada. Y excitada y todo lo demás, pero eso mejor lo olvidamos.

—Pasemos el día juntos, paseemos por la playa, los dos solos, algo se nos ocurrirá. Un poco alejados de todo y de todos.

—No tienes que hacer eso, Fran, no tienes que cambiar los planes por mí.

—Me apetece estar contigo. Solo eso...

Dejó la frase en el aire, y mi mente ya había empezado a divagar. Tenía que cortarla como fuera. Pero Iba a aceptar su propuesta, un día para los dos, un poco de tranquilidad, un día solo para los dos. ¿Cómo iba a negarme?

Asentí con la cabeza, él sonrió, se levantó y me ofreció la mano para ayudarme a que hiciera lo mismo. Regresamos al hotel y le dejamos dicho a los chicos que íbamos a dar una vuelta, que ya nos veríamos. Kate me guiñó el ojo, no hizo preguntas y yo puse los míos en blanco, ya estaba malpensando. Aunque yo también lo hacía, no podía culparla.

Nos pusimos algo de ropa cómoda, dejándonos los bañadores, preparamos una mochila con algunas cosas y nos fuimos a pasear.

Aluciné con el lugar, era realmente precioso. Pero eso no era relax, cada dos por tres nos parábamos a hacernos un selfie, nos quitábamos la ropa y nos metíamos en

el agua, reíamos sin parar.

Empezaba a anochecer y me daba pena que el día acabase. Se había acabado demasiado pronto. Yo quería más.

Y seguía triste cuando entramos en la habitación, era como si mi sueño se terminara, como si mi regalo no diera para más.

Nos preparamos para ir a cenar con los chicos. Cuando llegamos al restaurante, no estaban. Nos sentamos a la mesa y el camarero apareció con una nota que nos habían dejado: iban a cenar en la habitación.

No quise que mi cara demostrara nada, pero sabía de más que eso era una jugada de ellos para que Fran y yo siguiéramos solos. Él también se dio cuenta, su sonrisa lo decía todo, pero se encogió de hombros, no le importaba en absoluto. La verdad que a mí tampoco, necesitaba más tiempo con Fran sin los incordios de mis amigos.

—Estás nerviosa —dijo cuando terminamos de comer.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

—Lo estás últimamente, pero aún más desde que llegamos a este lugar. Ahora entiendo por qué necesitas tu soledad.

—No sé, yo no me veo extraña.

—¿Es por estar conmigo a solas entonces? —preguntó riendo.

—Sí —dije seria y su risa se cortó.

Se levantó y me ofreció la mano, extrañada, la agarré. Cuando estuve de pie, me abrazó para bailar mientras él comenzaba a cantar en voz baja.

—¿Te pongo nerviosa, Carlota? —preguntó minutos después, cuando yo estaba a punto de perderme en esa mirada.

—No en el sentido que estás pensando.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando? —sonrió.

—Parece como si me consideraras ahora una conquista y no una amiga o hermana pequeña.

—¿Es eso lo que crees que eres? ¿Una hermana pequeña?

Seguíamos moviéndonos al ritmo de la música de fondo, él con sus manos en mis caderas, yo con las mías en sus hombros. Nuestros cuerpos cerca. Rozándose. Mis piernas a punto de ceder.

—Somos amigos, Fran.

—Lo sé, pero no es eso lo que te pregunté.

—Pues sí, eso es lo que pienso. ¿Debería pensar otra cosa?

—¿Me ves como si fuera tu hermano mayor?

—No voy a contestar a eso —me ruboricé hasta las raíces del pelo.

—Tampoco es tan difícil.

—Somos amigos —parecía un disco rayado.

—Me encanta cuando te sonrojas.

Oh, mierda, ¿a qué venía eso? Me iba a dar algo más que un infarto. Fran tampoco había bebido mucho, no podía culpar al alcohol. Y sí, a veces me había mirado diferente, como un hombre a una mujer, y siempre estaba pendiente a mí, pero... ¿A qué venía todo esto? ¿Estaba ligando conmigo? Si supiera que no era necesario...

—¿Estás intentando ligar conmigo, Fran? —pregunté echándole todo el morro del mundo. Por dentro estaba como un flan e, igual que me daba miedo que me dijera que sí, porque no sabría cómo actuar, me daba miedo que dijera que no, tampoco sabría qué hacer.

—¿Te molestaría si lo hiciera? —preguntó mirándome fijamente.

Vale, esa respuesta no la esperaba. ¿Y qué le contestaba yo en ese momento? Si ni siquiera sabía la respuesta.

—No puedes responderme con otra pregunta —hala, esa era la mejor respuesta.

—Esa es otra de las cosas que me gustan de ti —seguía seductor.

—¿Mi lengua viperina? —pregunté con las cejas enarcadas.

—Tu lengua en general.

Y tras eso, a por mi lengua que fue. No me lo podía creer, me estaba dando el morreo del verano. ¿Qué digo del verano? Del año, de la década, del siglo.

Y yo hice lo que no tenía que hacer, agarrarlo más fuerte, pegar mi cuerpo al suyo mientras él apretaba el agarre en mis caderas y devorarlo.

Madre mía del amor hermoso, eso era un beso y lo demás tontería. ¿Dónde había quedado la vergüenza? Yo no lo sabía, en ese momento no tenía ninguna. Fran me estaba besando y yo no iba a desaprovechar esa oportunidad. No iba a desaprovechar un segundo.

Y cómo besaba... No me quería imaginar cómo haría otras cosas...

Me separé de él, de esa boca que tanto deseaba, mi respiración agitada, sus labios húmedos. Pasó su lengua por ellos y sonrió. Mierda, iba a por el orgasmo de cabeza.

—Creo que ha quedado claro que no nos vemos como hermanos —dije con toda mi poca vergüenza.

Se rio a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás. Yo me sentí avergonzada de nuevo, pero su risa era contagiosa y acabé riendo con él.

Cuando su mirada se centró de nuevo en la mía, sus ojos quemaban.

—Pasa la noche conmigo —dijo con voz ronca, miró mis labios y subió de nuevo a mis ojos.

No era necesario que me dijera para qué, el bulto que me clavaba en mi vientre lo decía todo.

—Compartimos habitación, tengo que pasarla contigo —bromeé, más que nada porque lo necesitaba, tenía que canalizar esa tensión sexual que me había provocado.

—Está bien, lo digo de otra manera. Pasa la noche conmigo, en nuestra cama, desnuda, teniéndome dentro de ti.

Oh, señor... No sé cómo no me desmayé, pero os juro que mis rodillas temblaron. Mis fantasías secretas de años hechas realidad.

—¿Me estás pidiendo sexo? —sonaba frío, pero así me salió.

—Te estoy pidiendo mucho más que eso.

Fui a preguntarle qué, pero ni tiempo me dio. Tiró de mí para dentro del hotel, ignorando las miradas de los demás clientes y trabajadores porque sabían de más a dónde íbamos, normal, bonito espectáculo habíamos dado.

Y por mí que miraran lo que quisieran, como si se fijaban en el bulto que escondía tras sus pantalones, yo también lo hice y levanté la mirada al verlo. Iba a ser todo mío, de nadie más, al menos por esa noche.

No me reí porque estaba demasiado avergonzada con mis pensamientos, eso y porque intentaba recordar qué conjunto de ropa interior llevaba, a ver si después de llegar a tener ese triunfo, le iba a bajar la lívido.

Llegamos a la habitación rápidamente, tuve que cerrar la puerta con el pie porque él no dejaba de tirar de mí. No paró hasta dejarme justo delante de la cama, frente a él. Respiraba agitado, ¿tan excitado estaba?

Mi mirada bajó hasta ese lugar prohibido, dándome la respuesta.

Pero Fran parecía que ahora quería tomarse las cosas con calma, o se había arrepentido.

—Fran, yo...

No, no se había arrepentido. Cogió mi cara entre sus manos y me besó. Esa vez con delicadeza, disfrutando, con calma. Puse mis manos en su pecho hasta subirlas a su cuello. Nos besamos a conciencia, no me importaba si terminaba con los labios magullados, solo quería saborearlo, lo haría a todas horas.

—¿Puedo desnudarte? —preguntó cuándo terminamos el beso.

Asentí con la cabeza, me gustaba que fuera así, considerado. Se agachó un poco hasta coger el dobladillo del vestido que llevaba. Empezó a subirlo con los pulgares, sus otros dedos acariciando mis piernas, las caderas, la cintura, casi el pecho... hasta quitármelo por la cabeza.

Era mi turno, alargué las manos y desabroché los botones de su camisa, me sentía un poco torpe, mis manos temblaban, pero terminé por hacerlo y quitarle la camisa por completo.

Me agarró de nuevo, besándome, tocar su piel con la mía fue como tocar el cielo. Yo temblaba, por los nervios y por el deseo, estaba completamente excitada.

Desabrochó mi sujetador y me lo quitó, observando mis pechos por primera vez. En ese momento sí quise que la tierra me tragara. Siempre había tenido complejos con ellos, tenía demasiado. Aunque no era un problema para los hombres, sí para mi inseguridad.

Fran levantó la mirada, me sonrió y tras decir un “Por fin” que no entendí, volvió a devorar mi boca. Era dulce, lento, pero también notaba en él que intentaba controlarse, como si no quisiera precipitarse o perder el control. Y eso me llenaba de alegría, me daba un poco de poder si era cierto.

Caímos en la cama, de lado, frente a frente. Seguíamos besándonos, acariciándonos. Solo disfrutando.

Cuando se terminó de desnudar, os juro que tuve que tragar saliva. Madre mía, ahora entendía los comentarios hacia su miembro. ¿Me iba a caber eso?

Me reí mentalmente, no era momento de preocuparse por eso. Pero los nervios no me lo ponían fácil.

Se acomodó encima de mí, preguntándome con los ojos si podía seguir. Yo no le contesté, me abrí más de piernas, esperándolo. Su sonrisa torcida me dejó claro que lo había entendido.

Pero a mi amor no le iban las prisas, otra vez empezó a jugar conmigo. Con el cuello, bajó a los pechos. Los torturó, o yo lo sentí así en ese momento. Necesitaba tenerlo dentro por una vez en la vida, no podía esperar más.

Me moví un poco desesperada, ya podía jugar con mis pechos después, tenía toda la noche, pero no la primera vez, iba a matarme.

Como si me hubiera leído la mente, se colocó y me penetró con un movimiento. Hasta el fondo, gemí más fuerte de lo que me hubiera gustado. Pero joder, lo tenía por fin dentro de mí, eso era más que tocar el cielo, estaba en la gloria.

Pero Fran seguía sin prisas, con calma, sus movimientos lentos. Hasta que, por fin, perdió el control y, besándome, comenzó a moverse con fuerza hasta que los dos estallamos en un orgasmo que nos dejó sin fuerza.

¡Sí, sí, sí!, grité mentalmente. ¡Por fin!

Se quitó de encima de mí y se puso a mi lado. Los dos intentando respirar con

normalidad. Me abrazó y nos quedamos en silencio. Hasta dormirnos sin darnos cuenta.

Abrí los ojos cuando noté cómo el sol entraba por la ventana. Levanté un poco la cabeza y todos los recuerdos de la noche anterior volvieron a mi mente cuando sentí cómo seguía agarrada a él.

Lo miré y vi que ya estaba despierto.

—Buenos días —dijo con esa voz que me volvía loca.

—Hola —sonreí tímidamente—, lo siento, yo...

—¿Qué sientes? —me agarró fuerte, pegándome a él.

—No sé —dije con sinceridad, no tenía idea de por qué me disculpaba— Ya es de día y yo... Nosotros... —me desesperaba a mí misma cuando era tan insegura, no podía ni explicarme.

—Crees que solo te pedí una noche —aclaró él, leyéndome la mente.

—Esto... Sí —carraspeé.

Me hizo moverme hasta tumbarme encima de él.

—No pienses tanto, solo disfruta —dijo antes de besarme.

Disfrutar, disfrutaba, sin duda. Dios, ese hombre me tenía loca. Si ya estaba así por él antes, desde que lo tuve para mí, miedo me daba no poder controlarme.

Las palabras sobraron, hicimos el amor de nuevo. En la cama, después en la

ducha.

Cuando salimos, miré cómo se vestía. Yo ya me había colocado el bikini, así que salí a fumarme un cigarro a la terraza, contemplando el panorama que tenía en frente. No era la playa, que seguro era alucinante, si no el culo de Fran. Señor, otra vez estaba excitada. Lo mío era más que un problema.

Dejé de mirarlo y contemplé el horizonte. Resoplé, temiendo lo que había pasado. No me arrepentía, pero sí tenía miedo a lo que seguiría.

Fran no me había prometido nada, ni yo a él. Ninguno había hablado de sentimientos, pero estaba claro que eso era más que sexo.

En momentos como ese era cuando necesitaba mi soledad y pensar, pero no iba a pedírselo en ese momento, a saber, lo que podía pensar.

¿Y cómo actuaría ahora delante de nuestros amigos? ¿Cómo siempre? ¿Como si no hubiera pasado nada entre nosotros? ¿Cómo esperaba él que actuara yo?

Porque si yo tenía un problema era que no podía disimular demasiado. Que hubiera funcionado con él no significaba nada, con los demás no iba a ser posible. Es que estaba segura de que se darían cuenta solo al verme la cara. Tenía que tener una sonrisa de idiota tremenda. Y seguro que se acentuaría con cualquier gesto, sonrisa, roce por parte de Fran.

No, no iba a poder ocultar ni lo que había pasado entre nosotros ni mi preocupación por saber qué éramos.

—Carlota...

Giré la cabeza cuando lo escuché. Estaba listo, guapísimo, como siempre.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —sonreí ampliamente, con toda la seguridad que no sentía.

—Bien —sonrió—, ¿vamos a desayunar? Me muero de hambre —hizo una mueca con los labios.

—Claro.

Pasé por delante de él, Fran me paró agarrando mi brazo.

—¿De verdad estás bien? —insistió.

—Sí, de verdad —le aseguré.

Me miró unos segundos, me dio un dulce beso en los labios y salimos de la habitación. Fran puso su brazo alrededor de mis hombros.

Y no le mentí, estaba bien, pero las dudas me tenían nerviosa. ¿Cómo tenía que actuar a partir de ese momento?

CAPÍTULO 16



Nuestros amigos estaban desayunando en el restaurante, en las mesas que había al aire libre. Nos acercamos a ellos y nos sentamos después de darles los buenos días.

Fran pidió el desayuno para los dos y noté cómo el silencio caía de repente sobre nuestra mesa. Miré a mis amigos, tenía a los tres frente a Fran y a mí y levanté las cejas.

—¿Qué? —pregunté.

—Ha pedido el desayuno por ti —dijo Kate.

—Sí, ya me di cuenta —dije, Fran se rio—. ¿Y? —pregunté cuando seguían callados.

—Nunca dejas que nadie pida por ti — Kate me miraba con cara de extrañada,

pero sabía que se había imaginado algo y que estaba jugando conmigo.

—Ya, bueno, se lo dije por el camino.

—¿Por el camino o antes de salir de la cama? —preguntó Jaime.

—Vaya, Jaime. No esperaba encontrarte solo hoy, ¿mala noche? —se burló Fran, intentando llevar la conversación hacia otro tema.

—Mejor no hablemos de eso —dijo mi amigo.

—Perdone, señor —el camarero apareció de nuevo—. Nos hemos quedado sin zumo de naranja natural, ¿prefiere otro o le pongo de botella?

—No, a ella no le gusta el de botella —respondió Fran—, ¿de piña? —preguntó mirándome y yo asentí— De piña —le dijo al camarero y este se marchó.

El silencio se había adueñado de todo de nuevo.

—¿Y ahora qué? —me estaba empezando a enfadar.

—Nada —dijeron todos a la vez y siguieron desayunando, evitando mirarnos.

Yo miré a Fran, intentando entender, él sonrió y me guiñó un ojo. Gracias a Dios, la atención se desvió de nosotros, pero notaba cómo todos estaban intrigados. Y yo no entendía el porqué, qué habían notado, qué habíamos hecho para ponerlos sobre aviso.

Miré a Fran. No, no tenía sonrisa de idiota. Estaba más guapo que nunca sí, pero nada raro. Y yo... debía ser eso, la sonrisa de idiota en mi cara. Me puse seria, a ver si eso ayudaba.

Tras desayunar, decidimos ir a pasar el día por la ciudad. Jaime decía que tenía ganas de andar y que así podíamos aprovechar para comprar algunos regalos.

Cuando nos vestimos, salimos todos al encuentro y en dirección al centro de Río de Janeiro. Se notaba a kilómetros que éramos turistas, no parábamos de reír, de hacernos fotos en cualquier lugar, extraño o no, que encontrábamos. Eso por no contar con la cantidad de bolsas que cargaban los chicos. Habíamos comprado regalos para medio país, a ver cómo lo metíamos todo en la mochila a la vuelta para España.

Cuando llegamos esa tarde a la habitación, tenía un dolor de pies horrible. La excusa perfecta para que Fran me diera un masaje y acabáramos haciendo el amor de nuevo. Por eso aparecimos tarde a la cena, lo que no necesitábamos para la curiosidad de los alcahuetes de mis amigos. No fue fácil desviar el tema, pero Fran tenía arte para eso, acabó consiguiéndolo.

Estábamos tomando unas copas de pie, en la barra, cuando a Jaime casi le da la vuelta la cabeza como a la niña de El exorcista. Resoplé, imaginando que ya había divisado a su siguiente presa, así que a nadie le extrañó cuando, sin decir palabra, desapareció. Todos imaginábamos hacia donde iba.

Pero el alboroto que oímos un rato más tarde, nos llamó la atención. Todos miramos hacia el lugar del que provenía y fuimos directos allí, asustados al ver que era Jaime el causante de la discusión.

—¿Qué pasa? —preguntó Luis cuando llegamos, pero Jaime y la chica no nos hacían caso.

—No puedes hacerme eso —decía la mulata.

—¿Que no puedo hacerte eso? Haré eso y más como no te largues de aquí a la

de tres.

—No es contigo esto, Jaime —decía enfadada.

—Como si lo fuera, lárgate de aquí.

—¿Quién eres? ¿El dueño del hotel?

—No, pero no me importa traerlo. Así que si no quieres que lo llame y llame a la policía, lárgate de aquí.

—¿Cuál es tu problema, Jaime? ¿Te quedaste insatisfecho? —preguntó ella, se cruzó de brazos, altanera, y yo tosí para evitar reír.

—Cállate —dijo él tras mirarnos a nosotros—, que te largues.

—¿Les has dicho a tus amigos que no das la talla?

Oh, señor, se iba a liar gorda. Yo empecé a reírme, no podía evitarlo.

—¿Estás segura que quieres que les cuente? Porque si es así, lo haré. Pero contaré todo.

—No eres capaz.

—Y tanto que lo soy, así que, si no quieres problemas y que yo te denuncie, vete —dijo muy enfadado.

Fran y Luis intentaron calmarlo, pero él no entraba en razón. La quería fuera de su vista.

—Jaime, déjala, no es tu problema. Ignórala y ya —dijo Fran.

—No puedo, va a intentar jugársela a otro. No lo puedo permitir.

—¿Jugársela? —preguntó Kate.

—¿De qué hablas? —preguntó Luis a su vez.

Jaime fue a hablar, pero se calló de repente. Ella sonrió, victoriosa. No sabía qué había pasado, pero tenía que ser algo que avergonzara demasiado a Jaime para que no lo dijera. Él nunca trataría así a nadie, menos a una mujer. Además, era un “No me importa nada”.

Estábamos todos expectantes, la intriga nos reconcomía. Todos imaginábamos que era su ligue de la noche anterior, pero nada más.

—Vamos, Jaime —lo agarré del brazo, la gente empezaba a acercarse—, no vale la pena, sea lo que sea.

—Sí, sí que la vale. Es una ladrona.

—Yo no soy eso —dijo la otra con rabia.

—Estafadora, embustera, como prefieras. Pero lo eres.

—Me estás insultando.

—Sí, y más que lo haría. No se engaña a la gente.

—Yo no te engañé. Tú me invitaste a tu habitación.

—Porque no sabía nada —dijo él con rabia.

—Pero ese es tu problema.

—Ese es mi problema... ¡¿Que ese es mi problema?! —gritó.

—Ya, Jaime, vamos, por favor —insistimos Fran y yo, pero no había manera.

—¿A qué juegas? ¿Robas cuando ya consigues lo que quieres? —siguió mi amigo.

—Fran... —rogué mirándolo. Veía a Jaime mal y me daba miedo lo que pudiera pasar, no quería malos rollos en el viaje.

—Bien que te gustó cuando te tuve en mi boca —dijo la chica con toda la poca vergüenza del mundo.

No sabía si Jaime iba a gritar, a golpear algo o le iba a dar un infarto.

—Cállate, no me hagas hablar —le advirtió de nuevo.

—Ahora cállate, anoche bien que decías “Oh, sí, más” —dijo ella poniendo la voz de orgasmo.

—¡Eso porque no sabía que eras un hombre! —gritó mi amigo muy enfadado.

Todos nos callamos, nos quedamos con la boca abierta. Lo mirábamos a él y la mirábamos a ella. No podía ser, era un hombre. Es decir, tenía pene. Entendía el enfado de Jaime, eso se avisa. No lo tienes que descubrir como sorpresa.

De repente, no pude evitarlo y comencé a reírme a carcajadas. Dios, solo a

Jaime le pasaban esas cosas, eso por andar siempre detrás de un culo y unas tetas. Aunque a la chica no se le notaba nada.

Pero lo del robo seguía sin entenderlo.

—Dame el dinero que me robaste —dijo Jaime aún enfadado.

Vale, en ese momento lo entendí. Le había robado.

La seguridad del hotel llegó y tomaron cartas en el asunto. Consiguieron echarla, pero no que le devolviera el dinero a Jaime, obvio.

Nos llevamos a nuestro amigo a la barra de nuevo y nos pusimos a beber un chupito tras otro, Kate y yo muertas de risa, Fran sin saber qué decir y Luis queriendo saber los detalles.

Al final acabamos todos riendo, borrachos y nos fuimos a la cama al amanecer. Antes de acostarnos, Fran quiso hablar conmigo.

—Carlota, vaya jaleo que ha montado Jaime, ¿verdad?

—Sí, pero es que él solito se busca los problemas, madre mía.

—Es un caso. No tiene remedio. Parece que nunca va a aprender la lección.

—En el fondo me da mucha pena, Fran.

—¿Por qué? Bueno, puedo imaginarlo. Te refieres a que lo ves hecho un loco toda su vida.

—Necesita centrarse. Está continuamente metiéndose en problemas.

Nos miramos a los ojos. Las estrellas volvían a temblar en el cielo. El rumor de las olas sumía nuestro encuentro en la terraza en una especie de sueño merecido. Y hablo de sueño merecido porque yo había luchado mucho a lo largo de mi vida para lograr unos momentos tan especiales como este. Pero había algo en la mirada de Fran que me inquietaba, que me desasosegaba.

—Fran, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro, pregúntame lo que quieras.

Tuve la tentación de preguntarle por Lina y Susan, aquellos dos nombres que me iban rondando la cabeza y que, al pronunciarlos Kate, Luis y él se estremecieron. Pero no era el momento de mostrar mis celos. No podía permitirme el lujo de que viera que yo quería vigilarlo, flanquearlo como si fuera un guardaespaldas.

—¿Eres feliz, Fran?

—¿Por qué me preguntas eso ahora mismo? Siempre he notado en ti algo que te diferenciaba de otros hombres a los que conocí y cuyas relaciones resultaron más que frustrantes.

—No me gusta hablar de la felicidad. No me gustan esas palabras tan ambiguas.

—¿Por qué dices que la felicidad es una palabra ambigua?

—Porque parece que tengamos la obligación de ser felices. Y yo creo que cualquier día en el mundo es una oportunidad. Estos momentos a tu lado ya no se van a repetir jamás. Estos momentos, aquí, en este paraíso desaparecerán como desaparece el fulgor de las estrellas.

Yo me quería morir. De nuevo aquellas palabras, su poesía, me estaba excitando. Sentía que me elevaba frente a la oscuridad del universo. Las olas morían en la orilla.

Voces y ecos de canciones inundaban aquel silencio que inundaba todo, un silencio sagrado porque era sencillamente puro. Nos volvimos a mirar y yo le dije con la misma voz tierna y sensible.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué? Me sorprende esa respuesta, Carlota.

—Gracias por estos días. Yo no soy nadie, Fran. Yo soy una peluquera. Pero mi padre también me dijo más de una vez algo parecido a lo que me has dicho tú. Me dijo que cada día en la tierra es un último día.

—¿Te da miedo pensar eso?

—No lo sé. Pero es una extraña sensación la que me embarga al pensar eso. El hecho de estar a tu lado hace que esos momentos sean verdaderamente maravillosos.

—Carlota, me gusta escuchar eso de tus labios. Siento que eres una mujer a la que tenía que haber conocido mucho antes. No te infravalores. Eres una persona que se ha esforzado mucho por tener lo que tiene. Mírame a mí. Yo trabajo con mi padre. No he conseguido nada por mis propios méritos.

—Me ofende eso. Eres un músico excepcional y sé que algún día lograrás llenar estadios de fútbol. Ya lo verás.

—Y tú también lo verás.

No dije nada. Nos besamos de nuevo lentamente. Nuestras salivas se mezclaron y presentí que sus manos como una nueva tentación irreprimible comenzarían a elevarme al séptimo cielo como lo estaba haciendo aquella serenata de luces y estrellas temblorosas.

Fulgores de astros y soles se pagaban en el firmamento mientras nosotros nos besábamos.

Éramos especiales. Éramos profundos. Nos teníamos el uno al otro. Era lo que había soñado muchas veces, demasiadas. Éramos Superman y Louis Lane. Solo faltaba que Fran se propusiera volar y que yo lo acompañara en ese viaje hacia Metrópoli como en la película, como en esa secuencia que se quedó grabada en mi retina.

Tenía ganas de desaparecer y olvidarme de mí misma. Y Fran con aquel beso lo estaba consiguiendo. Nos separamos por un instante y yo me quedé vacía.

Lo necesitaba. Entonces, sus labios se entreabrieron para pronunciar una palabra que él odiaba.

—¿Follamos?

CAPÍTULO 17



Y sí. Hicimos el amor, y volvió a ser apoteósico. No me daba tiempo a respirar. Sus manos se hundieron en mi pelo. Temblaban. Luchaban contra mi fragilidad y era hermoso comprobar cómo Fran era capaz de amarme con un arrojo y un vigor extraordinarios, siendo al mismo tiempo lo suficientemente sutil con cada parte de mi cuerpo.

No conté las horas. No hubo sombras que poblaran nuestros pensamientos. Éramos libres y el ansia de tenerlo me hacía más poderosa, hacía que la tentación fuese cada vez más impetuosa.

Yo era el mar, en definitiva, un sueño en su cabeza y él era esa música que componía con todos sus sentimientos.

No hay palabras para describir ese clímax, para explicar que estábamos cerca y

lejos, que nuestros cuerpos separaban nuestras almas y que nuestros espíritus, poseídos por una fuerza superior, aguardaban el fuego, el fuego que desprendían nuestros cuerpos, el sudor frío, un aliento dorado que poblaba nuestros labios.

Era el aire con el que respirábamos, con el que nos manteníamos con vida porque el aire de ahí afuera no nos importaba en absoluto.

Acabamos rendidos.

Tenía sed y me levanté. Aún faltaba mucho para que amaneciera, pero una misteriosa línea de luz se había posado sobre las aguas, sobre la ciudad, una franja luminosa que provenía de esas estrellas que se reflejaban sobre la faz de la tierra. Era hermoso sentir eso.

Bebía agua afanosamente. Todavía me temblaban las piernas. Noté que se acercaba. Fran se acercó por detrás y me cogió por la cintura. Estábamos desnudos como dos animales salvajes. Éramos dos seres especiales. Fran me lo había susurrado más de una vez al oído mientras yo gemía de placer.

También me había susurrado la letra de alguna canción, un estribillo, una pieza como ese “Esperarte”, que había empezado a componer en La Habana mientras yo dormía profundamente tras el incidente de la piscina.



*“Esperarte,
quererte despacio
para que mi vida no siga avanzando,
para que tal vez el Universo
se detenga y todo sea más fácil,
lleno de tu luz.”*



Aún lo recuerdo como si fuera ayer. Esas palabras me atravesaban el corazón mientras él me devoraba lentamente, consumiendo mis energías, mientras la oscuridad húmeda y latente trepaba sobre nuestros cuerpos.

Dejé que bebiera agua de mi vaso. Y luego volvió a besarme despacio en el cuello. Mirábamos al horizonte. Una estrella fugaz apareció nuevamente frente a nosotros y entonces me acordé de Kate, de la buena de Kate.

Nos manteníamos allí, de pie. Estábamos flotando. Sé que estábamos flotando y que no había otra posibilidad que soñar despiertos, que permanecer, así como si hubiésemos admitido que la eternidad se parecía a ese instante, que, según él, ya no volvería a repetirse.

—¿No se va a repetir, Fran?

—¿Qué no se va a repetir? —preguntó con un tono misterioso.

—Este momento. No lo volveremos a sentir.

—Se repetirá, Carlota, pero no será el mismo y eso me apasiona. Y eso es lo que me hace feliz. Que cada segundo es diferente y lleno de imprevistos.

Me volví y lo miré a los ojos.

—Fran, ¿puedo pedirte una cosa?

—Dime, ¿qué necesitas? —respondió con naturalidad, esbozando una sonrisa que recordaba a esas sonrisas inolvidables de los actores de una película.

—No quiero quedarme sola.

—¿A qué viene eso ahora? Tienes cada frase, Carlota —intervino con cierto tono de burla.

—No te rías de mí, por favor. Hablo en serio.

—Nunca vas a estar sola. Una mujer como tú, una persona como tú, no puede estar sola jamás.

—No me has entendido.

Lo volví a mirar y sonreí tímidamente. Un rubor rojizo salpicaba mis mejillas. Una suave brisa me estremeció. Sentí un escalofrío por mi cuerpo.

—No tienes que preocuparte de esas cosas. Serás feliz y nunca vas a estar sola, ¿me oyes?

—No sabes a lo que me refiero, músico —dije yo con aire infantil e intentando quitarle hierro al asunto.

—Entonces, dime a qué te refieres.

—Me refiero a que no quiero estar sola de ti. ¿Lo entiendes? Sola de ti.

—Es precioso lo que acabas de decirme. Vale para el título de una canción. Sola de ti.

—No seas estúpido. Vuelves a reírte de mí.

Hice el ademán de escapar de él, pero Fran no me lo permitió. Me abrazó y volvió a susurrarme palabras hermosas.

—No puedo prometerte nada. No sé qué futuro nos espera. Pero ahora estás conmigo y no estás sola. Disfrutemos. Simplemente disfrutemos, Carlota.

Aquellas frases me aliviaron. Y de nuevo nos besamos y las primeras luces del amanecer comenzaban a reflejarse en el mar. El cielo azul regresaba a nuestra mirada.

Volvimos a acostarnos y cerramos los ojos. No madrugamos. Dormimos abrazados y no soñé con nada y, si soñé con algo, no lo recuerdo. Cuando no recuerdas los sueños, dicen que han sido sueños hermosos.

Nos vestimos después de ducharnos juntos. Habíamos quedado con los chicos que nos estarían esperando en el comedor del hotel.

Así nos lo hicieron saber con sus mensajes.

En efecto, estaban allí. Como siempre, faltaba Jaime. Kate y Luis lucían un bronceado estupendo. Estaban especialmente guapos. Los veía diferentes y era lógico. Mi forma de mirar las cosas había cambiado. Kate se levantó y buscó un poco de intimidad para que le contara alguna intimidad.

—Creo que estoy soñando —dije yo como si por mi boca hablara una quinceañera.

—Estás de broma, ¿verdad? Baja ya de las nubes, hija.

—No, no estoy bromeando, Kate. No quiero hacerme de ilusiones.

—Por lo que veo en el brillo de tu cara, en la cama funciona muy bien.

—No seas grosera. Me da vergüenza hablar de eso.

—No me lo puedo creer. Pero si tú eres la lanzada del grupo, Carlota.

—Es hablar de Fran y me freno. Me quedo parada. Es mirarlo y todo mi mal humor desaparece de repente.

—Yo sé cómo se llama eso, amiga —dijo Kate con una leve sonrisa en sus labios.

Los cuatro nos sentamos juntos en una mesa y dejamos un sitio para Jaime. ¿Dónde diablo se había metido?

De repente, lo vimos aparecer. Venía sudando y nervioso, con los faldones de su camisa por fuera de los pantalones.

Algunos turistas que desayunaban cerca de nosotros se dieron cuenta de que nuestro amigo no tenía muy buen aspecto.

Se acercó y se sentó. Hundió el rostro en sus manos.

—Pero, ¿qué te pasa ahora? —preguntó Luis preocupado—. ¿No habrás montado un drama por lo que te ha pasado con ese transexual?

—No, no es eso. Es algo peor —contestó con voz temblorosa.

—¿Qué demonios has hecho esta vez? No ganamos para sustos, maldita sea —la voz de Fran sonó autoritaria. Parecía un padre regañando a su hijo.

—No puedo hablar. Necesito agua y unos ansiolíticos. Me va a dar un infarto —repuso Jaime sin dejar de sudar y con los ojos fuera de sus órbitas.

—Si no nos dices qué te pasa, no podemos hacer nada, maldita sea — intervino Kate frunciendo el ceño.

Yo permanecía en silencio. Yo estaba sumida en mi sueño al lado de Fran, quien hacía manitas conmigo por debajo de la mesa.

—Habla de una puta vez —susurró Luis con cara de pocos amigos.

—Está bien. Lo soltaré. Allá va la bomba. Me ha llamado Susan.

De repente, Fran y Luis se quedaron paralizados. Yo dejé de hacer manitas y miré a los chicos con expectación. Kate dejó de masticar la fruta y se limpió los labios con su servilleta, esperando una respuesta.

—Sí, no os quedéis así. Ha llamado Susan y dice que Lina está embarazada dos mellizas. Y el padre es uno de nosotros.

En aquel momento, casi me da un infarto. Al final, el tópico de que todos los hombres son unos capullos iba a ser verdad. Yo me quedé pálida. Kate vomitó el bocado de fruta sobre el plato. Luis comenzó a toser como si el café se le hubiese atragantado.

—Estás de broma, ¿verdad? —preguntó Fran lívido y con perlas de sudor sobre su frente.

—No estoy de broma. Lina va a tener dos hijas y ya han pensado en los nombres y todo.

Kate y yo asistíamos sobrecogidas. Mi amiga se había recuperado por unos momentos. Yo le había servido agua y ahora trataba de recuperar el sentido de aquella conversación.

—¿Te quedas tranquilo? Vienes, sueltas la bomba y... —dijo Luis muy enfadado.

—¿Te parece que yo estoy tranquilo? —respondió Jaime a la defensiva.

—Pero, ¿cuánto tiempo hace que no vemos a esas chicas? —preguntó Fran.

—Nueve meses —contestó Luis serio.

Kate se levantó completamente turbada. Yo sentía arcada. Todo el horizonte de ensueño que había trazado en mis pensamientos se había borrado de repente.

—Sois unos cabrones, unos estúpidos y unos canallas —intervine yo sin contar hasta diez.

—No te equivoques, Carlota. Esas chicas están locas. Seguro que es mentira todo lo que dicen. Se lo han inventado.

—No sé si se lo han inventado. Por cierto, a las mellizas, Lina les va a poner Brenda y Lucia. Para que lo vayamos asimilando... —dijo Jaime con su habitual sentido del humor.

—No doy crédito a lo que estoy escuchando —dijo Fran encogiéndose de hombros.

—No sé cómo me has podido hacer una cosa así, Luis. ¡¡Te odio!! ¡¡Maldigo el día en que te conocí!! —gritó Kate en medio del comedor.

—No puedes irte. Te necesito. Eres todo lo que tengo, por favor. Yo no hice nada con esas muchachas —dijo Luis con la voz rota.

—No te voy a perdonar jamás, Fran, lo que has hecho. Eres como todos los hombres que he conocido. ¡¡No te acerques a mí!! —manifesté yo con rabia y dolor.

Estábamos dando un auténtico espectáculo en aquel lugar. Las miradas de muchos turistas y del personal de servicio nos acorralaban.

—Vámonos de aquí. No tenemos que hacer nada con esta basura —dije yo con determinación agarrando a Kate del brazo.

—Eres un idiota, Jaime. ¿Cómo sueltas delante de ellas esa noticia? Has jodido nuestro viaje por completo —dijo Fran.

—Oye, a mí no me eches la culpa. Vosotros me habéis pedido que os dijera qué me estaba pasando.

Fran intentó agarrarme por el brazo, pero yo rehuí. Lo miré con desengaño, con frialdad. Me había decepcionado. Le había dado mi cariño. Había sido generosa con él y pensaba que había un futuro para nosotros dos.

Pero no era así. En España, nos esperaban dos mujeres dolidas y resentidas, como lo estábamos ahora Kate y yo. Una de ellas, además, esperaba dos hijas de uno de nuestros amigos, o mejor dicho, de los que creíamos que eran nuestros amigos.

Kate estaba hundida. Me metí con ella en su habitación.

—Respira. Ha sido una decepción muy grande —dije yo intentando que mi amiga dejara de llorar amargamente.

—No me lo puedo creer. Pensaba que Luis era el hombre de mi vida —los sollozos y las palabras de Kate me llegaban al corazón.

—Imagínate cómo me siento yo también. Pensaba que Fran y yo teníamos un futuro y ahora me encuentro con esta sorpresa. No sé qué hacer. No puedo pensar con claridad.

—Yo era feliz a su lado, Carlota. Luis y yo habíamos escrito una historia muy bonita juntos.

—Lo sé, Kate. Pero no nos podemos hundir ahora. No podemos dejar que esa noticia nos deprima. Tenemos que seguir adelante.

Yo intentaba animar a Kate. Pero yo también sentía que me hundía por momentos. Toda mi felicidad se había roto en mil pedazos como quien arroja un espejo contra el suelo. ¿Qué iba a ser de nosotras? ¿Qué iba a ser de mí?

CAPÍTULO 18



No tardaron en llegar. Fran, Luis y Jaime estaban en la puerta de la habitación. Se notaba que estaban alterados. Se podía escuchar el jaleo al otro lado de la pared. No sabía si debía abrir la puerta. Kate no estaba para tomar decisiones en ese momento. Pero me dejé guiar por mi instinto y abrí.

Fran, Luis y Jaime entraron en trompa, como si la habitación fuese el camarote de la película de Los Hermanos Marx. Noté más que preocupación en los ojos de los muchachos. Estaban horrorizados.

Luis se vino abajo cuando vio a Kate llorando contra la pared, sentada sobre la cama. Intentaba desahogarse. Yo estaba aguantando el tipo. No me reconocía. Creo que la vida me había hecho fuerte y ahora sentía que debía ayudar a mi amiga sobre todo en esos momentos tan difíciles para nosotras dos.

Luis se acercó a Kate y se puso en cuclillas, a la altura de sus ojos.

—No he hecho nada con esas chicas. No he hecho nada, te lo prometo. Por favor, debes creerme —suplicó con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo puedo creerte? Dime cómo. ¿Por qué nunca me has hablado de esas muchachas? ¿Por qué? —repuso Kate entre sollozos.

—Lo siento, de verdad. No le di importancia. Yo no me acosté con ellas. Solo tonteamos una noche que salimos los tres a ver un partido de fútbol en un pub. Te juró que no pasó nada.

Nunca había visto a Luis en esa situación. Nunca lo había visto tan destrozado. Sus palabras sonaban verdaderas. Había certeza en lo que decía. Kate lo miró por unos instantes y de nuevo volvió a llorar. Él intentó abrazarla, pero ella no se dejó. En ese preciso instante, intervino Jaime con decisión.

—Debes creerle, Kate. Él no hizo nada. Luis te quiere y nunca haría algo así. Hubo risas y piropos entre ellos, pero no hizo nada. Si alguna vez me has considerado tu amigo, has de confiar en lo que te digo —la voz de Jaime era también la voz de la sinceridad.

—Hazle caso. Luis siempre tiene tu nombre en su boca. No has de sentirte traicionada —intervino Fran con voluntad de solucionar aquel problema emocional.

—No sé si creeros. Luis, ¿por qué no me dijiste nada? —preguntó ella con la voz entrecortada.

—Porque no quería que pasara esto. Que te vinieras abajo. Que te hundieras. Que me dejaras para siempre. Fui un tonto al coquetear con esas muchachas.

Sentí alivio al saber que Luis y Kate estaban a punto de solucionarlo, pero ¿qué iba a ser de mí? Yo estaba en una situación más difícil, porque, si Luis no había sido el que se había acostado con Lina, no quedaban más que dos opciones.

Él tuvo que intuir que yo estaba confusa, entre triste y airada. Jaime se echó

atrás un momento, cabizbajo. Se tiró en el diván como si fuese un títere al que le han cortado los hilos.

Salí de la habitación, dejé a los cuatro allí, no dije ni media palabra, tenía rabia, estaba claro que Jaime o Fran era el padre de esas criaturas que iban a nacer ¡Vaya marrón! No quería ni pensarlo, pero no se me quitaba de la cabeza.

Me fui a la terraza del bar del hotel, que estaba en la playa. Me senté en uno de esos sofás tipo balinés y me pedí un cóctel. Las lágrimas no dejaban de cesar, ahora que mi vida tomaba un rumbo sucedía esto ¡Quería morirme!

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Fran acercándose por detrás de mí.

Asentí con la cabeza, se sentó a mi lado, yo estaba en lo alto del sofá, descalza, con las piernas cruzadas y la mirada ida.

Llamó al camarero y se pidió una cerveza, hubo unos minutos de silencio.

—Carlota, lo siento...

¿Lo sentía? ¿Y? yo no quería ni responder.

—Estoy un 90% seguro que no son mías, usé medios y no se rompió en ningún momento... —dije mientras más rabia sentía.

—¿Y el otro 10%? —pregunté con rabia.

—Si hubo un error que desconocía, seré responsable de mis actos, no estaré con ella, pues no es lo que quiero en mi vida, pero si daré la cara si son mis hijas, no voy a permitir que crezcan sin el amor de su padre, nadie tiene derecho a eso... —se sinceró.

Cada vez tenía el corazón más encogido, no podía dejar de llorar, su mano sobre mi rodilla intentaba darme un poco de consuelo, cuando debería ser yo quien estuviera animándolo, pero no podía, mi mundo se había desmoronado en un instante.

—Carlota, sé que ya no me mirarás de igual manera, pero no quiero perder tu amistad... —dijo tristemente.

Yo seguía en silencio, ahora lo que me faltaba, que viniese a hablarme de amistad, cuando había puesto mi mundo patas arribas, cuando ya era el centro de mi corazón, cuando ya no sabía vivir sin él...

Lloré desconsoladamente, él me tiró a su pecho, besó mi cabello y dejó su rostro pegado al mío mientras me abrazaba, yo no le correspondía era un muñeco, no podía ni moverme, estaba tan destrozada que estaba ida, era incapaz de reaccionar, sabía que, a partir de ahora... nada sería igual.

—Lo siento, te lo juro, Carlota, lo siento, no te mereces estar así por mí, lo siento... —decía sin dejar de abrazarme, lo decía de corazón, pero yo era incapaz de articular palabra.

Nos quedamos unas dos horas allí, bebíamos, escuchábamos música, me acariciaba la rodilla, me daba algún que otro beso en la mejilla, pero yo no reaccionaba, seguía ida, seguía en mi mundo, sin gesticular una sola palabra, hundida en el dolor más profundo que jamás había sentido. ¿Y ahora qué? Esa pregunta destrozaba mi cabeza.

—¿Nos vamos a dormir, Carlota?

Asentí con la cabeza, me levanté y comencé a caminar hacia la habitación, Jaime estaba en el pasillo hablando por teléfono, nos saludó con la mano y entramos Fran y yo a la habitación, me cambié de ropa y me metí directa en la cama, él lo hizo un

poco después, se pegó a mí y dejó su cara pegada sobre mi cuello, yo cerré los ojos, tardé una eternidad en dormir, pero lo conseguí.

Por la mañana Kate llamó a la puerta, salí al pasillo a fumar un cigarro con ella.

—¿Cómo estás? —Le pregunté dándole un beso en la mejilla.

—Yo bien, creo a Luis, se ha sincerado conmigo — dijo apenada.

—Claro, haces bien.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Yo mal, sinceramente mal, no puedo verlo ya de la misma manera, estoy destrozada, tengo miedo, mil sensaciones extrañas...

—Pero Carlota, no tiene nada con ella, en caso que desafortunadamente sea el padre, eso no le implica no poder tener una relación contigo...

—Da igual, ahora mismo no quiero hablar de ellos, me hundo —dije mientras rompía a llorar y ella me abrazaba.

En ese momento, abrió la puerta Fran, nos vio abrazadas y a mí llorando desconsoladamente, se acercó a nosotras y nos besó la coronilla abrazándonos. Así era él, cariñoso y con gestos increíbles, pero ahora, yo estaba rota, sin consuelo y con mucho miedo a enfrentarme a nada.

Entramos a cambiarnos para irnos a desayunar, Fran avisó a Jaime llamando a su puerta, un rato después estábamos en la playa tomando un café con una variedad de

cosas que me revolvían el estómago, estaba tan mal que era incapaz de comer.

—¡Qué marronazo! —dijo Jaime con desespero.

—La verdad es que sí —intervino Luis.

—Bueno, cuando volvamos del viaje, ya habrán nacido y podréis pedir las pruebas de paternidad... —dijo Kate.

—Lo que voy a pedir va a ser una pistola para pegarme dos tiros — respondió Jaime desesperado, negaba con rabia con la cabeza.

—Creo que ahora no podemos hacer nada, lo mejor será centrarnos en el viaje —dijo Luis, para mi asombro, cualquiera se le quitaba de la cabeza eso.

Para centrarme estaba yo....

Pasamos el día en un chiringuito de la playa, tirados en esas hamacas balinesas, bebiendo cervezas, bañándonos, yo no hablaba, era incapaz aún, no me apetecía, Fran estaba en todo momento atento a mí, pero yo no podía corresponderle.

Allí mismo comimos, bueno, yo seguía sin poder apenas comer nada, solo bebía y observaba todo lo que sucedía a nuestro alrededor, Fran estaba atento a mí, pero no interrumpía mi silencio, se limitaba a respetarlo.

—Yo voy a decir una cosa, que sea lo que Dios quiera, pero paso de amargarme mis vacaciones —dijo Jaime de forma espontánea, para incredulidad mía—. Aquí os dejo a los cuatro me voy a dar una vuelta.

Así fue, se fue sin más, a olvidar ese momento que se le había venido encima, yo me quede todo el día ahí, nos cayó el atardecer, terminamos cenando en el mismo

lugar, en el mismo sitio con el mismo paisaje acuático.

Subimos a la habitación y volvimos a quedarnos dormidos, él, abrazado a mí, en silencio, sin ningún aliciente para buscar esos momentos íntimos de los que habíamos disfrutado días atrás...

CAPÍTULO 19



No estaba feliz. La felicidad no era eso, no era por lo que yo estaba travesando ahora mismo. Aquella palabra que no le gustaba nada a Fran, porque era demasiado ambigua, resonaba una y otra vez en mi cabeza.

No lo había conseguido tener a mi lado para siempre. Ahora sentía que lo estaba perdiendo, que lo tenía lejos, que no podría alcanzar esos momentos de plenitud que había tenido con él pocos días antes.

¿Cómo es la vida? En unos minutos, todo cambia a nuestro alrededor de una forma imprevista.

A la mañana siguiente, todavía movidos por el recelo y la desconfianza, nos dirigimos a la ciudad. Jaime había vuelto a desaparecer de nuestro lado, algo que no era bueno para nosotros, pues eso significaba que tarde o temprano seguro que aparecía con malas noticias.

Alquilamos un coche para recorrer parte de Río. Yo me senté atrás con Fran, al que miraba a Fran con temor y con cautela, porque no sabía verdaderamente quién era. O sí lo sabía y no quería reconocer que, hasta que nos acostamos juntos, él había llevado también una vida sentimental como lleva cualquier joven a su edad. Seguramente, no había sido nada serio, pero me resultaba tan difícil aceptar lo de esa tal Lina y su embarazo que no lo miraba de la misma forma que había hecho antes.

Me daba cuenta de que tenía que ser realista y ser consciente de que tenía que enfrentarme a los problemas. Fran me había ocultado un secreto y debía aceptar quizá que él no era un superhéroe como esos que yo había fabricado en mi cabeza, sino un hombre de carne y hueso, lleno de pasión, de emociones y que se volcaba con la música. Y eso era admirable, y eso eran motivos suficientes para enamorarse de una persona como Fran.

No podía seguir teniendo esa mente de niña de colegio de Primaria. Debía madurar y percatarme de que habíamos crecido, que ya no había nada en nosotros que reprocharnos. De forma inconsciente, habíamos cumplido años y cada uno había ido desarrollando un papel en la vida, pese a pertenecer a un grupo de amigos inseparables.

Pero estaba claro que yo no podía exigir de Fran una relación o un noviazgo como esos que se ven en algunas telenovelas, lleno de inocencia y de bondad. No éramos unos niños.

Cada uno de nosotros había intentado buscar pareja a su modo y allí estábamos los cuatro, después de los años, queriendo que la vida no hubiese pasado por nosotros. Pero la vida había pasado por nosotros y más rápido de lo que yo podía haber imaginado nunca. Y Fran seguramente había conocido a otras chicas al igual que yo había conocido a otros nombres, y yo debía aceptarlo, ser sincera conmigo misma.

Fran era un hombre con sus necesidades y con ganas de conocer a otras chicas que no fuese yo, su eterna amiga.

Menos mal que Luis y Kate parecían haber solucionado el problema. Por un momento, temí que los dos rompieran por aquellas dos chicas. Habría sido un desastre.

Visitamos algunas zonas turísticas de Río de Janeiro como el Palacio Imperial y algunas iglesias y conventos. Me sorprendía esa influencia colonial en aquel paraíso y cómo esa arquitectura europea se había mezclado con la cultura y las tradiciones de sus habitantes autóctonos. Y era hermoso contemplar esa combinación entre ciudad colonial y playas paradisiacas. Lo que me sobrecogía era el Cristo del Corcovado, quien gobernaba todo aquel lugar desde las alturas, una efigie que apuntaba hacia el cielo con los dos brazos abiertos en cruz, mirando hacia el infinito océano.

Las visitas no estuvieron marcadas por la alegría o las risas. Fran intentó hablarme varias veces y yo respondía con monosílabos. Algo raro me pasaba. No tenía ganas de fingir que estaba extasiada con cada cosa que decía. Necesitaba tiempo para asimilar todo lo que me había pasado en tan poco tiempo, para bien y para mal.

Paramos a comer cerca del majestuoso Palacio Catete. Era un pequeño restaurante de típica comida brasileña. Kate, que era valiente y atrevida a la hora de tomar decisiones, pidió varios platos y también el camarero nos orientó para probar bocados exquisitos, regados con licores y salsas dulces.

El marisco, la fruta y el arroz eran excepcionales. Durante la comida, estuvimos hablando sobre Jaime y sus locuras. Luis evitó hablar de Susan y de Lina. Yo me di cuenta de que Fran no estaba cómodo con aquella conversación. De vez en cuando se acercaba para darme un beso en mi cabeza o en la mejilla. Yo no respondía.

Y no porque no quisiera besarlo, sino porque estaba dubitativa, porque necesitaba aceptar que Fran era un hombre con sus debilidades, con sus necesidades,

como cualquier otro hombre. Intentaba calmarme, pensar con serenidad, entender que había sido muy valiente al sincerarse conmigo.

Después de comer, decidimos ir a la playa del Arpoador. Nos apetecía darnos un baño y tomar el sol. Para eso habíamos elegido estos destinos. Me quité mi vestido nada más pisar la arena y un bikini rojo, espléndido, que dejaba ver la belleza de mi cuerpo, fue la admiración de Kate.

—Pero, ¿dónde te lo has comprado? Es precioso, Carlota.

—Pues, lo compré en una tienda online. Una de mis empleadas me recomendó la página y había cosas preciosas.

—¿El modelito de leopardo también estaba expuesto en el catálogo?

—No seas tonta, Kate. Aquello fue herencia de mi abuela —dije yo bromeando.

—No sabía yo que tenías una abuela tan atrevida y provocativa —repuso ella siguiendo el juego.

Pude notar que Fran tenía sus ojos puestos en mi cuerpo. Me recordaba a aquella primera vez que me vio desnuda en el hotel de La Habana, cuando su mirada se retuvo un instante en cada curva de mi geografía, un instante que nos pareció eterno.

Luis ya se había quitado la camiseta y se fue corriendo hacia el agua. Parecía un corredor de atletismo. A Kate le brillaban los ojos cuando lo vio entrar en el agua y darse un chapuzón. Nos saludó efusivamente antes de que las olas lo cubrieran por completo. Fran quería estar a mi lado, pero yo le dije que se fuera con Luis a hablar de sus cosas o a jugar al frisbi.

Luis seguía saludando como un niño pequeño. De repente, un balonazo

impactó en toda su cara y lo dejó inconsciente. Todos nos alarmamos porque las narices de Luis empezaron a chorrear sangre y se quedó inconsciente en el agua.

Fran se lanzó rápidamente a ayudarlo. Los chavales que le habían dado el balonazo salieron corriendo para evitar dar explicaciones. Había sido un accidente, pero Luis estaba con el rostro hundido en la corriente. No podía respirar. Se estaba ahogando. Las olas embestían contra su cuerpo que, inmóvil, flotaba todavía como un trozo de madera.

No tardó Fran en llegar al agua y rescatarlo. Luis estaba pálido. Salió cojeando, tosía, le faltaba el aire. Su amigo lo acostó en la arena y un círculo de curiosos se formó enseguida. No volvía en sí. Le costaba respirar. Fran se dispuso a hacerle el boca a boca, pero, de repente, llegó el vigilante de la playa.

Todos esperábamos a una de esas chicas con melena rubia de las series americanas, pero no fue así.

Un mulato de dos metros se acercó a él y con unos labios que parecían dos ventosas succionó la boca de Luis. Kate estaba llorando en mi regazo. Aquel mulato casi asfixia a nuestro amigo con sus dotes de chupóptero.

Luis despertó enseguida y se pegó un susto de muerte cuando abrió los ojos y, en vez de encontrarse a Pamela Anderson, se encontró a aquel gigante con una boca que volvió a pegarse a la suya como si fuese un desatascador.

Los ojos de Luis se salían de sus órbitas.

—Para ya, gracias. Creo que está bien —dijo Fran entre risas.

—Pero, ¿qué cojones pasa aquí? —gritó Luis apartando al vigilante de un empujón.

El muchacho se marchó con un enfado monumental y las lágrimas de Kate se convirtieron en risas y carcajadas. Yo no sabía cómo reaccionar. Finalmente, también reí con ellos.

—Vaya dos besos que te ha dado el mulato, Luis —dijo Fran.

—Sí, pensaba que iba a venir Pamela Anderson y me aparece el morenazo —intervino Luis escupiéndolo en la arena.

—Era guapo —dije yo con sorna.

—Me voy a callar, porque si se me calienta la boca, no sé de lo que soy capaz —contestó él con enfado.

—Yo creo que te han gustado los besos —intervine yo mofándome.

—Pero, ¿estás loca? A mí me gustan las mujeres.

—Pues no lo parece —dijo Kate señalando el bañador de su novio.

Un ligero bulto sobresalía de la tela de aquel bañador que hizo que Luis se sonrojara y se fuera de nuevo al agua, solo. Fran, sin dejar de reír, lo acompañó para sortear algunas olas.

—Menudo susto me ha dado, Carlota.

—Yo pensaba que se ahogaba. Temí por su vida un momento. Menos mal que todo ha quedado en una anécdota —dije yo con complicidad.

Nos volvimos a tumbar en la hamaca. El sol apretaba, aunque ya estuviese

atardeciendo, así que, sin decirle nada a Kate, me dirigí a un chiringuito que estaba a unos pocos metros de las hamacas.

Mi cuerpo y mi bikini impresionaban. No me di cuenta de que un par de jóvenes se fijaron en mí rápidamente y se pusieron a hablar conmigo.

—Hola, guapa. ¿qué haces tan sola? —dijo el más alto.

—Nada. Vengo a refrescarme —dije yo como si nada.

—Eso, que ese cuerpo no pase frío ni calor. Aunque el calor te sienta muy bien —dijo el otro, que parecía más joven.

Qué casualidad que fuera a encontrarme con dos españoles en aquella playa. Eran simpáticos y me apetecía sentirme observada. Kate me vigilaba desde la distancia. No me gustaba el gesto de su cara. Estaba seria. Pude ver que Fran dejaba de sortear las olas junto a Luis. Se puso a observarme atentamente, como si temiera por mi seguridad.

—¿Sois de Madrid? Hemos tenido que venir a Río de Janeiro a conocernos —dije yo como una tontina.

—Por alguien como tú, voy a la Antártida si hace falta —dijo el primero que habló.

—No seas exagerado. Tampoco soy gran cosa.

—Eres un monumento. Tenían que quitar al Cristo del Corcovado y ponerte a ti. Madre mía, qué curvas.

En otro contexto, me habría levantado y me habría ido, o les habría hinchado a

porrazos con mis zapatos, pero esta vez, me quedé allí, siendo el objeto del deseo, haciendo que aquellos chicos no dejaran de halagarme mientras no paraban de invitarme a ron y a toda clase de licores dulces.

Me los bebía como si fuesen vasos de agua. Qué bien entraban y luego vinieron los cócteles. Y yo me sentía diferente. Y aquellos chicos me cogían por la cintura para hacerse selfies. Lo estaba disfrutando. Notaba el sudor de sus cuerpos en mi piel y seguía bebiendo. ¿Por qué? ¿Por qué hacía eso? No sé muy bien por qué. Porque necesitaba olvidar. Porque aún me dolía lo que me había ocultado Fran. Porque quería darle celos a aquel chico que tanto me gustaba. Porque sencillamente a veces me comporto como una idiota y no hay quien me aguante.

Kate no lo soportó más y vino a rescatarme. Mi cabeza me daba vueltas. Los chicos protestaron. Luis se acercó para poner paz y los jóvenes entendieron la situación. Volví a las hamacas y Fran no estaba.

—¿Dónde se ha ido mi novio? —dije con hipo, tropezando con las palabras y lejos de la realidad.

—Eres idiota, Carlota. Se ha ido. Se ha ido al coche. Estaba hecho polvo. Se ha quedado como una estatua de mármol cuando te ha visto ligar con esos chicos.

—Yo no estaba haciendo nada. Tenía sed y esos madrileños fueron muy amables en invitarme a unas copas —volví a decir yo con voz de borracha.

Eché la cabeza hacia atrás de la hamaca y me quedé dormida. El alcohol estaba haciendo sus efectos y no era consciente de lo que me había dicho Kate.

Fran se había marchado. No quería verme en aquella situación, lejos de él, tonteando con otros chicos.

Me fui a la habitación a dormir, pero no podía, saber que Fran estaba metido en el coche, me ponía de mal cuerpo, así que a las cuatro de la mañana y viendo que no conseguía conciliar el sueño, me fui al aparcamiento del hotel y me asomé donde estaba, mirando al techo, en el asiento del conductor, con los ojos abiertos, se asustó al verme, se puso la mano en el pecho, le pedí que abriera el coche y me monté en el asiento de al lado.

—Sube a la habitación —dije mientras le cogía la mano, el como siempre, educado y muy correcto, acarició mi mano con sus dedos.

—Está bien, vamos, necesitaba estar un rato solo, pero ya estoy bien — dijo mientras me soltaba y salía del coche.

Fuimos en silencio hasta la habitación, al llegar nos sentamos en la cama.

—Fran, siento lo de esta noche —dije avergonzada.

—Tranquila, si lo hiciste es porque en ese momento lo considerabas oportuno.

—No, Fran, eso no son excusas —dije derramando las primeras lágrimas.

—No te debes lamentar, yo lo que quiero es que no te pase nada, por una tontería de esa puedes pasarlo mal, no los conocías de nada y ellos aprovechaban los selfies para tocarte...

En ese momento me di cuenta de que vio todo, me estaba matando esa imprudencia mía, no pude haber sido más carajota.

—Fran, siento haberte hecho pasar un mal momento.

—No pasa nada, pero cuídate siempre, Carlota, cuídate, que vales mucho...
—decía tristemente mientras se clavaban las palabras en mi corazón.

—Lo haré, créeme que lo haré.

—Estamos ahora todos en un momento difícil, al fin y al cabo, lo que nos pase a unos, les duele a los otros, la noticia de Jaime ha puesto todo ese bonito viaje patas arribas, aunque no queramos, la incertidumbre nos va a matar, tengo la sensación de que me he cargado mis sueños y los de muchos en un instante.

—No digas eso, Fran —decía llorando con el corazón encogido.

—Es así, Carlota, pero como decía mi abuela... A lo hecho, pecho. Así que pasará lo que tenga que pasar, pero no quiero complicar la vida de nadie, yo soy el responsable de mis actos y no puedo permitir que más nadie los pague.

—Estamos todos para apoyaros a Jaime y a ti.

—Lo sé, pero también sé, que os hemos causado un daño, sobre todo a ti
—deslizaba sus manos por mis mejillas, secando mis lágrimas, mientras observaba mis labios.

—Fran, pienso apoyarte en todo, estaré para las buenas y para las malas...

—Lo sé, pero ahora debo de ser yo quien arregle mis problemas —decía sin yo entender, sí que lo que estaba intentando decir, es que ahora quería estar solo y que yo no interceptara en su vida.

—Quiero estar contigo...

—Lo sé y estaréis conmigo, no me cabe la menor duda.

—No pluralices, te digo que quiero estar contigo, Fran.

—Lo sé, necesito pensar, necesito aclarar muchos conflictos interiores —dijo mientras se echaba hacia atrás y tiraba sobre su pecho para abrazarme.

—No me eches de tu vida, Fran...

—No lo haré, solo necesito tiempo para resolver, Carlota, solo eso, duerme, necesitamos descansar —dijo cortando aquella conversación que no dejaba claro sus intenciones de volver a estar conmigo como antes lo estaba.

Y me dormí, con el corazón encogido, notando que ya nada iba a ser igual, que todo iba a cambiar el rumbo de lo que había ido aconteciendo.

CAPÍTULO 20



Desperté, Fran estaba mirando al techo con los ojos abiertos, yo estaba dejada caer en su hombro.

—Buenos días, Fran.

—Buenos días, guapa —dijo mientras quitaba mi flequillo de la cara.

—¿Cómo estás?

—Bueno, he dormido poco, no sé, será que me cuesta digerir todo, imagino que será cuestión de tiempo y de ir resolviendo dudas, para poder seguir hacia delante.

Sus sinceras palabras, se me clavaban como puñales, aunque sabía que no lo hacía de forma malintencionada, a mí me dolía cada una de ellas, parecía como si me

estuviese echando de su vida.

—No quiero verte así, Fran —dije mientras me incorporaba para ponerme frente a él, a la altura de su cara, con mi cuerpo pegado al suyo.

—Lo sé, no te preocupes, vamos a desayunar.

—No —dije frenando a que se levantara, me fui directa sus labios y le propiné un beso.

—Carlota...

—No digas nada, por favor, te necesito, Fran —volví a darle otro beso fuerte.

—No quiero hacerte sufrir...

—No me quites de tu vida, así no me lo harás —esta vez me puse justo encima de él y le abracé bien fuerte, sentí su miembro entre mis piernas e hizo que casi jadeara, a pesar del dolor, le deseaba.

—Jamás te echaría de mi vida, no lo dudes, pero ahora necesito encontrarme como ya te he dicho...

—Yo necesito perderme en ti, Fran, perderme contigo —dije mientras agarraba sus mejillas y lo volvía a besar.

—Carlota, ahora no estoy al cien por cien —dijo con cara de tristeza.

En ese momento no le plante un beso, me lo comí a besos, devorando cada rincón de su boca, no iba a permitir que se apagase, que me desplazase, yo quería estar con él, en lo bueno y en lo malo, pero a su lado, no quería ni podía imaginar mi vida

sin él.

—No sé si es buen momento —frenó el beso en el que se había perdido enloquecidamente unos instantes.

Lo ignoré, volví a su boca, no estaba dispuesta a permitir que eso no sucediese, estaba ahí, en la cama con él.

Me quité la camiseta y el sujetador, sentada encima de él, volví a ir a sus labios.

—Tócame, Fran, te necesito.

En esos momentos me giró, me dejó boca arriba y comenzó a mordisquear mi cuello, bajando a mis labios, hasta terminar en mis pechos, mientras que, con la otra mano, me quitaba las bragas, así lo quería ver, entregado a mí, dispuesto a darme todo de él.

Lamió cada parte de mí, llevándome a lo más alto, sin parar, sin dejarme que me moviera, me paraba con una mano y con la otra y sus labios torturaban cada parte de mí.

Cuando entró dentro, empezó a moverse sin dejar de mirarme un solo instante, serio, sudoroso, excitado, llevándome más allá de lo que ningún hombre había conseguido.

Sus movimientos eran perfectos, sincronizados, bajó su cabeza y me mordisqueaba el labio de nuevo, quería sentirme, luego me volvía a mirar, con esa mirada de deseo, de esas que solo un hombre puede echar cuando está sintiendo algo muy grande... en esos momentos yo no dejaba de mirarlo, me mordisqueaba el labio, gemía y casi lloraba de placer, de estar sintiendo que en esos momentos era capaz de tocar el cielo con las manos.

Cuando los dos gritamos de placer, se quedó tirado sobre mí, abrazado, sin salir, besando mi hombro mil veces, luego se separó me miro y me cogió la mano,

fuimos a darnos una ducha, donde hubo caricias, pero de sentimientos, abrazos, miradas, pero todo en silencio, sin hablar, no hacía falta, luego nos vestimos y salimos al encuentro de los chicos que estaban en la terraza de la playa esperándonos para desayunar.

CAPÍTULO 21



Ahí estaba Jaime sentado con una resaca impresionante, hablando con Luis y Kate, que nos recibieron con una gran sonrisa.

—¿Qué tal estás, Fran? —preguntó Jaime.

—Igual de jodido que tú —soltó inesperadamente provocándonos unas risas.

—Vaya marrón tenemos, hermano —respondió Jaime sonriendo forzadamente.

—Pues sí, pero bueno, ya veremos quién seremos los padres o quienes actuaremos como titos... —dijo Fran.

—Yo como tito, yo como tito —se apresuró a decir Luis ante la risa de todos.

—Sí, hijo, tú te salvas —dijo Jaime negando con la cabeza, riendo de todo lo que estaba sucediendo, quizás lo hacía por no romper a llorar.

—Y digo yo una cosa, ¿no es posible que sea toda una mentira de ella para joderos? —preguntó Kate.

—Poder, puede ser, pero de que está a punto de parir dos, es cierto, me lo han corroborado varias fuentes, mi abogado ya está tomando cartas en el asunto —dijo Jaime.

—Bueno, lo mismo es de otros, vete tú a saber si no se acostó con algunos más —dijo Luis.

—Pues la tía dice que tiene muy claro que es de Fran o mío —respondió Jaime.

—Yo tengo claro que mi padre es el mío, pero jamás me enseñaron una prueba que lo confirmara, así que ustedes ir a por la prueba y que gane el mejor —dijo Luis bromeando.

—¡Qué bestia eres! —exclamó Kate mientras se comía la tostada.

—Aquí sea por uno u otro lado, estaremos cambiando pañales los días que nos toquen las niñas ¡Qué marrón! —se quejaba Jaime.

—¿Tú puedes desayunar calladito? —preguntó Fran con tono serio.

—Qué poco sentido del humor tienes, hijo.

—Ya, será que hay cosas que lo último que se me pasa por la cabeza es tomarlas a bromas.

—Solo he dicho que, por un lado, u otro, nos veremos todos cambiando pañales. ¿Dónde está la broma?

—Si es mi problema, no hará falta que nadie se los cambie, sé hacerlo solito —dijo muy serio.

—¿No me dejarías cambiar a mi sobri los pañales? —preguntó Kate ante la mirada asesina de Luis para que se callara.

Ni contestó, ya nos quedamos unos minutos en silencio mientras desayunábamos, un rato después se levantaba de la mesa Jaime y se despedía de nosotros hasta el próximo desayuno.

—Por cierto, chicos —irrumpió Kate dirigiéndose a Fran y a mí— Luis y yo, nos vamos hoy de día romántico, spa, playa, coctel, habitación, comida íntima... —dijo mientras ya me imaginaba que lo hacía por dejarnos solos para tener nuestro espacio.

—Está bien, disfrutad, ya planeo algo con Carlota, no os preocupéis por nosotros.

Eso sonó divino, mi plan, darme 5 revolcones, comerlo a besos y hacerle ver que ahí estaré siempre para apoyarlo, pese al posible marrón que se me venía encima. El suyo... ¡Cara de sargento! Se le veía que no podía evitarlo, en el fondo era tristeza, era algo muy fuerte enterarte de algo así, era hasta para mí, que no era responsable.

Se levantaron, nos dieron un beso y se despidieron hasta el día siguiente que nos veríamos aquí en el desayuno.

Fran me dijo de cambiarnos a las tumbonas, estaban en frente, ahí podíamos tomar algo más cerca de la orilla, asentí con la cabeza y le seguí, nos tumbamos en una

grande, con la espalda inclinada, hubo unos momentos de silencio y nuestras miradas perdidas en el mar, en el horizonte, el camarero irrumpió con dos cervezas que había pedido Fran.

Me dio una que apoyé en la mesita que tenía el lado.

—Fran, no me gusta verte así —dije dejar de mirar al horizonte, mientras me encendía un cigarrillo.

—Soy el mismo, es solo un estado, ahora tengo los ánimos por los suelos, pero se me pasará —puso la mano en mi rodilla, acariciándola para tranquilizarme.

Me lancé con las manos a su cuello y se lo besé, un fuerte tierno y fuerte a la vez, él acariciaba mi espalda, quería hacerme sentir bien.

—¿Qué te apetece hacer hoy, Carlota?

—Disfrutar de ti, me da igual dónde y cómo, pero disfrutar de ti —dije con voz flojita y triste.

Me miró con una media sonrisa, denotaba dolor, me transmitía mucha lástima, me dolía verlo de esa manera, él no era así, él era feliz, soñador por naturaleza, educado, correcto, cariñoso... lo tenía todo, pero ahora está abatido, con dolor, con rabia de haber metido la pata de su vida y la responsabilidad que eso conllevaba, además de tener que ver a esa mujer toda su vida, por los lazos que le atarían por siempre.

—Vamos a pasar un bonito día, Carlota —dijo mientras levantaba la cerveza para brindar con la mía.

—¿Y eso? ¿Qué cambio, no? Aunque me alegra verte así.

—Pues porque te lo mereces, no quiero que la única opción que tienes hoy para pasar el día, te lo estropee, así que tú manda, pide por esa boca lo que quieres, que aquí estoy yo para complacerte. —dijo mientras acariciaba mi muslo.

—Solo quiero estar contigo... —dije antes de dar un trago.

En ese momento se acercó el camarero por si necesitábamos algo, le pedí dos chupitos de tequila con sal y limón, Fran me miró sorprendido.

—Como te emborraches, no permitiré que te acerques a ningún hombre más —dijo bromeando recordando la noche anterior.

—¿Perdona? Se acercaron ellos, no pudieron resistir ver a esta belleza española —dije bromeando.

—Ven, siéntate aquí —abrió sus piernas para que me sentara delante de él, mirando al mar, mientras el me abrazaba.

En ese momento trajeron los chupitos, así que me volví un poco, nos pusimos la sal en la mano, mordimos el limón, chupamos la sal y chupito para dentro, el primero del día a las 11 de la mañana, progresábamos adecuadamente, para vernos, pero ahí me dejé caer, en su pecho, frente al mar, en esa playa de Brasil, con el amor de mi vida, y él su cabeza apoyada en mí, en mi hombro, con sus labios en mi cuello...

—¿Me vas a tener todo el día bebiendo? —preguntó a mi oído.

—No, también pienso abusar de ti... —dije de espaldas a él, mirando al mar, intentando aguantar la risa.

—No me lo merezco...

En ese momento giré todo mi cuello y lo miré a los ojos.

—No vuelvas a decir eso —dije en tono amenazante y luego me giré de nuevo.

—Perdona, pero no me siento bien, no estoy a gusto conmigo mismo, me siento extraño, como si no perteneciera a lo que me está pasando, esto ha desordenado mi vida por completo...

—Vamos a darnos un baño —le agarré de la mano y tiré de él.

No me gustaba verlo así, tan triste. Aunque él intentara sonreír, yo lo conocía bien, esa sonrisa no era la de siempre, estaba dolido y yo lo sabía.

Comenzó a nadar y se alejó de mí, internándose algo más en el mar. Yo lo observé unos instantes, hasta que no pude evitar ir tras él.

Llegué a su lado y me agarré a su cuello, por detrás.

—Carlota, no.

—Fran, no me gusta verte así.

—¿Verme cómo?

—Triste, decaído.

—No tengo ganas de hablar.

Intentó que quitara mis brazos alrededor de él, pero yo no lo dejé. En su lugar, me las ingení para poder ponerme frente a frente, enlacé mis piernas en su cintura y lo obligué a moverse un poco, hasta que volvió a tocar el fondo con el pie.

Sin pensármelo, lo besé. Porque me apetecía, porque me encantaba hacerlo. Porque necesitaba hacerlo.

Se mostró reacio a mi beso y eso me dolió.

Pero yo estaba dispuesta a que fuera mío allí, y lo iba a conseguir.

Moví mis caderas, apreté mis pechos contra su torso, volví a besarlo, con fuerza, gimiendo, demostrándole que yo ya estaba excitada.

Le costó responderme, pero al final lo hizo. Fue un pequeño triunfo para mí sentir cómo me devolvía el beso.

Bajé una mano y saqué su miembro del bañador.

—No, no —dijo rápidamente.

Pero yo no iba a darle tregua, lo quería dentro de mí en ese momento. Y él estaba tan excitado como yo.

Moví mi bikini y, no sin ingeniármela, logré meterlo dentro de mí. Luchaba contra él mismo, pero el deseo estaba allí.

Me moví con delicadeza para que nadie notara nada, hasta que llegamos al clímax. Le di un beso y me quité de encima.

Me miró tras colocarse el bañador y, sin más palabras, sonrió, volví a hacerlo sonreír, aunque realmente estaba abatido.

Pasamos el día tirados en esas hamacas del bar de la playa, el seguía cariñoso conmigo, cómplice, pero realmente no estaba bien, esta ido, intentaba disimular, pero no podía.

Por la noche subimos a la habitación estaba inquieto, se dio una ducha mientras

yo hablaba con mis padres por Skype, luego al salir del baño me dijo que lo siguiera, volvió a llevarme a la playa.

Contemplábamos el mar en silencio. Estaba esperando que Fran me dijera lo que necesitaba decirme. Era de noche, tarde, y me había hecho salir de la habitación para hablar conmigo.

No entendía nada, estaba nerviosa. Fuera lo que fuera, podía habérmelo dicho ya, no con esa intriga que me estaba matando. La ansiedad se apoderaba de mí, el miedo a lo que quisiera decirme era terrible.

—Fran, ¿estás bien?

Estaba de pie, detrás de él, tomé asiento en la arena, a su lado. Él no decía nada, estaba así desde que habíamos llegado, simplemente mirando al infinito.

Movió un poco la cabeza, como si saliera de algún trance y me miró. Me mordí el labio al ver su mirada, mi corazón dio un vuelco. Lo conocía bien y lo que vi en su mirada...

—No sé cómo decirte esto —susurró.

—No lo digas —negué con la cabeza, no sabía exactamente qué era, pero me sonaba a despedida, simplemente no quería escucharlo—. No lo hagas, Fran.

—No quiero hacerte daño, pero lo nuestro se acaba ahora.

En ese momento quise que la tierra me tragase, mi miedo hecho realidad. Estaba terminando con nosotros. Ni siquiera habíamos comenzado nada, ¿cómo iba a terminarlo?

—¿Por qué? —pregunté con un poco de rabia.

—Yo necesito arreglar mi vida, yo no merezco una oportunidad ahora. Con nadie.

—¿Por qué dices eso?

—¿Y si yo soy el padre, Carlota?

Tragué saliva. ¿Por eso era todo? Si lo era... Yo lo apoyaría. Yo estaría con él. Era mi amigo. Era el amor de mi vida.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros ahora, Fran?

—No me lo pongas más difícil —me rogó.

—Que no te lo ponga difícil. ¿El qué, Fran? Me traes aquí y me dices que lo nuestro, sin que ni siquiera tenga yo idea de qué es lo nuestro, se termina. ¿Y yo te lo pongo difícil?

—Sí, lo haces. Porque ni siquiera puedo tenerte cerca ahora. Porque necesito tiempo, necesito pensar. Tengo que arreglar mi vida antes de poder decidir nada. Mi vida no es fácil ahora mismo.

—No, la de nadie lo es. Pero yo no voy echando al mundo de mi lado. Somos amigos.

—Tú lo has dicho. Amigos. Pero como lo éramos antes de todo esto. Así es como tenemos que seguir.

—Sin sexo, dices —dije dolida.

—No te etiquetes como sexo, jamás hice nada para que te sintieras así, Carlota, no es justo.

—Lo estás haciendo ahora. Me estás dejando, o diciéndome que no te toque, que se acabó el sexo. Me estás etiquetando tú.

—No, yo no hice eso —dijo enfadado—, lo haces tú al verte así. No sé qué pensaste que tuvimos, pero ningún te vi como solo sexo.

Me callé, estaba dolida, tenía una presión en el pecho que no me dejaba respirar. Joder, estaba herida, no podía terminar así algo que ni siquiera había comenzado.

—¿Sabes qué? Da igual —suspiré.

—No, no da igual. No lo estás entendiendo y me molesta.

—¿Qué no entiendo, Fran? Lo que sea que hubiera entre nosotros, lo terminas aquí.

—Pero somos amigos.

—Sí, pero no me pidas que todo siga como siempre. No después de lo que tuvimos.

—Carlota... —suspiró— Tengo que poner mi vida en orden, tengo que regresar a España, tengo que saber si voy a ser padre. Nada es fácil. Pero no quiero perderte.

—Tú eres el que me está echando.

—No de mi vida, solo termino con esto.

—¿Qué esperas? ¿Que todo vuelva a ser como antes? ¿Qué olvide todo lo que hicimos? No es fácil, Fran.

—¿Y crees que para mí sí?

—No dije eso...

—Pero lo piensas. Lo siento, Carlota, espero que volvamos a ser los mismos de antes, pero entenderé lo que decidas.

—Haré lo que quieres, mantenerme alejada de ti.

Se levantó después de pasarse las manos por el pelo, como si estuviera frustrado. Sabía que lo estaba, pero yo también me sentía dolida.

Hice lo que menos debía, levantarme y abrazarme a él llorando. No quería que se alejara de mí, no podía permitirselo. ¿Por qué no lo entendía?

—Fran, por favor, no hagas esto.

—Carlota, no me lo hagas más difícil —me rogó sin tocarme.

Yo no podía controlar las lágrimas, me abracé a él con más fuerza y seguí llorando. Noté cómo me tocaba varias veces la cintura, pero volvía a quitar las manos. Hasta que, en un momento, de repente, me abrazó con fuerza.

Me acunaba como si fuera una niña pequeña.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Lo adoraba. Pero quería ver esa sonrisa

que me enamoraba, la chispa en sus ojos, de alegría, de picardía... No la tristeza y la desesperación que ahora notaba en ellos.

Me acerqué y lo besé. El beso sabía a lágrimas, le enseñé en él todo lo que nunca pude decirle con palabras.

Cogió mi cara con sus manos y rechazó el beso.

—No —negó con la cabeza—, no vuelvas a hacerlo. No me toques.

—Me duele tu rechazo.

—Por dios, entiende que mi vida no es sencilla ahora.

—Y estás jodiendo la mía —le dije con rabia.

—Carlota, esto se acabó. Solo te pido distancia. Nos quedan días en este viaje, luego vamos para otros destinos, llevémoslo lo mejor que podamos. En España...

—¿Qué? —pregunté.

—No lo sé —resopló—. Ahora mismo no sé nada, solo que tengo que arreglar mi vida.

—Y yo no soy parte de ella.

—No, no como tú esperas. Al menos no por ahora.

Me dio un dulce beso en la frente que me dejó rota y se fue, dejándome allí.

Lo vi alejarse, cómo su silueta se iba perdiendo con la distancia. Tapé mi boca

con las manos, sollozaba, lloraba sin poder evitarlo.

Me dejé caer en la arena hasta que me calmé.

Su vida no era sencilla... ¿Y cómo iba a ser la mía ahora? Yo no podía olvidarlo. Nunca pude. ¿Cómo hacerlo después de todo lo que había pasado entre nosotros?

Lo peor era que no sabía qué quería. ¿Tiempo? ¿Paciencia? ¿O, claramente, lo nuestro era imposible?

Me levanté cuando dejé de llorar y caminé por la playa. No podía volver a la habitación que compartíamos. No sabía cómo actuar cuando lo viera. No... No iba a ser fácil para mí mantenerme alejada de él, menos aún mirarlo como lo hacía antes, cuando yo jamás lo había visto como un simple amigo.

Dudé mucho a la hora de volver a la habitación, pero era tarde, tenía que descansar. Al día siguiente viajaríamos.

Cogí aire antes de abrir la puerta y entrar. Entré temerosa, una mezcla de alivio e inquietud se apoderó de mí cuando vi que él no se encontraba allí. ¿Estaría con alguno de nuestros amigos? ¿Volvería más tarde a dormir conmigo?

Lo dudaba, él no quería que lo nuestro siguiera, no podría dormir conmigo.

Me acosté y cerré los ojos, pensando en cómo podría seguir adelante a partir de ahora. No necesitaba a Fran, pero él estaba ahí, en mi vida.

Era él. Siempre lo fue. Seguramente siempre lo sería.

Dios... ¿Cómo iba a soportar tenerlo cerca ahora?

Continuará